

SIMETRIA Y SECUENCIA CONGRUENTE EN EL PENSAMIENTO DE
ARMANDO PALACIO VALDES A TRAVES DE SU OBRA.



Lic. Carmen Elena Wood Rivera
Tesis para obtener el grado de
Maestría en Lengua y Literatu-
ra Españolas.
México, D.F.
Junio de 1994.

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Dedico este trabajo

A mi madre y hermanos.

A la Dra. Paciencia Ontañón de Lope-Blanch por su apoyo, calidad humana y manera especial de proyectar sus conocimientos.

A mis hijos, José Luis y Adrián Salinas por su protección y cariño.

Al Arq. Ricardo Pastor Dichiará, por su compañía.

Introducción

Marco histórico

1

CAPITULO I

1.- Influencias y corrientes literarias presentes en la obra de Armando Palacio Valdés.

a) Estudio de su novela José.

7

b) Conceptos propios apoyados con lecturas de otros investigadores.

14

2.- Mundo político y social a través de su novela Marta y María.

30

3.- Influencia del ambiente social. (Basada en el análisis de la novela Santa Rogelia).

42

CAPITULO II

1.- La mujer: Idealización, erotismo, religión y patología. (Aspecto autobiográfico y personal en las novelas Riverita y Maximina).

2.- Análisis psicológico de la vocación religiosa. (María en Marta y María).

78

3.- Idealización del autor con respecto a la mujer, con el objeto de reiterar los puntos del inciso núm. 1. Marta en Marta y María.

87

4.- La religiosidad como parte del ideal de mujer en Palacio Valdés. (<u>La hermana San Sulpicio</u>).	94
---	----

CAPITULO III

1.- Crítica social dirigida a las costumbres, educación, a la sociedad española en general. (Análisis de la novela <u>El cuarto poder</u> y notas de otras).	110
2.- Crítica a la política española del siglo XIX y princi- pios del XX.	135
Conclusiones	151
Bibliografía	154

INTRODUCCION

¿ Por qué Armando Palacio Valdés ?

Leí el primer tomo de sus obras completas cuando tenía 18 años. Mi poca experiencia me impidió comprenderlo de manera global y abstracta, así como apreciar las dimensiones de tan excelente novelista. Retomar su lectura después de 30 años y reencontrarme con él es una experiencia que ahora quiero y debo compartir.

Lo elijo porque crea personajes que pertenecen a todos los tiempos y se pueden extender por todos los lugares, y porque siendo tan fecundo no se contradice jamás, ya que sus valores son, al igual que sus personajes, universales.

Lo quiero analizar porque ahora tengo mayor capacidad para estimar lo 'óptimo', de saber leer entre líneas, de conmovirme tanto por lo que dice como por lo que calla; por la certeza de que no hay una sola página escrita por industrialismo literario: "No me ha causado resquemores el afán de la gloria, ¿ es que de bemos escribir pensando siempre en nuestra reputación?... seguí los impulsos de mi naturaleza y no estoy arrepentido" (1); porque tengo la firme convicción de que es un autor que no buscó e logios, se dio agrado a sí mismo: "quise y me propuse escribir completamente a mi gusto" (2), "si no hubiese podido imprimir

(1) Armando Palacio Valdés. "Album de un viejo". prol. en Obras, t. II, 4a. ed., Aguilar, Madrid, 1959, p. 811.

(2) "Testamento literario: La gloria" en ob. cit., p. 1308.

mis novelas, igualmente las hubiera escrito" (3). "Siempre he tenido presente aquella frase de Emerson: Escribe para darte gusto a ti y darás gusto al mundo" (4).

Con una infinita sencillez y calidad se dedicó a observar y mostrar, "presentar dos caracteres que se ofrecieron a mi vista cuando contaba veinte años, y que ejercieron considerable influencia en mi vida y en mi corazón, fue mi único designio. Si del contraste aparece uno de ellos mortificado y el otro glorioso, no es cuenta mía, sino del Supremo Hacedor, que los ha formado" (5).

Lo escojo, por último, porque logra emocionar por todo lo que nos toca de cerca; por hacerme amar a España, sin conocerla; por que expresa la belleza por medio de la palabra y tiene el poder de hacer ostensible dicha belleza; por todo lo que sigue enriqueciendo, modificando y dando cauce a mi vida; por todo esto... y porque es una lástima lo poco que se le conoce.

(3) "Album de un viejo", pról. en ob. cit., p. 811.

(4) Ramón Pérez de Ayala. Amistades y recuerdos, Ed. Aedos, Barcelona, 1961. p. 138.

(5) "Marta y María: pról. en defensa de su novela" en Obras, t. I, 6a. ed., Aguilar, Madrid, 1956, p. XIII.

Marco histórico.

El panorama histórico de España, anterior al nacimiento de Armand Palacio Valdés no fue tranquilo ni placentero. Este autor nació en Entralgo de Asturias en 1853. Si retrocedemos una generación, la cual hereda a la siguiente sus fallas y logros _ cuando los hay _ y viene siendo preámbulo y sostén de ésta, en el amplio sentido económico, cultural y de desarrollo general en las naciones _ poderosas o no _ España vivía un momento difícil. Al no tener descendencia masculina Fernando VII le sucedió, en 1833, su hija Isabel II (niña aún) bajo la regencia de la madre: María - Cristina de Borbón, cuyas ideas liberales provocaron una guerra civil que duró varios años.

Los partidarios de las ideas tradicionales se agrupan con Don Carlos, hermano del recién fallecido Fernando VII, en contra de los adictos a Isabel. Se destituye a la regente y continúa el general Espartero en 1841; dos años después le sigue el general Narváez. Al reprimirse los movimientos revolucionarios se tendía al absolutismo.

Más tarde (en 1868 muere el general O' Donnell) el destierro de varios generales provoca sublevaciones y se hunde el trono en la batalla de Alcolea; El nuevo monarca Amadeo I de Saboya, quien había estado apoyado por el célebre general Prim (asesinado en 70) abdica en 1873. En este momento se proclama la República con Emilio Castelar entre otros y sobreviene la segunda guerra carlista.

Palacio Valdés contaba entonces 20 años, edad propicia para madurar y definir el destino en muchos aspectos. Poco antes había fallecido su madre, de quien se separó desde los 12 con el objeto de estudiar el bachillerato; fue a vivir con el abuelo en Oviedo, capital de su tierra natal.

Al principio del año 74 el general Pavía disuelve las cortes mediante un golpe de Estado con el propósito de acabar con la anarquía, pero en diciembre de ese mismo año, bajo la influencia del general Martínez Campos se proclama la restauración de la monarquía en la persona del príncipe de Asturias: Alfonso XII, hijo de Isabel II. Termina la guerra y se redacta la Constitución en 1876. Alfonso XII se mantiene hasta 85, año en que muere y nace su heredero, el hijo póstumo Alfonso XIII. La regencia de su madre, María Cristina de Habsburgo, perdura hasta el inicio del presente siglo.

La inestabilidad de los años anteriores aunada a la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas en 1898 _ año significativo para España, el cual dio motivo y origen a una generación de escritores de primer orden _ desemboca en un movimiento revolucionario de carácter separatista cuyo centro es Cataluña, provincias vascongadas y Galicia, aunque los disturbios se manifiestan en todo el país. El anticlericalismo es arma política; la gravedad de la crisis industrial es caótica; en 1909 se desarrolla en Barcelona la semana conocida como 'trágica'.

Palacio Valdés radicaba en Madrid desde 1870, poco antes de

instaurada la República antes mencionada (en 73) y estos años fueron de agitación para España; escribe sus primeros trabajos al mismo tiempo que estudia la carrera de Derecho y frecuenta el Ateneo. Funda la famosa 'Cacharrería', salón donde se reunían escritores de gran relevancia para las letras españolas, como Miguel de Unamuno, Ramón Ma. de Valle Inclán y otros. De su amistad con Leopoldo Alas 'Clarín' y Tomás Tuero, excelente periodista más que escritor, da comienzo su participación _ a través de críticas y narraciones _ en revistas importantes como El Eco de Avilés; Revista de Asturias; Arte y Letras; La España Moderna; El Cronista, revista europea de gran calidad, la cual coleccionó todos sus artículos y los publicó en el libro Semblanzas literarias.

Sus primeras obras muestran al crítico más que al novelista. Los oradores del Ateneo y Los novelistas españoles (1878), Nuevo viaje del parnaso (1879) y un panorama literario que redactó con la colaboración de 'Clarín' titulado: La literatura en 1881.

En Españãse dio un gran avance en el campo de la novela, el cual había estado paralizado por más de 200 años. Las novelas donde principia la concepción moderna de este género: El lazari- llo de Tormes, El Quijote, El Buscón, habían quedado como muestra solamente, esperando la estirpe de Benito Pérez Galdós, Pedro Antonio de Alarcón, Emilia Pardo Bazán, José Ma. de Pereda, Vicente Blasco Ibañez, Armando Palacio Valdés...

La primera novela que publicó este autor fue El señorito Octa-

vio a los 28 años, en la plena madurez de su juventud. "En los años de mi adolescencia y en los primeros de la juventud he creído firmemente que yo había nacido para cultivar las ciencias filosóficas y políticas y para ser un faro esplendoroso dentro de ellas. Llegar a ser un sabio respetado y solemne fue mi única ambición entre los quince y los veinte años. Después, por un juego de la fortuna, me vi convertido en novelista, y comprendí que la fortuna tenía razón" (6).

Siguió Marta y María (83), novela magistral, de gran fuerza, acabada técnica, interesante por la controversia que despertó en algunos que quisieron verla como un rechazo al misticismo: "el verdadero misticismo nada tiene que ver en este asunto. Las místicas sinceras y espontáneas, como Santa Teresa, Santa Catalina de Génova, Margarita de Alacoque, jamás pueden hacerse antipáticas. Pero lo son alguna vez sus frías imitadoras. Los sentimientos más altos y nobles tienen su aparato externo para expresarse. Imitar este aparato puede halagar la imaginación sin que el corazón haya hablado todavía" (7).

En este mismo año se casó con Luisa Maximina Prendes, una joven de Gijón, inspiradora de su conmovedora novela Maximina, la cual, al ser traducida por primera vez al inglés, un crítico cuestionaba: "¿Dónde habrá podido hallar Valdés el modelo de este tipo ideal?" A lo que el autor respondió: "el retrato quedó lejos del original", "la realidad había sido muy superior a la pintura", "hay

(6) Ibíd., pról., p. XII.

(7) Ibíd., p. XIII.

cosas que es imposible transmitir ni al oído ni al papel, y en esas cosas inefables es donde se cifraba la excelencia de aquel carácter singular" (8). En el capítulo II se desglosará esa idealización.

De esta manera, cuando Palacio Valdés contaba 36 años ocupaba un puesto importante dentro de la novela española contemporánea, conquistado a pulso con las anteriores mencionadas y con La hermana San Sulpicio, José, Los majos de Cádiz, escritas hacia finales del siglo anterior y principios de éste, cuando el fenómeno llamado Primera guerra mundial consternó el mundo. Palacio Valdés se colocó a favor de los aliados y escribió la Guerra Injusta en 1917.

Al mismo tiempo de esa gran guerra, en España surgían las juntas militares de defensa y en 1923, el general Miguel Primo de Rivera _ capitán de Barcelona _ realiza un golpe de Estado y comienza un periodo dictatorial. Rivera muere en 30 y el partido socialista conserva organización con la dictadura; en 31 triunfan los republicanos en Madrid, Alicante, Castellón, Granada y demás capitales, mientras que los monárquicos tienen éxito en las pequeñas poblaciones; en Madrid se queman conventos y casas religiosas, se reprime la libertad de cultos en buena parte del país.

En 1932 se separa Cataluña y en 33, José Antonio P. de Rivera, hijo del anterior, funda la falange española y de esta manera se establecen las bases de la revolución nacional. A esta época sangrien-

(8) Ibid., p. XV.

ta pertenecen las últimas novelas de P. Valdés: Santa Rogelia (1926), A cara o cruz (29), Sinfonía pastoral (31). Desde 1920 había sido designado por la Real Academia Española para sustituir al escritor José Ma. Pereda.

Afortunadamente estaba ya muy anciano cuando en Asturias, su tierra natal, ocurrieron los disturbios más crueles (34) seguidos de la guerra civil española y el calvario vivido del 36 al 39. Palacio Valdés dejó de existir el 29 de enero de 1938.

CAPITULO I

1.- Influencias y corrientes literarias presentes en la obra de Armando Palacio Valdés.

¿ Dentro de cuál movimiento literario y artístico podemos colocar a Palacio Valdés?

a) A este autor se le considera realista con cierta tendencia naturalista (1). A través de la historia titulada José, escrita en el mejor momento de su creación como novelista, podemos apreciar muy de cerca las diferentes escuelas o corrientes literarias presentes en su obra.

Algunos personajes luchan más contra la maldad, la avaricia y los sentimientos innobles que contra el mar, personaje principal. El argumento, con base en un criterio de vida y costumbres muy peculiar, está dentro del concepto y la forma de la novela realista.

Es una novela sencilla en estructura y desarrollo, una intriga amorosa entre gentes llanas e ingenuas; los personajes hablan sin afectación. Al océano corresponde la variación de fondos y situaciones que exigía la escuela realista; el mar contribuye a formar sus caracteres y recoge _ además del ambiente _ los rasgos físicos, morales, la psicología de la vida colectiva, 'cuadros', 'escenas', características del realismo en donde los autores se vuel

(1) Jorge Campos. Pról. en José, 2a. ed., Cátedra, Madrid, 1980, (Letras Hispánicas/25), pp. 11-44.

ven hacia esferas regionales o locales: "comenzaba el crepúsculo cuando las barcas entraron en la ensenada de Rodillero. Una muchedumbre formada casi toda de mujeres y niños, aguardaba en la ribera; las lanchas se acercaban lentamente. Los pescadores, graves, silenciosos, dejaban caer perezosamente los remos sobre el agua" (2).

Sin embargo, la elección del tema y del medio no lo restringen a ser absolutamente realista, sin olvidar que tampoco se es exclusivamente naturalista por mostrar al natural las vidas de las personas; el naturalismo es una atención todavía más honda y detallada de la realidad. Sería más preciso indicar que el carácter naturalista de la observación y la descripción está acentuado en algunos momentos como en la escena que describe la descarga del pescado: "las mujeres, con increíble presteza despojaban las piezas de la cabeza y la tripa, las amontonaban después en los cestos y, arremangándose las enaguas, se entraban algunos pasos por el agua a lavarlas; una buena parte de ésta y el suelo de la ribera quedaron teñidos de sangre" (3); también en la riña: "arrancó los pendientes a su enemiga, rajándole las orejas y haciéndole sangrar por ellas copiosamente" (4); pero así como se encuentran analogías con el naturalismo, también se hallan signos o particularidades que lo apartan de él: "en el fondo del alma de los habitantes de Rodillero hay una chispa de espiritualis

(2) Armando Palacio Valdés. "José" en Obras, t. I, 6a. ed., Aguilar, Madrid, 1956, p. 135.

(3) Ibid., p. 136.

(4) Ibid., p. 166.

mo que no se apaga jamás, porque la mantiene viva la religión" (5).

El papel del medio es realista-naturalista; los personajes son inseparables de su ambiente y éste condiciona sus existencias y acciones; la vida a la cual se entregan, supeditada a la inclemencia azarosa del mar los somete de modo inflexible y lastimoso.

La 'maldad', como dualismo interno, o contraparte a la infinita 'bondad' de los personajes de ésta y de la mayoría de las novelas de Palacio Valdés, está personificada en la madre de Elisa, más temible que las tempestades y los infortunios del océano.

La fatalidad no recaía en José y Elisa _ la pareja que desea contraer matrimonio _ por la índole particular de los obstáculos a vencer (el mar) y sus impedimentos inherentes; ni era impuesta únicamente por esa fuerza superior a ellos; resultaba del mismo ser humano que todo lo complica, se envilece, se desvía de su norma, que olvida el deber (preocupación reiterativa del autor, infra) al anteponer y preferir sus intereses más mezquinos.

Aunque la trayectoria de P. Valdés va dirigida _ como en la mayoría de los autores _ a la clase media, por ser ésta la que lee y sostiene con su pensamiento y recursos a las otras, también escribió para la clase baja (Los majos de Cádiz es otro ejemplo); mostró ese 'mundo bajo un mundo' debido, tal vez, a

(5) ibid., p. 132.

sus primeras influencias, aquellos folletines o historias por 'entregas' donde retrataban pobres/ricos; buenos/malos, y demostró así que también ellos tenían derecho a la novela, y aunque en José, la actitud es pasiva en el aspecto físico, se torna psicológicamente activa al permitir que el pueblo participe. Aparecen, desde luego, la injusticia y la desigualdad social; los precios y procedimientos de venta del pescado, siempre ventajosos para algunos y a pesar de que los periodos de ganancia o penuria estaban supeditados a la suerte, el autor se introduce más en esa fatalidad que provoca la relación familiar. Son precisamente las madres, de ambos personajes principales, las que destruyen _ probablemente sin quererlo _ toda posibilidad de armonía entre ellos.

A P. Valdés le interesan sobremanera las acciones privadas, re trata con mucha intensidad las tristezas y alegrías en el interior de las familias; las 'pequeñas' guerras _ como él las llama _, o ¿grandes guerras? fueron su mayor inquietud, seguramente porque las luchas inter-familiares son infinitamente más intensas y porque es difícil establecer distancia sin que provoque culpa.

Aquí se puede enlazar la premisa del autor con respecto a la fatalidad del destino, la cual es inseparable de ese lazo estrecho: padres/hijos/hermanos... y me sugiere la comparación con la novela de Gabriel García Márquez, Crónica de una muerte anunciada, donde es precisamente la madre (sin proponérselo) la que cierra con llave la puerta, la única puerta por la que hubiera podido pa

sar su hijo y engañar a la muerte: " la cerré porque Divina Flor me juró que había visto entrar a mi hijo" (6).

Con respecto a los 'cuadros' netamente costumbristas podríamos reiterar que José es una novela realista por ser aquellos una modalidad menor de esta escuela. Cuadros posiblemente empapados de sus influencias juveniles anteriores (Fernán Caballero) y por su pasión a todo lo español. Palacio Valdés considera 'patria' a España íntegra; cuando hablan los distintos personajes aparece la indicación separatista tan conocida, de mencionar como países diferentes los lugares donde los ubica, "yo adoro el mar; pero el mar de mi país sobre todo" (7), pero cuando está presente la voz del narrador, voz que nos acompaña siempre: "eres para mí un amigo íntimo, un confidente discreto, en cuyo oído deposito todo lo que rebosa de mi corazón" (8), denota un civismo y un amor a su patria muy genuinos. Esto podemos anotar como rasgo de romanticismo, al grito de lo propio contra lo extraño, lo nacional contra lo extranjero.

En ocasiones, las descripciones desmenuzadas de elementos folklóricos, como en Los majos de Cádiz, y en general en las historias que sitúa en la parte sur de España, son muestra clara de ese costumbrismo, el cual no deteriora la hilación de lo novelesco: "la más bella ciudad de la Bética, enclavada dentro del océ-

(6) Gabriel García Márquez. Crónica de una muerte anunciada, Ed. La Oveja Negra, Bogotá, 1981, p. 128.

(7) Palacio Valdés. "El capitán Ribot" en ob. cit., p. 841.

(8) "La novela de un novelista: Primeras impresiones" en Obras, T. II, 4a. ed., Aguilar, Madrid, 1959, p. 710.

ano...la hermosa ciudad del Occidente, ceñida como la diosa de Chipre, apoyándose en la tierra solamente por un brazo estrechísimo, vivía feliz y tranquila en las fauces del monstruo. El bullicio de sus calles llegaba a los oídos de nuestros jóvenes. De todas las puertas y ventanas salían rayos de luz, y de algunas también las notas dulces de la guitarra, el chasquido de los palillos y el canto vibrante, apasionado, de alguna copla" (9). La razón de intercalar citas de diferentes novelas a través de los tres capítulos, es para demostrar esa 'secuencia congruente' del pensamiento del autor la cual ofrece el título a este trabajo.

En José son estampas costumbristas, la venta del pescado, escena que actúa en función de lo que ha de ser trascendente en el relato; también la descripción de la tienda y las desagradables riñas entre mujeres y donde uno de los personajes, el caballero Don Fernando de Meira es un 'tipo' que tiene las características suficientes para que su historia pueda separarse con magnitud de relato y constituir por sí misma una narración o un cuento. Sostiene con matiz burlesco y sin perder su dignidad un conjunto de leyes morales y sociales; P. Valdés resalta el aristocratismo del personaje y semeja al escudero del Lazarillo de Tormes porque encubre su situación de 'pobre' detrás de una fachada de superioridad; porque esconde su necesidad, pero termina por aceptar limosnas: " y aunque el hambre se cernía como águila rapaz sobre la cabeza de casi todos los vecinos de Rodillero, no faltaban corazones compasi-

(9) "Los majos de Cádiz" en Obras, t. I, p. 1073.

vos que procuraban socorrer al noble caballero sin ofender su extraordinaria y delicadísima susceptibilidad" (10); sin embargo, los distingue la bondad de Meira, " ___ ; Pobres muchachos ! exclamó, sin acordarse de su propia miseria y trepando con trabajo por el pomar. Y una vez en la calle, enderezó los pasos hacia su mansión feudal, acariciando en la mente un noble cuanto singular proyecto" (11); así como otros sucesos de gran vivacidad descriptiva donde conduce a manera de guión cinematográfico desde una visión panorámica, al centro donde se desarrolla la acción y con precisión de observador naturalista ? continúa las etapas del temporal y marca un angustioso compás de espera entre los habitantes de Rodillero para cerciorarse de 'quiénes' regresan. La piedad que produce no es resultado sólo de las descripciones, sino del logro alcanzado de las sensaciones; parece ser que Palacio Valdés se embarcó repetidas veces para poder 'sentir' y hacer sentir; transmitir por medio de su arte sobrio y poético, la verdad. "Por más que en algunas de sus novelas, empleó P. Valdés los procedimientos de los naturalistas franceses, puede decirse que la mayor parte de su obra es de abolengo español; es un verdadero poeta y fuerte creador de caracteres" (12).

(10) "José" en ob. cit., p. 166.

(11) Ibid., p. 170.

(12) Agustín Basave. Breve historia de la literatura española, 9a. ed., Ed. Font, Guadalajara, México, 1945, p. 178.

b) En el arte no se es realista o naturalista como en política no se es absolutista o liberal por medio exclusivamente de la razón, sino por temperamento, por herencia, quizá por imitación.

Se ha señalado al autor como observador 'del natural' (13) y efectivamente, todas las tendencias artísticas del hombre, reiteradas de época en época, han pretendido la reproducción de la naturaleza; ésta ha servido de punto de apoyo a todos los movimientos literarios. Pero para encasillarlo dentro del naturalismo necesitaba P. Valdés hacer hincapié en cuanto a que las vidas de sus personajes fueran bajas, sórdidas hasta la médula, y sobre todo, empeñarse en no dejar una posible salida o modo de resolver los conflictos de cada uno, y esto no ocurre jamás en P. Valdés; cuando un velo tejido de perfidias, ruindades, bajezas y traición parecen agobiar las situaciones, él deja abierta siempre una esperanza; en La alegría del capitán Ribot, si no sólo examinamos el porqué de esa alegría; sino la razón causativa de ella: una paz, tranquilidad interior por haber actuado bien, "aunque el final no es feliz, según se entiende convencionalmente, lo es dentro de la contextura ideológica del autor por su querer apartarse cada día más del gusto predominante en la literatura moderna, por su sublime moralidad y fuerza ética afianzada en la conciencia y en la firme creencia del valor de conseguir el ideal" (14).

Cuando sus obras no culminan en feliz desenlace, hay una muy visible posibilidad de redención aun en los personajes más perversos

(13) Jorge Campos. pról. en ob. cit.

(14) Gilbert Paolini. "La conciencia en Palacio Valdés: El capitán Ribot", en Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, P.P.U. Barcelona, 1989, p. 1392.

(que aunque menos, también los hay) o en las condiciones más fatalmente atrapadas por su circunstancia, sin que por este motivo deje de ser realista y vaya marcando las tretas que el destino va tendiendo para sujetarnos.

Considero que P. Valdés hace uso de un tipo de narración nacida directamente del realismo del siglo XIX; sus obras pueden ser una prolongación de la escuela realista y el costumbrismo que las caracteriza lleva en sí gérmenes de novela realista, aunado a un romanticismo latente y claro; Palacio Valdés es romántico e idealista por excelencia, no puede separarse de esa primera mitad del siglo en que nació porque no es posible romper con las raíces; los escritores, al mismo tiempo que 'son' todos sus personajes, son sus creencias y tradiciones, su familia inmediata y anterior, son su patria, aun cuando cambien la situación geográfica: "asi como en cada uno de los pliegues del cuerpo se encuentra la huella de nuestros antepasados, así en los pliegues del alma se pueden leer los pensamientos y sentimientos de nuestros antepasados" (15).

A pesar de que él provenía de familia acomodada, estudió en escuela pública los primeros años y de ahí procede su condescendencia hacia los humildes; su carácter apacible lo forjó en íntimo contacto con la naturaleza: mar, prados, romerías... y posteriormente en compañía de su abuelo, cuando fue a estudiar en Oviedo; los identificaba un idealismo ¿romántico? común: "estoy seguro de poseer alguno de los glóbulos color de rosa de la sangre de mi abuelo en la mía" (16).

(15) Palacio Valdés. "Album de un viejo: Originalidad" en Obras, t. II, p. 814.

(16) "La novela de un novelista: El cuadro de honor" en ob. cit., p. 770.

El romántico busca con ahinco el paisaje como proyección espiritual: "el gran río cristalino, herido por los rayos de la aurora, parecía una franja de plata. Los maizales que bordean sus orillas salían del sueño de la noche desmereciéndose blandamente al soplo de la brisa. El tenue, blanco vapor que los cubría, se perdía en la claridad del aire. Un rayo de sol, vivo, refulgente, hirió la cabeza de la Peña Mea, tiñéndola de color naranja... del valle subía olor de heno recién segado, aroma de flores y frutas maduras" (17).

Ya se había anotado que sus primeras lecturas fueron autores populares: Enrique Pérez Escrich, Pilar Sinués y folletines de Manuel Fernández y González, las conocidas novelas por 'entregas' donde generalmente se fraguaban terribles maquinaciones que terminaban por destruir o confabular las situaciones. Afortunadamente sus lecturas se ampliaron y descubrió 'calidad': Cervantes, Espronceda, Lamartine, Michelet, Eugenio Sue, Fielding, Goldsmith, Dickens, Goethe...

Quizá es España el país que más se ha esforzado en producir letras y arte más apegados al sentimiento trágico de la vida y al conocimiento pícaro de cada día. Cecilia Böhl de Faber, bajo cuyo pseudónimo de Fernán Caballero comenzó el realismo en España alrededor de 1860 _ como una reacción contra el romanticismo _ " dos méritos tiene esta gran escritora: haber acabado con el gusto del público por las malas traducciones de las novelas románticas inglesas y francesas y haber iniciado a este mismo público en el gusto

(17) "La aldea perdida" en Obras, t. I, p. 942.

por el realismo genuinamente español" (18); "revivió la novela castiza española sin ingredientes románticos; la novela realista y de costumbres de Cervantes, continuada después por Galdós; el primer ejemplo de la novela regional continuada por Pereda" (19), influyó también en Palacio Valdés por el tono tradicional y su tendencia a lo popular español: aquí podemos mencionar el costumbrismo que disfrutamos en escenas de diferentes historias en donde se deleitaban con lecturas leídas en voz alta durante las tertulias: "al cabo de muchas vacilaciones se vino a resolver que sería una reunión con una semicena compuesta de manjares fiambres. El pretexto para ella sería escuchar la lectura de un drama" (20).

Cuando Palacio Valdés fija su residencia en Madrid (1873) coincide la etapa revolucionaria que conduce a la caída de la monarquía e instauración de la república; a esta época la distinguía un romanticismo isabelino muy marcado, una obsesión hacia una era de libertad política; sin embargo, el autor mantiene un concepto realista mezclado con influencias de las corrientes mencionadas — a través de más de 20 novelas donde se perfila como un maestro en la construcción de los argumentos, en la captación de los 'ambientes' y en la creación de 'caracteres'.

En el medio literario estaba latente lo que Emilia Pardo Bazán definía como "la cuestión palpitante", polémica en torno del naturalismo acaudillado por Emilio Zola. "No censuro dice Pardo Bazán

(18) Federico Carlos Sainz de Robles. Ensayo de un diccionario de la literatura, 3a. ed., Aguilar, Madrid, 1965, t. II, p. 154.

(19) Idem

(20) Palacio Valdés. "Maximina" en ob. cit., p. 398.

... la observación paciente, minuciosa, exacta, que distingue a la moderna escuela francesa; al contrario, la elogio; pero desapruuebo como yerros artísticos, la elección sistemática y preferente de asuntos repugnantes o desvergonzados, la prolijidad nimia, y a veces cansada, de las descripciones, y, más que todo, la perenne solemnidad y tristeza" (21). El criterio de esta autora propone que en la novela, por tratar asuntos concernientes a la vida humana, deben alternar alegrías y tristezas como interpretación de la auténtica tragicomedia de aquélla. Censura al naturalismo por el hecho de forjar un arte que proyecta únicamente lo insano; sin embargo, su posición defiende la necesidad de que la literatura realista se acreciente con la observación de la naturaleza y procure armonizar mediante la inteligencia los componentes que en dicha escuela se encuentran.

Desde 1880 se introdujeron en España novelas francesas: Balzac, Flaubert; La taberna, de Zola, provocó un debate en el Ateneo madrileño y las influencias no se hicieron esperar. Pérez Galdós escribió La desheredada y Lo prohibido; Pardo Bazán, La tribuna; "para Zola el arte no es más que la realidad vista a través de un temperamento. El artista debe limitarse a reflejar las cosas sin que su fantasía pueda alterarlas" (22). Los cri-

(21) Guillermo Díaz Plaja y Francisco Monterde. Historia de la literatura española e Historia de la literatura mexicana, Porrúa, México, 1960, p. 337.

(22) Idem.

ticos incluyeron a Pereda y a Palacio Valdés como naturalistas (23); a P. Valdés principalmente por El señorito Octavio donde señalaban que seguía las reglas de Zola: los hechos solos, nada de tesis, fría imparcialidad; quizá se resistía P. Valdés a la influencia, pero hacía cierta mella en él: "el efecto que de repente produjeron a nuestro señorito, no sólo aquellos dos seres miserables que tenía cerca, sino todos los ahí congregados ... vio en ellos, no una asamblea de seres humanos, sino una piara de animales inmundos... le acometió un asco invencible" (24); también se dijo con respecto al Idilio de un enfermo (25) que era una página bucólica naturalista; y en efecto, al lado de paisajes campestres y descripciones de tapices de seda con hilos de oro y plata, contrastan dibujos de animales hediondos: " el rostro peludo como el de un mico, el hocico apuntado como la hiena, los ojos hundidos y atravesados, los labios colgantes, las garras... " (26).

Sería más acertado pensar que el autor considera al naturalismo como una forma del realismo, como un momento y una parte de la vida, pero trata de alejarse del pesimismo, de los desenlaces desastrosos, de la condición grosera o vulgar de los personajes y del gusto por lo deshonesto; y aunque el naturalismo español es

(23) Jorge Campos. Pról. en ob. cit., pp. 11-44.

(24) Palacio Valdés. "El señorito Octavio" en Obras, t. II, p. 81.

(25) Jorge Campos. Idem.

(26) Palacio Valdés. "El idilio de un enfermo" en ob. cit. p. 1

menos pesimista que el francés, P. Valdés opina que "no es posible leer uno de los libros más famosos del más famoso de los naturalistas franceses sin sentir el corazón oprimido y el estómago asqueado... las monstruosas abominaciones de las modernas novelas naturalistas" (27), "mala fortuna es haber escrito en la 2a. mitad del siglo XIX entre naturalistas. El mal gusto es mucho más contagioso que el bueno. Permanecer sensato entre insensatos exige una fuerza que a muy pocos es dado poseer; he luchado por mantenerme firme" (28).

En su obra no hay vicios ni degeneración; ni siquiera hace alusión al amor físico, éste es siempre consecuencia del entendimiento espiritual; él mismo trata de sustraer a los personajes del medio en que los coloca para que no lleguen a la sordidez; por eso no se le puede considerar naturalista; no le atrae la descripción de lo grosero, lo repugnante o lo obscuro. (aunque dichas características no sean las únicas que definen esa escuela).

El naturalismo es materialista, y la lectura de P. Valdés tiende a 'rosa' en ocasiones (infra, cap. II, La hermana San Sulpicio), quizá por la influencia de los mencionados folletines de su adolescencia. Y es muy romántico, sin permitir que la pasión predomine sobre la razón; el romanticismo es un modo de vivir y también copia la realidad circundante; P. Valdés se buscaba a sí mismo exaltando el sentimiento y su obra oscila entre lo real/vivido y lo i

(27) "Sinfonía pastoral: pról." en Obras, t. I, pp. 1775 y 1776.

(28) "Testamento literario: Las influencias" en Obras, t. II, p. 1283.

deal/soñado; no podía faltar en él esta íntima conexión entre el arte y la vida.

También es modernista por su manera elevada de escribir, por esa manera fina, elegante, que seduce mediante adjetivos precisos, delicadeza en los matices, perfección en los pormenores; por esa musicalidad inesperada que une las formas con el contenido para lograr una unidad bella y ecuánime; por esa facilidad para hilvanar palabras como notas musicales en eficaz armonía; por el realce y colorido en cada una de las posibilidades fonéticas de los vocablos. "Se ha pretendido que naturalismo y modernismo eran antagónicos, olvidando que en el movimiento modernista cabían todas las tendencias, con tal de que la forma de expresión fuese depurada, esto es, con tal de que el lenguaje estuviera trabajado con arte, que es, por excelencia, el rasgo distintivo del modernismo" (29).

El modernismo proviene del romanticismo. La diferencia radica en que éste se da en la juventud y aquél en la madurez: "El modernismo tenía no poco de romanticismo; la verdadera diferencia de ambos tan inexorablemente subjetivos está en ser el romanticismo una delectación subjetiva en su momento de juventud, y el modernismo, esa misma delectación en su momento de madurez otoñal. ¿No existen tanta belleza y más matices en el crepúsculo vespertino que en el matutino?" (30), "es innegable que el modernismo, como un nuevo romanticismo que en gran medida es lo que fue tuvo fuerza para cambiar

(29) Max Henríquez Ureña. Breve historia del modernismo, FCE., México, 1954, p. 17.

(30) Federico Carlos Sainz de Robles. Ob. cit., t. I, p. 829.

el contenido, la forma y la dirección de nuestra literatura" (31).

En el modernismo persiste la tendencia realista de la novela. Nació como negación al naturalismo, por un deseo de rescatar la belleza y llevó al espíritu y sensibilidad de cada artista la oportunidad de 'expresarse'. P. Valdés se permite la libertad de 'desnudar' el afecto, 'se deja ir' con el afecto, se 'entrega', con la salvedad de que en él los ornamentos no ahogan la idea, só lo buscan obtener de la idea lo más inefable, sin formas exóticas, de una manera realista.

También tiene rasgos de la escuela modernista por la imposibilidad de obscurecer su escritura con voces escatológicas; evade la situación anotando a lo sumo: "recorría fogosamente todo el ca tálogo de los dicterios... se deshizo en quejas y lamentos; rompió en apóstrofes violentísimos, pero el respeto que debemos a nuestros lectores nos obliga a hacer alto" (32). "¡Qué bárbaras lamentaciones! ¡Qué terribles amenazas proferidas no en endecasílabos, sino en la prosa más vil que puede nadie imaginarse!" (33). Una de las acusaciones que hizo a la nueva escuela fue precisamen te su caída en el descaro e impudor.

La tendencia de este autor es depurada y hasta espiritual, qui zá más cerca, en su condición de observador, 'del natural' y en su posición siempre sincera 'al natural', pero no por el deseo de

(31) Federico de Onís. Ibid., p. 830.

(32) Palacio Valdés. "José" en Obras, t. I, pp. 154 y 155.

(33) "La novela de un novelista: El Ateneo" en Obras, t. II, p. 791.

restringirse a una escuela: "cuánto amarga la existencia la convicción de todos esos críticos tan doctos, tan serios, tan diestros en averiguar a qué género, especie y familia pertenece una obra" (34). Se podría anotar, que al no ser absolutamente realista se acercaba al naturalismo, pero con una pretensión más de tipo 'verista'; sin intentar suprimir el antagonismo de los seres y atacando la raíz misma de la existencia, nos adiestra en el combate, nos fortifica. "La obra de Palacio Valdés, aun cuando por sus descripciones puede considerarse como naturalista, por su fino humorismo y su conocimiento de los temas sentimentales, se destaca con personalidad propia" (35).

Su procedimiento viene de la novela romántica y se instala en la realista con algo de arraigo en lo popular; de ahí provienen expresiones como la hermosa doncella y el noble caballero; abarca diversidad de tendencias y reacciones literarias, no es posible encasillar a los escritores dentro de una sola; pero si atendemos a su peculiar estilo personal, a su sensibilidad refinada y exquisita, a ese escribir 'bonito', consumado, cristalino... quizá podríamos introducirlo dentro del modernismo. Palacio Valdés embelleció la prosa a la altura de la poesía: "una suave claridad se esparció repentinamente por la alquería. Volvimos los ojos hacia el mar y vimos asomar sobre sus olas inmóviles el disco de la luna. Las aguas rielaron; en el parque brillaron como puntos luminosos las hojas metálicas de las magnolias, los blancos capullos

(34) "Semblanzas literarias: Nuevo viaje al parnaso" en ob. cit., p. 1205.

(35) Guillermo Díaz Plaja. Ob. cit., p. 338.

de las rosas, las cimas de las cañas y los laureles. Las tinieblas se amontonaron en los macizos de los bosquetes, formando masas espesas, impenetrables. Pronto fueron a buscarlas en sus guardidas los rayos de la luna, que se alzaba serena por la bóveda azul sembrada de oro" (36).

Cfr. con Rubén Darío sin atender propiamente a fechas o escuelas que restrinjan nuestro pensamiento: "Arriba el cielo con su inmensidad y con su fiesta de nubes, plumas de oro, alas de fuego, vellones de púrpura, fondos azules, flordelisados de ópalo, derramaba la magnificencia de su pompa, la soberbia de su grandeza augusta" (37), y pensemos que aunque el modernismo es un movimiento fundamentalmente poético, también se da en la prosa; que aun cuando se caracteriza por un deseo de renovaciones temáticas, estilísticas, métricas, uso de símbolos, mitos, así como gusto por lo frío y sensual, también significa un grito de independencia cultural, pues por primera vez una corriente literaria de la América hispánica tiene su propio nombre y características particulares. Sin embargo, esto no quiere decir que niegue sus influencias de las corrientes francesas.

Aun España y México cuentan con escritores premodernistas: Gaspar Núñez de Arce (1834), Salvador Rueda (1857), Manuel Gutiérrez Nájera (1859), Manuel José Othón (1858) y muchos más. El hecho de que en España se sitúe este movimiento a partir de Juan Ramón Jiménez, quien es posterior (1881), seguramente tenga que ver con la

(36) Palacio Valdés. "El capitán Ribot" en Obras, t. I, p. 899.

(37) Rubén Darío. "Paisaje" en Azul, Epoca, México, 1993, p. 103.

situación histórica; Palacio Valdés es anterior incluso a la generación del 98, pero también comparte las inquietudes de este fenómeno humano, político y literario sujeto a las circunstancias históricas (P. Valdés muere en 38). La generación del 98 se distingue por un compromiso con su 'realidad', por una inconformidad hacia la vida política española, y los une el dolor de ver a su patria caída; la pérdida de las Colonias fue la gota que rebasó el conocimiento de la declinación española, del imperio que llegó a ser el primero del mundo, "el enrarecimiento consiguiente de nuestro ámbito histórico es causa de la decadencia de España, y esta decadencia es, primariamente, moral" (38); en cambio, el modernismo a partir de Darío representa la independencia histórica e intelectual de América: "había en la América española, desde antes de 1880, un espíritu de independencia y de novedad que, unido al empeño de trabajar el idioma con arte, habría de culminar en un movimiento coherente como el modernismo" (39).

Ahora bien, si logramos una abstracción de la desigualdad de las situaciones (histórica y política) el modernismo es una reacción contra el naturalismo, en el sentido de no perder los ideales, de concebir un reencuentro con la belleza en todos sentidos y manifestar su desaprobación al pesimismo.

R. Darío y P. Valdés son idealistas, o ¿qué otro nombre se le puede dar a ese anhelo, a esa aspiración por concebir el mundo como

(38) José F. Montesinos. Ensayos y estudios de literatura española, Ed. de Andrea, México, 1959, (Studium/23), p. 209.

(39) Max Henríquez Ureña. Ob. cit., p. 48.

el del simbólico entorno de la gentil princesa dedicada a Margari
ta Debayle por Darío... como queriendo preservarla dentro de un
prendedor de toda fealdad, de toda acción indigna?

Viste el rey ropas brillantes,
y luego hace desfilar
cuatrocientos elefantes
a la orilla de la mar.

La princesita está bella,
pues ya tiene el prendedor
en que lucen, con la estrella,
verso, perla, pluma y flor. (40)

"La vida es una continua transacción entre lo ideal y lo real"
(41), "El ideal ha marchado siempre delante de mí como columna de
fuego" (42).

Palacio Valdés quiere señalar el camino para que llegue el día
en que la compasión prevalezca sobre el interés y la posibilidad
de causar dolor a un semejante se nos haga desagradable. "En el
fondo del alma siempre he sido idealista y, aunque en el curso de
mi vida haya amontonado sobre este fuego sagrado mucho polvo y mu
cho escombros, por fortuna nunca ha llegado a apagarse" (43).

También encuentro en P. Valdés una 'bondad' siempre constante,
la cual envuelve hombres y acciones; la lacra moral es vencida por
la inclinación a procurar el bien; una bondad con hechos que la
muestran aun sin pronunciarla, "la confianza inquebrantable en la

(40) Rubén Darío. Poema del otoño y otros poemas, 8ava. ed., Es
pasa Calpe, México, 1985, (Austral/282), p. 57.

(41) Palacio Valdés. "Semblanzas literarias: Los oradores" en O
bras, t. II, p. 1164.

(42) "Testamento literario: Dedicatoria" en ob. cit., p. 1259.

(43) "La novela de un novelista: Resuelto hacerme ermitaño", ob.
cit., p. 716.

bondad del Universo es lo que nos hace felices en la infancia" (44); un sentimiento que se hace reiterativo en personajes: generosos, serenos, cordiales, alegres, nobles, serviciales, hospitalarios, virtuosos, leales, reflexivos, tiernos, probos, compasivos... una inclinación a enaltecer el bien y esa 'amabilidad' siempre presente a manera de Quijote impulsando actos o rigiendo firmemente la acción. "Se ha comparado a Ribot con Don Quijote porque "el personaje de Palacio Valdés, como el caballero manchego, hace de su propia Dulcinea estrella y norte de su vida; por ella pone punto final a sus singladuras" (45).

Ese concepto de bondad innata y sin límite, enteramente congénita, el cual da tono a su producción y constituye el sitio que le corresponde como novelista, es a su vez la imagen de un hombre profundamente bueno. No podía ser de otra manera, por lo que aporta y refleja la obra y su vida: "¿ Dónde encontrar el fundamento de la bondad que yo respetaba con toda mi alma?... por medio de un deseo ardiente y una conducta intachable; verdad, belleza y bondad se hayan confundidas en el seno de la vida infinita" (46). Palacio Valdés tenía un ideal; ¿ dónde se apoyaba éste? "sólo en mi propio pensamiento... el alma debe volverse hacia lo inmutable, así se disipan las inquietudes y se encuentra el reposo" (47).

Como apoyo teórico a lo mencionado en este capítulo incluiré juicios de varios críticos. Juan Luis Alborg pone término al romanti-

(44) José Ma. Roca Franquesa. "La novela de Palacio Valdés", Clasificación y análisis en Boletín del Instituto de Estudios Asturianos, Diputación Provincial de Asturias, Oviedo, 1953, núm. XIX, p.456.

(45) Luisa Balanzat. "Don Quijote y el capitán Ribot", boletín citado, núm. XVIII, p. 599.

(46) Palacio Valdés. "Testamento literario: La metafísica y la estética", ob. cit., pp. 1263 y 1269.

(47) "Testamento literario: Última confidencia", ob. cit. p. 1319.

cismo en el año 1850, y las tendencias realistas y naturalistas las prolonga hasta 1898 donde inicia la época contemporánea con la generación de escritores que conocemos a partir de esta fecha. Y "aunque las más acusadas características de lo que puede denominarse 'romanticismo de época' pueden estimarse liquidadas al comenzar la media centuria, muchos aspectos románticos persisten vigorosamente durante la época posterior, dejando sentir su influjo de manera especial en el teatro y hasta en la misma 'novela realista' " (48). Ésta data alrededor de 1860 hasta la revolución de septiembre de 1868 y alcanza su plenitud en la época de restauración (1875-1898); destacan en ella Alarcón, Pereda, Valera, Alas, P. Bazán y P. Galdós. Para J. L. Alborg: "Blasco Ibáñez y Palacio Valdés conservan la vigencia del realismo en medio de otras corrientes más modernas" (49). El modernismo podemos situarlo paralelo a la generación del 98 y concluido al final de la primera guerra mundial. Este crítico opina que "ni es posible nunca la copia exacta de la realidad, ni el conseguirlo constituye tampoco un alto índice de valor, ya que en interpretarla y transfundirla según una sensibilidad peculiar radica la suprema excelencia... el realismo no contradice demasiado la existencia de corrientes contrarias... la corriente culta y minoritaria, la idealista y quimérica, el primor y la estilización se dan en permanente y deslumbrador contraste en casi todas las obras y escritores de más ponderado realismo; bastaría recordar el idealismo de Don Quijote frente a la avulgarada rea

(48) Juan Luis Alborg. Historia de la literatura, t. I, Gredos, Madrid, 1966, p. 27.

(49) Idem.

lidad de Sancho" (50).

Para Ramón Menéndez Pidal: "lo estrictamente real nunca es artístico"; considera mejor "concebir la idealidad muy cerca de la realidad, muy sobriamente", y define al realismo como una "sobreidad estética, pareja a la templanza ética" (51).

Damaso Alonso ha destacado: "el error de considerar tan sólo en nuestras letras el lado realista, popular, localista, que suelen estimarse en ellas como consustanciales, con exclusión de la caudalosa veta idealista, de selección minoritaria, de alcance universal, que tiene cultivadores de tanta o mayor importancia", y llega a dos conclusiones: "a la necesidad de no considerar tan sólo la corriente realista de la literatura española, y mucho menos como esencial, sino de colocar en el mismo grado de atención toda la opuesta vertiente; a la constatación de que la existencia simultánea de estos contrarios, su mutua acción y reacción, su oscilación en crítico equilibrio, son los auténticos caracteres no sólo de nuestra literatura, sino de todo nuestro arte en general"(52).

Menéndez Pidal denuncia la equivocación de creer que las características realistas no admitan la posibilidad de sus contrarias (supra, cita núm. 51) y está de acuerdo con D. Alonso en cuanto a que este dualismo y constante yuxtaposición de elementos opuestos en la literatura será la ley de unidad de la misma.

(50) Alborg. Ob. cit., pp. 18, 19 y 20.

(51) Ramón Menéndez Pidal. "Caracteres primordiales de la literatura española" en España y su historia, vol. II, Madrid, 1957, p. 611.

(52) Damaso Alonso. Ensayo reproducido en Estudios y ensayos gongorinos, 2a. ed., Madrid, 1960, p. 11.

2.- Mundo político y social a través de la novela Marta y María.

Una novela bien construida es producto de una esforzada operación intelectual; requiere de una organización del tiempo, de la colocación de diversos elementos en el lugar que les corresponde, de un orden narrativo, de un lenguaje que abarque fondo y forma sin ninguna línea divisoria; de una manera de expresarse capaz de persuadir por medio de un suceso interesante, posible de imaginar o dibujar una historia con base en una información y unos silencios de los cuales depende enteramente que una ficción sea cierta o falsa, conmovedora o ridícula, seria o banal.

La novela ha servido siempre para un fin social; experimentar lo mismo que el artista conoce es el único objetivo del arte. Su finalidad es despertar la emoción estética a través de todo fragmento de vida, ya que toda parte de la realidad puede engendrar una historia.

Es un género que participa de la naturaleza de la epopeya, de la del drama, de la poesía lírica... a la narración del mundo total se le llama epopeya; al relato del mundo particular lo llamamos novela, "es la narración del mundo privado en un tono privado" (1). Las pasiones, encarnadas en los individuos engendran los caracteres; el punto culminante de la novela se halla en el estudio y la expresión de dichos caracteres; como el acontecer mismo, establece sólidamente un principio, un medio y un fin "el mismo a

(1) Wolfgang Kaiser. Interpretación y análisis de la obra literaria, 3a. ed., Gredos, Madrid, 1961, p. 481.

contecimiento portador de la estructura queda anclado en las personas individuales... sucesos y personajes son utilizados como portadores de la estructura" (2). Las descripciones son el lazo misterioso entre el ser humano y el ambiente; la unidad es el lazo que une las partes al todo, aunque puede haber acciones que marchen paralelas; el desenlace no debe ser obra del azar, sino efecto y resultado del pensamiento generador de la obra "en razón de una lógica consecuente con el carácter y el desarrollo moral-psicológico de los personajes evidenciado por toda la novela y consecuente con el fin regenerativo del autor" (3), el cual debe manifestarse por un rasgo peculiar del carácter principal.

Y ¿ el estilo? es la fisonomía del escritor, y su única regla es la sinceridad. "Estilo se aplica naturalmente a la peculiaridad de un escritor, porque es la expresión directa de un modo individual de experiencia" (4), "son los temperamentos artísticos, los que moldean materiales en sí indiferentes y les imprimen su definitivo carácter" (5).

Si además, la voz del autor _ o lo que comúnmente llamamos la función del narrador _ es genuina, coherente y está siempre, como en Palacio Valdés, a manera de respaldo objetivo, sin traicionar su posición o punto de vista, "yo vivía fascinado por la técnica de la novela, y todas las que caían a mis manos, las leía con un

(2) Ibid., pp. 483 y 487.

(3) Gilbert Paolini. "La conciencia en Palacio Valdés: El capitán Ribot", en Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1989, p. 1392.

(4) J. Middleton Murry. El estilo literario, trad. de Jorge Hernández, 2a. ed., FCE., México, 1956, (Breviarios), p. 23.

(5) José F Montesinos. Costumbrismo y novela, Castalia, Valencia, 1960, p. 23.

ojo clínico, observando cómo funcionaba el punto de vista; si era coherente la función del narrador" (6), sin violar los intereses universales y exenta de torpezas técnicas que destruyan la verosimilitud, estamos hablando de una excelente novela.

¿ De qué trata Marta y María ?

Una niña de 13 años y una jovencita de 16, dejan transcurrir sus vidas en un poblado pequeño: Villa de Nieva, en Asturias; en un hogar aparentemente tranquilo y cálido, sin problemas de ninguna índole. El padre, Don Mariano Elorza, es un hombre maduro de alrededor de 60 años, todavía atlético y vigoroso, de temperamento equilibrado y con una gran capacidad para amar y trabajar.

Doña Gertrudis, su esposa, es una enferma desde que dio a luz su primera hija; padece una fuerte depresión que la postró en cama, la dejó a merced de mil enfermedades imaginarias las cuales sufría como reales y se convirtió, de esta manera, en una inválida. No participaba en los paseos ni acompañaba a su familia a la mesa; requería de un médico de cabecera y la atención y los mimos propios de una niña. A lo sumo accedía a salir de su cuarto con motivo de una reunión en casa, en donde no era capaz de desempeñar su papel de anfitriona ni socializar; se la pasaba sentada, como una impedida y hablando de su estado de salud, siempre crítico.

(6) Mario Vargas Llosa. El pez en el agua, Seix Barral, México, 1993, (Biblioteca Breve) , la reimpr. de la 1.ª ed., s.f. , p. 345.

La depresión de esta señora, no era más que una variable de la locura; sin embargo, era aceptada por todos y no vista como tal, o con la gravedad que reclama, porque esta enfermedad implica un estado pasivo que no causa daño a nadie, en forma manifiesta. Desde luego, es más benévola que otros diagnósticos relativos a la enfermedad mental, pero igual lastima e imprime _ sobre todo en los hijos _ una ceguera o duda ante el mundo que los rodea; en cuanto a cuestionarse 'si así es la vida' o existe algo dentro de casa de lo cual es necesario escapar a como dé lugar; en cuanto a que el mundo _ de afuera _ ofrece otras alternativas, una vida en donde participar y procurarse retos saludables.

La sintomatología del estado psíquico de algunos de los personajes y sus naturales consecuencias, están descritas por Palacio Valdés al mismo tiempo que la aparición de las teorías del psicoanálisis y del subconsciente de Sigmund Freud, ya que ambos autores son de la misma época; una mínima diferencia con respecto a su nacimiento y muerte (Freud, 1856-1939); aunque los escritores _ dentro de la literatura mundial _ se han distinguido por 'adelantarse' a dichas teorías.

El ambiente familiar antes descrito produjo en las hijas una caracterología particular.

La mayor, María, una joven hermosa y con puertas abiertas a

una vida normal _ dentro de lo que se esperaba de la mujer en aquella época (1868) _ próxima a casarse con un militar joven, de sentimientos nobles, apuesto y rico, con todo a favor para estar 'en' y 'dentro' del mundo y sonreír, escoge apartarse, quedar fuera; es triste, retraída, melancólica e incapaz de sentir ningún placer, incluyendo el de ver y admirar el paisaje, aspirar el perfume de las esencias y el aroma de las flores; se castigaba severamente por medio de ayunos, penitencias, interminables horas de oración y hasta padecimientos físicos crueles para lo cual hacía uso de silicios y otros. La preocupación de salvar su alma, más que hacerse cargo de su cuerpo la obsesionó por completo y con el pretexto de una fe religiosa llevada al extremo, un amor infinito a Dios y la cobardía de no arriesgar un amor 'inmortal' como es el que ofrece Nuestro Señor _ por otro _ que en cualquier momento falla, traiciona o perece, por ser esto inherente a la fragilidad humana, se encierra primero en su casa y más tarde en un convento.

Con los adelantos de la ciencia, quizá el diagnóstico actual sería, entre otros, 'anorexia nerviosa', enfermedad casi exclusiva de la mujer y cuyas señales tenía sin duda María: disminución notable en el peso al grado de perder la regularidad de la menstruación, seguramente por un miedo a ser mujer y realizarse como tal, no sólo en el sentido de la maternidad, sino en el temor a ser 'tocada'. "La sintomatología esencial de este trastorno consiste en el rechazo contundente a mantener el peso corporal por encima

de unos valores mínimos normales para una determinada edad y talla, miedo intenso a ganar peso o a convertirse en una persona obesa, aun cuando se esté por debajo del peso considerado normal, alteración en la imagen corporal y amenorrea" (7).

Marta _ la más pequeña _ también es bonita, quizá menos llamativa que su hermana; es de carácter dulce y apacible; ella se ha visto menos afectada por el cuadro depresivo de la madre, pero es tan sensible que tiende a llorar por el motivo más insignificante, y la expresión de su mirada no tiene la chispa que debiera en una niña, casi adolescente, que está en su mejor momento.

Marta desempeña las tareas que le corresponden a su mamá, y a su corta edad es _ por necesidad _ una estupenda ama de casa; sabe manejar perfectamente a los criados, organizar, disponer e incluso cocinar bien. Es normal y abierta a los placeres de los sentidos, los cuales son en este momento el aroma agradable de la ropa planchada y el de los alimentos bien sazonados; es receptiva a las caricias de familiares y amigos; también es piadosa, pero sin llegar a la exageración. A María la considera una 'santa'.

Marta siente un cariño especial hacia el novio de su hermana por la frecuencia con que visita la casa y porque ese joven, al verse constantemente rechazado por la que eligió para esposa, busca y recibe ternura de parte de la cuñada: " _ Ricardo se levantó, aproximose a Marta y, sacudiéndola fuertemente exclamó: ; chiquita, qué remonísima eres!". Además, por ser ésta todavía niña, la relación cariñosa entre ellos se acepta como enteramente normal: " _ Qué payaso e-

(7) Tomás de Flores, Joan Masana, P. Pichot et al. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales, American Psychiatric Association, Ed. Masson, Barcelona, 1988, p. 80.

res, Ricardo! Ahora déjame concluir para llevar el caldo a mamá" (8).

Mundo político y social. Palacio Valdés delinea y separa muy bien las actividades e intereses de los hombres y las mujeres. Estas últimas son las más de las veces frívolas, aunque inteligentes; también las hay sosas, pero nunca feas. Las mujeres de P. Valdés siempre son 'bellisimas', 'muy bellas' o quizá, 'no demasiado bellas; comparables a las vírgenes de Murillo, o por contraste, hechiceras. Para él no hay mujer sin atractivo: "el cuello servía de sostén a una cabeza rubia de rostro blanco, levemente sonrosado en las mejillas, fino, correcto... asemejaba notablemente al de doña Gertrudis, pero tenía una expresión persuasiva e insinuante" (9). Aprecia cualidades como: pudor, feminidad, recato, prudencia, sentimientos elevados y espirituales: "; Dichosos los que en la vida tropiezan con estos seres benditos que fundan su felicidad en la ajena, que ofrecen las flores y se quedan con las espinas!" (10). Las dibuja como son, cosiendo y yendo a la iglesia. Por eso no es de extrañar que la Sra. Gertrudis al llegar a la menopausia pierda el interés por vivir y se recluya en sus habitaciones; la mujer padece vejez prematura, pues se casaba adolescente y su función terminaba al mismo tiempo que sus ovarios.

El mundo de los hombres es dinámico; don Mariano se conserva activo después de los 60 y la conversación de éste y sus colegas y amigos versa sobre la importancia comercial y marítima del puerto donde habitan (Nieva) y los puertos circunvecinos; sobre la posible baja de la propiedad inmueble; el comercio de las villas y el

(8) Palacio Valdés. "Marta y María" en Obras, t. I, 6a. ed., Aguilar, Madrid, 1956, p. 47.

(9) Ibid., p. 17. Descripción de María.

(10) Ibid., p. 125. Se refiere a Marta.

ferrocarril que permitirá el progreso. Está afiliado al partido liberal (moderador), sin embargo, la política le preocupa menos que el incesante desarrollo logrado por la humanidad, y su malestar es intenso cuando éste se retrasa: "El trazado de Miramar sería nuestra ruina, porque nos acerca a Sarrió (otro puerto) que, como usted sabe muy bien, tiene más importancia", "porque la guerra no ha de durar eternamente ni el gobierno ha de dejarnos reducidos siempre a la condición de parias... caminos, puentes, fábricas, saneamientos de terrenos; eso es lo que pide nuestra desgraciada nación" (11). Don Mariano conversaba de esto con don Máximo, el médico de casa, para evadir su realidad; poca atención prestaba ya a las enfermedades de su esposa y se había acostumbrado a ir solo a los paseos.

En los párrafos anteriores y en los que siguen se refiere a la guerra carlista; es así como la introduce: " __ Yo no consentiría ni periódicos facciosos como La Tradición ni autoridades que no obedeciesen puntual e incondicionalmente al gobierno". Dice (refiriéndose al art. del periódico) " __ que todos los buenos católicos deben empuñar las armas para exterminar la caterva de impíos y desalmados que hoy nos gobiernan " (12).

Palacio Valdés vivía en esta época en Madrid y de esos años de agitación en España escribe sus trabajos iniciales y participa como crítico en revistas importantes mencionadas en la introducción de este trabajo.

(11) Ibid., pp. 9 y 10.

(12) Ibid., p. 67.

En esta novela, la trama está bien hilvanada; de los personajes esenciales, el primero que introduce es doña Gertrudis con la patología psíquica descrita, para continuar con la contraparte o consecuencia inevitable de María, la hija mayor, quien no se permite ningún deleite, pero por lo menos encauza su energía en favor de los necesitados y humildes ; por defender sus creencias y un amor infinito y genuino hacia Dios _ ayudada además por el don de persuasión y un lenguaje pintoresco, aunque sencillo _ se involucra en la guerra carlista como parte del movimiento religioso, aportando dinero, todo su tiempo y su mejor esfuerzo de buena católica, en apoyo de la causa justo en el momento donde el clero y las tendencias piadosas padecían persecución por parte del gobierno. La actitud de María es un duro golpe para Don Mariano, quien no comulgaba con esas ideas; además, el peligro en el cual se envuelve la joven y el hecho de ser apresada, repercuten en la escasa salud de doña Gertrudis quien estaba en cama desde el nacimiento de aquella: su primera hija.

María aprovecha el dolor de perder a su madre para hablar con su novio y decidir consagrarse por completo a Dios. La dualidad de su misticismo se analizará en el cap. II.

Quizá el autor desenvuelve la acción en Asturias porque las provincias del norte eran más religiosas y apegadas a la tradición; tanto, que amenazaban el orden político establecido. Los que detestaban la persecución que la iglesia sufría y defendían a los ministros de Jesús en la tierra se mantenían al pendiente en esta gue-

rra donde estaban en juego los derechos de un Pretendiente al trono y las conveniencias de la religión. Los que se relacionaban con el clero se situaban naturalmente en contra de los herejes del poder, y propagaban con velocidad las noticias en favor de la causa monarquicocatólica. En las sacristías y en las trastiendas leían con absoluto sigilo el Cuarto Real, diario oficial del Pretendiente, escondido entre lienzos de tela o pastas para sopa; crecía la devoción sobre todo al Sagrado Corazón de Jesús y de María; las provincias vascas se organizaron eficazmente; en Nieva se dio el paso necesario que desembocó en una conspiración, y ese paso lo dio María, quien ya se había dado a conocer lo suficiente por su 'santidad', incluso por el don de curar algunos enfermos; salieron fusiles de la fábrica de armas (de Nieva) robados por algunos operarios carlistas, casi todos estudiantes, seminaristas, también participaron mujeres; al frente de ellos estaba Don César Pardo como presidente de la junta carlista, ya mencionado en la narración que nos ocupa desde los primeros capítulos para dar a entender que la joven protagonista en su ir y venir a la iglesia fraguaba un plan; pero fueron sorprendidos por una docena de guardias civiles; los conventos eran transformados en cuarteles y esto provocaba intensa repulsión hacia los que gobernaban contra los designios de Dios.

Otro punto favorable para María fue verse protegida por su tío materno, el marqués de Rebollar __ elemento importante en la corte del Pretendiente __ quien mantenía relaciones con los parti-

darios de la monarquía católica en Nieva. Este fue el hilo que unió la conspiración carlista con el lugar de donde partían las órdenes.

María, sin importarle el peligro al que estaba expuesta, buscaba colocar de nuevo a Jesús en el trono y combatir la herejía; ella misma bordó el estandarte _ para mostrar lo tradicional de este hecho _ y los corazones que llevaban cosidos al chaleco los que defendían la fe de Cristo, y contribuyó al golpe que se apoderó de la fábrica de armas de la villa con el objeto de asesinar a los liberales. El clímax sobreviene cuando la joven le pide a su novio, el marqués de Peñalta, que sea desleal a sus principios entregando la fábrica. De este modo la pareja sabe que sus lazos se han roto; entre ellos no quedaba ya nada en común.

María es un personaje que nunca se traiciona a lo largo de la novela; su vocación y convicciones son firmes desde temprana edad y no vacila para lograr lo que se propone: " ; Bien sabe Dios que no me importa nada que gobiernen unos y otros ni me ha arrastrado a tal proceder ninguna consideración terrenal! Pero he visto y estoy viendo maltratada a la religión y sus ministros; estoy viendo en peligro la salvación de muchas almas... cuando se sufre por Dios, el sufrimiento se convierte en placer... llamo causa de Dios a lo que en estos momentos representa el rey legítimo y católico" (13).

(13) Ibid., pp. 96, 99 y 106

María representa una buena parte de España, la tierra católica por excelencia; el símbolo del acto de fe: Dios, trino y uno; la idea de esta sola fe, de un único culto. El autor combate el falso misticismo y la exageración en las prácticas religiosas, no a la religión católica en su integridad. Pero sobre todo quiere exponer que no es posible mezclar un fanatismo llevado al extremo _ como lo fue en España _ con las necesidades urgentes y prioritarias de cualquier nación ni dejar que la religión interfiera en asuntos dedicados al progreso económico y cultural, en donde el bienestar social y los asuntos de Estado no tienen nada que ver con las prácticas piadosas. Un fanatismo que consistía en pensar que el fin justificaba los medios.

El hecho de que una mente desequilibrada como la de María, sin moderación ni sensatez, participe y sea capaz de levantar voces como: ; Viva Fernando VII ! ; Viva la religión ! entorpezca en cualquier lugar del mundo un desarrollo positivo y saludable que debe estar encaminado exclusivamente al avance.

¿ No fue esta conducta, reiterativa y negligente, motivo de la siguiente guerra _ o continuación de la misma _ que tantas vidas y desastre causó en los años 36 - 39 del presente siglo ?

3.- Influencia del ambiente social. (Basada en el análisis de la novela Santa Rogelia).

El efecto del ambiente social en el destino de las personas, que como oráculo vertiginoso, como rueda de fortuna caprichosa, las coloca arriba o abajo, las muda de lugar a su antojo para depositarlas al final en el sitio que les corresponde, o sea, en el lugar inicial, es el caso de Rogelia, protagonista que ofrece el título a la historia. Esta es la gran lección, el reencontro que tiene Rogelia con ella misma después de buscar la fe licidad fuera de su ser y de su lugar de origen, apartada de sus raíces, disgustada por lo que le había tocado en suerte vivir, encuentra esta 'felicidad' precisamente cuando deja de perseguir la.

El valor 'deber' es el tema que sostiene esta novela. Desde luego, persisten _ como en la mayoría _ la religión o religiosidad que caracteriza a los personajes femeninos de Armando Palacio Valdés así como la idealización o azoro ante la fortaleza y determinación que rigen sus actos; a la espiritualidad y tenden cia piadosa no exenta de erotismo y a la patología que surge cuando esta piedad se torna exagerada. (Estos puntos se analiza rán con más detalle en el cap. II).

Es una historia que en su momento parecía anticuada y propia de la Edad media; ésta debe ser una de las razones por las cuales se conoce y lee poco al autor. Palacio Valdés es exclusivo

para gente pensante, que sepa leer entre líneas, encuentre belleza en su estilo refinado y pueda hallar en el reverso de sus páginas, en los espacios vacíos, algo que aliente, que provoque el cambio, abra los ojos, nos haga despertar, motive, enseñe, muestre el camino... La obra de P. Valdés es, sin duda, un evangelio más. "Mi libro hará la figura de un viejo arcón empolvado y carcomido en medio de un lindo gabinete moderno coquetonamente amueblado... si en mi vetusto mueble descubren algún mérito artístico quedaré satisfecho. Más aún si hallan dentro algo que los aliente en el áspero camino del deber" (1).

La sitúa también al norte de España, en el valle de Langreo, cercano a Sama y Lada, contiguo a la llanura de Laviana y no lejos del puerto de Gijón y Oviedo, capital y comunidad autónoma del Principado de Asturias. El recurso principal de estos pequeñísimos poblados o villas residía en la minería y la industria siderúrgica (narrado antes en La aldea perdida). El trabajo que desempeñaba Rogelia, huérfana desde pequeña, era en uno de esos centros mineros; vivía con su abuela a quien también sustentaba. El carácter de la aldeana se había vuelto rudo y arisco, desconfiado... no creía en nada ni en nadie, porque la misma abuela había tratado de venderla aprovechando la hermosura de la joven y pensando que de esta forma tornarían su condición más llevadera. En El idilio de un enfermo, el padre de Rosa quiere vender también a su hija y se desprenden las fantasías incestuosas que provocan este deseo: " __ ; Vamos, picarona __ dijo el padre sacudiéndola rudamen-

(1) Armando Palacio Valdés. "Santa Rogelia: pról. " en Obras, t. I, 6a. ed., Aguilar, Madrid, 1956, p. 1663.

te por el hombro __, qué buen pájaro has atrapado!... ahí tienes a tu tío, que ya se entregó como un borrego; acaba de decirme que quiere ser tu marido. __ Falta que yo quiera ser su mujer" (2).

Rogelia, siendo una joven rústica y sin los medios necesarios para sobrevivir, en algún momento en el cual se sintió confundida y sola eligió para compañero a un rufián, expresidiario, quien pasados los primeros meses de matrimonio recurrió al maltrato y sustituyó la vivienda por la taberna; ella regresó a su turbación y abandono iniciales y una serie de temores bien fundamentados impidieron, por suerte, que quedara preñada.

El manejo del lenguaje del autor infunde cierta dulzura y colorido en medio del agobio particular de la narración. Se distingue por el uso elegante, siempre fino de las palabras, en contraposición a la aspereza, pesimismo y óptica negativa de los escritores propiamente naturalistas: "uno de esos hermosos avellanos que en forma de ramillete de flores bordan en aquella comarca las orillas del río. El sol bañaba la campiña, que, a pesar de las minas, los lavaderos y escombreras, todavía era bella. El maíz naciente de las vegas y el césped de los prados brillaban a la luz del sol como un terciopelo luminoso. Los castañares de las colinas ostentaban ya un espeso follaje, y las hojas bruñidas despedían vivos reflejos metálicos" (3).

Nadie quería y todos temían a Máximo, el ex preso, por provoca

(2) Palacio Valdés, "El idilio de un enfermo" en Obras, t. II, 4a. ed., Aguilar, Madrid, 1959, pp. 144 y 145.

(3) "Santa Rogelia" en Obras, t. I, p. 1698.

tivo, abyecto y ruin. Ocurrió que él mismo fue herido de muerte y el Dr. que en esa ocasión lo atiende se enamora de Rogelia por sus virtudes, belleza y por el deseo de rescatarla de un entorno tan desagradable. El error de Rogelia fue abandonarse en esta amistad olvidando su situación de mujer casada; al irse con el médico encuentra guía, protección, respeto, amor, oportunidad de viajar e instruirse, pero más adelante se desprecia severamente; "de los sufrimientos los que más afligen son los que uno mismo ha escogido" (4); primero, por no encontrar lugar en la sociedad madrileña en donde una relación fuera del matrimonio era inaceptable y después, por la circunstancia de conocer a una joven religiosa que la acerca a Dios. La protagonista se excluye por su voluntad de ese ambiente, abandona todo, sacrifica al pequeño hijo que ha tenido con el médico, para ir a reunirse con el marido, condenado a prisión perpetua; deja el lujo anterior y vuelve a ser la obrera que era antes, cumple así con el deber sagrado contraído bajo todas las leyes y no se aparta más del camino recto; su propósito será hacer lo que debe, aunque le disguste, sólo por que 'debe de'... para encontrar paz, por higiene emocional.

La idea de que abandone un hijo lastima y predispone en su contra, pero es una pauta que imprime énfasis, recalca el hecho de permanecer en el lugar que nos corresponde como prioridad absoluta; cumplir con el deber como el acto superior del sentido común; recalca el estado de concordia que encuentran los seres que se ha-

(4) Sófocles. Edipo rey, Salvat, Navarra, 1971, p. 169.

cen cargo de lo que deben realizar y lo ejecutan. La situación es peculiar que sobreviene, desprovista de miedo y tristeza. Un oráculo pareció imprimir a la joven la disciplina propia de un soldado: 'Para ti no habrá ya sol; para ti no habrá ya noche; para ti no habrá ya muerte; nada debe atemorizarte, ni hambre, ni enfermedades ni familia; todo ha concluido, excepto... el cumplimiento del deber en el puesto que se te designe'. "Dicha rigidez, base de algunas neurosis, abarca el ideal de perfeccionismo... la fuerza motriz de sus vidas no es un deseo de felicidad, sino el impulso apasionado hacia la rectitud y la perfección. Cuando estas tendencias se hacen obsesivas, el componente erótico queda despejado de su energía y se disocia. De esta disociación surge un ideal del deber, imperativo, riguroso, cruel" (5).

¿ No abandona Nora en Casa de muñecas a sus tres hijos por el imperativo de ser ella misma, genuinamente ella? Ibsen aborda problemas de tipo social en sus obras: "Es una tarea superior a mis fuerzas. Otra que debo atender desde luego, y quiero procurar ante todo; es la tarea de educarme a mí misma. Tú no eres hombre capaz de proporcionarme este trabajo, y necesito emprenderlo yo sola. Por eso voy a dejarte... sólo sé que para mí es imprescindible... para cumplir mis deberes conmigo misma" (6).

En el reencuentro que establece Rogelia con Dios la religiosidad se hace patente; primero, en la persona que ejerce la influencia sobre ella y más adelante en ella misma; toca la línea divisoria, rea

(5) Paciencia Ontañón de Lope Blanch. "Algo más sobre 'realidad' de Galdós" en Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, P.P.U., Barcelona, 1989, p. 1380.

(6) Henrik Ibsen. Casa de Muñecas, 4a. ed., Editores Mexicanos Unidos, México, D.F., 1983, pp. 184, 185 y 186.

lidad-fantasia, es decir: hablan con Dios y lo escuchan; Palacio Valdés insiste en lo negativo del fanatismo llevado al extremo: "Al levantar una vez los ojos al Cristo vio con espanto los de és te que se movían y se fijaban en ella dulces y compasivos... el Cristo habló: __ hija mía, han concluido tus penas, perdonados es tán tus pecados" (7).

Aborda de nuevo el punto de la belleza femenina absoluta, esta vez en la persona de una campesina semi robusta, fría, colérica, in domable a veces, por la dura vida que ha llevado; un poco tosca en el físico, pero delicada y virginal en su interior: "la camisa arre mangada dejando ver unos brazos exquisitos, el rostro un poco tosta do por el aire libre, pero fresco y jugoso como una flor que se abre; los negros cabellos cayendo en rizos sobre su frente, los hermosos ojos brillantes y risueños, la boca entreabierta por una dulce sonrisa mostrando una fila de menudos y blancos dientes; su gallarda y noble figura, que revelaba la energía de un cuerpo joven y vigoroso. ¡Era linda en verdad la esposa del minero!" (8).

Una preocupación más, reiterativa, dentro del gran tema: 'vida': deber, rectitud, veracidad, valores universales ineludibles _ que a tiende este autor en su obra _ es la no fidelidad de algunas mujeres (Elena, en Tristán, o el pesimismo, Ventura, en El cuarto poder) y el consecuente castigo que esto merece, sin importar, desde luego, las causas, aunque aparentemente fueran aceptables o meritorias de

(7) Palacio Valdés. "Santa Rogelia" en ob. cit., pp. 1768 y 1769.

(8) Ibíd., p. 1696.

dispensa. Aquí aparece la mano (pluma) rígida de este autor; perdona, pero después de desplazarlas por un largo y penoso purgatorio, aun cuando _ como en el caso de Rogelia _ ningún acto fue llevado a cabo; esto es, ella pecó o faltó a su deber de esposa, al principio, sólo con el pensamiento y deseo, anhelo suficiente para provocar la ira del marido y la intención de matar al causante del deseo censurable; en esta narración él era libre y quizá procuró la seducción, pero ¿quién de los dos aguardó al otro?

Este cuestionamiento sin respuesta parece delegar la responsabilidad en ella, la infiel; un tanto encubierta por su candor y necesidad de afecto, pero culpable al fin por haber olvidado aquello de que 'un hombre tiene la honra que su mujer le dé', la merezca o no; aunque él lastime más en ese aspecto y en otros.

Para continuar con problemas de tipo social en la interpretación de este 'valor' milenario universal no podemos juzgar a Palacio Valdés de exagerado puesto que la sociedad civil lo condena y reprime en todas partes por medio de un código, establecido al margen de la religión.

En todos los casos donde aparece deslealtad por parte de la mujer, la repercusión es: crimen, suicidio o muerte en vida, lenta; es decir, daño irreversible. Bajo la premisa de que 'todos somos buenos hasta que dejamos de serlo' parece advertir sabiamente el autor que precisamente infringir el 6o. mandamiento de la ley en forma indebida y el 9o. _ éste sin excepción _ encierra el incumplimiento.

miento de todos los demás y provoca el infierno en la tierra, a menos que de alguna manera se sublime esta falta; a menos que por muy bajo que se haya caído surja el choque entre dos poderes o influencias: obedecer al instinto, o mantener un ideal de pureza; cuando todavía sea posible alcanzar la superficie después de haber tocado fondo.

El ambiente social que provoca este desorden en sus personajes conlleva miseria, sordidez, fuerzas en servicio de la maldad, desempleo, falta de oportunidades, injusticia, huelgas y despidos de operarios en fábricas, explotación, rudeza y peligrosidad en los escasos trabajos, caciquismo y corrupción por parte de los poderosos, e ignorancia, sujeción y dependencia por parte de los débiles: "se hizo muy rico, riquísimo. Decían en el pueblo que no todo había sido trigo limpio... había sido un tirano cruel para los obreros: fue alcalde mucho tiempo, y cuando se cansó, nombraba él a su gusto a los alcaldes; no se movía la hoja de un árbol sin su permiso. Empezó a comprar cuantas fincas se ponían en venta" (9). Todo esto se desglozará en el cap. III.

El resultado de esa baja era seres humanos que a nadie profesaban cariño y a su vez eran objeto del odio y temor generales; seres abyectos, miseros, quienes envueltos en un círculo vicioso retrataban con exactitud lo inferior de la naturaleza humana; en este sentido la lectura de Palacio Valdés recuerda a Emilia Pardo Bazán en una de sus obras representativas del naturalismo: "las ide-

(9) Ibíd., p. 1676.

as no entran en juego, sino solamente las personas y en el terreno más mezquino: rencores, odios, rencillas, lucro miserable, vanidad microbiológica. Un combate naval en una charca... parecía que era sustancia humana _ pero de una humanidad ruda, atávica, inferior, hundida hasta el cuello en la ignorancia y en la materia _" (10); pero con la diferencia y finalidad, en Palacio Valdés, de emancipar la bajeza de esta vida y rescatar a los personajes de su ambiente.

Quizá éste fue el motivo por el cual Rogelia, habituada a lo repugnante, a la inmundicia, no resistió en su momento vivir una especie de 'sueño' del cual no deseaba despertar, "le parecía salir de un baño de agua tibia perfumada" cada vez que se acercaba al médico; una seducción infinita la invadía: "lo que sus labios no osaban expresar, atrevidamente lo delataban sus ojos. La frescura de aquellas mañanas primaverales, la luz radiosa, el aroma del heno, el canto de los pájaros, el murmullo del río, todo iba llamando dulcemente en el corazón de la joven, en aquel pobre corazón solitario, invitándola a amar y a ser amada" (11); un sincero sostén, apoyo varonil exento de rudeza, la conquistaron; el médico era dueño de esa presencia enigmática que atrae a toda mujer: firmeza y suavidad bien conjugadas en meritorio equilibrio y, sobre todo, constante, siempre igual. Un mundo aparte para Rogelia quien el único recuerdo que conservaba en su memoria del padre y más adelante la experiencia sufrida a través del matrimonio, manifestaban una evidente ventaja sobre el sexo débil.

(10) Emilia Pardo Bazán. Los pazos de Ulloa, Bruguera, Barcelona, 1981. (Club), pp. 235 y 314.

(11) Palacio Valdés. "Santa Rogelia", ob. cit., pp. 1690 y 1700.

Asimismo cabe señalar que Emilia Pardo Bazán fue evolucionando hacia un espiritualismo y también escribió obra adscrita a la corriente modernista; en La sirena negra (1908), a través del conflicto del protagonista con el medio social, la autora ofrece un cuadro dramático de la España tensa de principios de siglo, "el 'género humano' es el vocablo más vacío de sentido, no hay humanidad" (12); sin embargo, la transformación que ocurre en Gaspar: "he aquí que tengo un corazón virgen, joven, sangrante, limpio como una hostia. Un corazón que se ha curado de las aberraciones de la muerte y también de las concupiscencias de la vida. Un corazón resignado, apiadado, leal, que sólo desea expiar y arrodillarse para que lo levanten del suelo, o, si no merece tanto, lo dejen en él" (13), imprime esa pauta de 'redención' que supera la barrera con la anterior corriente.

En cuanto al joven doctor, en la historia de Rogelia, se puede sustentar la siguiente observación: siempre que aparecen este tipo de varones _ en lo escrito por Palacio Valdés _ de temperamentos sanos, modales suaves, sentimientos bondadosos... se encuentra detrás una madre ecuánime, un ángel tutelar que consuela, reconforta en los momentos difíciles, ayuda en los reveses y escollos que se presentan (por ejemplo, la madre de Ricardo en Marta y María, incluso protege y hace las veces de intermediaria). Después los mismos jóvenes procuran y encuentran la sustituta sin mucho afán;

(12) Emilia Pardo Bazán. La sirena negra, Bruguera, Barcelona, 1981, (Club), p. 6.

(13) Ibid., p. 188.

la naturaleza femenina se comporta de esta manera por un instinto _ el cual se debía ir educando para no proceder así _ y cumple en la mayoría de los casos el papel que un hombre espera de ella; com pañera, amante, esposa, madre de él y de los hijos... el autor lo resume en un pequeño, pero significativo vocablo: 'salvación', como si el hombre fuera incapaz por sí mismo de 'crecer', como si fuera la parte débil de la pareja y no pudiera lograr sin esa contraparte un complemento que lo integrara, "el día que se muera su madre no tendrá quien le defienda" (14).

Sin embargo, en Palacio Valdés la influencia materna fue siempre positiva; parece ser que sus fantasías edípicas fueron resueltas en forma satisfactoria, el padre fue cercano a él y afectuoso; la madre, no exagerada, seguramente permitió en forma natural y sana la individualidad del hijo, a pesar de ser éste el primogénito. "La madre, además de ser el primer objeto amoroso, proporciona al infante las oportunidades iniciales de identificación; cuando éste comienza a madurar y a asentar límites, interioriza aspectos de ambos padres en relación con sus necesidades y satisfacciones inmediatas... si el padre es un hombre afectuoso, representa para el chico el modelo que éste necesita. Así, interioriza a cada padre de modo diferente y resuelve la situación simbiótica" (15). Los padres normales expresan en forma franca el cariño y permiten de esta manera establecer, al niño, su identidad masculina y a la niña

(14) Palacio Valdés. "El capitán Ribot" en ob. cit., p. 853.

(15) Norman Cameron. "La identificación sexual y el amor hacia el objeto en el periodo preedípico" en Desarrollo y psicopatología de la personalidad, Trillas, México, 1986, la. reimpr. de la ed. de 1982, p. 84.

su identidad femenina, incluso antes de que llegue la fase edípica; es esencial que el niño desarrolle la gran ilusión de algún día poder casarse con el padre del sexo opuesto y, tras una lucha dolorosa, experimente la tragedia de renunciar a su propósito: "no hay duda de que una conducta madura y afectuosa de los padres hacia los niños es parte constitutiva de la situación edípica. No hay razón alguna para que no logren resolver con éxito sus problemas, no sean niños saludables, libres de conflictos emocionales en el hogar y listos para utilizar sus experiencias infantiles constructivamente en su vida amorosa posterior" (16).

El desenlace lógico y congruente en la historia de Rogelia, posible de reparar la magnitud de su pecado lo resuelve ella castigándose con más penitencia y oración que si estuviera recluida en un convento; realiza vida de monja pero sin apartarse del mundo, se aleja del hombre a quien ama y se acerca al marido para tratar, por propia convicción, de ayudarlo, mostrarle y mostrarse su honesto arrepentimiento. De esta manera su conducta modelo le vale el adjetivo de 'santa'; su heroísmo va más allá de la santidad; comprende el gran deber del ser humano consigo mismo "el cual consiste en mantenerse firme contra las tentaciones del odio, de la mentira, la soberbia, la venganza" (17).

También en El capitán Ribot el deber alcanza proporciones de heroísmo: "jamás olvidaría aquel sueño... la amaré, guardaré su ima-

(16) Ibid., p. 92.

(17) Palacio Valdés. "Album de un viejo: sensualidad" en Obras t. II, p. 865.

gen en el fondo del corazón, le rendiré culto desinteresado, y mi existencia, al contacto de este puro amor, adquirirá elevación y nobleza... y cuando la muerte llame a mi puerta, no tendrá que llamar dos veces. Con pie firme y corazón tranquilo saldré a su encuentro... he sabido darle un sentido a mi vida... he cumplido con mi deber" (18). La ley de P. Valdés parece ser la de los antiguos estoicos: si la cumples, no por eso serás feliz, pero si la violas, serás desgraciado: "el sentido moral es el que debe gobernar al mundo... es la razón misma del universo, que por causas morales y para fines morales fue creado" (19). "La libertad engendra un esfuerzo voluntario que, a su vez, resulta ser un germen de energía moral que, aplicada al constante enfrentarse con la variación de motivos, forma el sentido moral, la conciencia" (20).

El ambiente social _ de frente y de perfil _ es la inquietud que conduce a este autor a descubrir la causa velada de la religiosidad femenina, encaminada tantas veces al convento. ¿Qué otras alternativas había para las jóvenes de pensamiento más elevado, las que no se contentaban con los bailes, las modistas, el Teatro Real, el Paseo, las bodas en perspectiva, los chismes en boga, las relaciones amorosas frustradas... si no estaban preparadas para trabajar y ser útiles? si estaban desprovistas de condición ciudadana productiva y verdadera? si la ignorancia a la cual las tenían marginadas los varones _ por propia conveniencia _ las sumía en el hastío, en el más

(18) "El capitán Ribot" en Obras, t. I, pp. 894, 877 y 919.

(19) "El álbum de un viejo: Compensación" en Obras, t. II, p. 846.

(20) Gilbert Paolini. "La conciencia en Palacio Valdés: El capitán Ribot" en Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, p. 1384.

profundo tedio y no encontraban retroalimentación en su pequeño entorno? Mejor servir a Dios dentro de un claustro; ¿ cuántas Sor Juanas o Santa Teresas _ en potencia _ no se habrán desperdiciado? y qué decir de las que se casaban _ por compromiso sujeto a la voluntad de sus padres _ aceptando que el hombre era libre mientras a ellas correspondía ser sumisas y obedientes? Por todo esto, quizá, las que encontraban el sentido íntimo, extremo y hondo de las palabras divinas y esa 'luz' que alumbraba las 'tinieblas' en las cuales se hallaban recluidas durante generaciones, se consideraban 'escogidas'; preferían desposarse con Jesucristo y rodearse de ángeles y santos pensando, tal vez, que ellos dignificarían en alguna forma su tiempo y espacio. Su determinación no carecía de fundamento.

Y qué agregar de las jóvenes sencillas de corazón, las que no deseaban participar en el juego banal de la intriga, la murmuración, las bromas agudas _ propias del mundo sin sentido ni justificación de la alta burguesía _ siempre incómodas ante lo insustancial y frívolo y cuya mente era capaz de formular otros conceptos, pero no encontraban el medio propicio para desarrollarse? O bien, las que no lograban disipar sus temores con respecto a la maternidad y al desempeño de una vida sexual activa _ reprimida por tantos motivos por parte de la iglesia _ ? Ellas no contaban todavía con el avance de la medicina en los terrenos del subconsciente.

El ambiente social era fatalmente determinativo y conducía en o

casiones a ese refugio espiritual, a considerar la vida como una peregrinación transitoria "si fuera sólo un sueño la vida, si el sufrimiento fuera pesadilla" (21) y a permanecer asidas a un ideal que superara la penosa realidad; los asuntos de la tierra les iban siendo cada vez más indiferentes para preferir, a cambio, los del cielo, lo sublime y meritorio siempre ajeno a lo prosaico, vulgar y reducido.

Tratar de entender la insensatez del mundo en los brazos de la Divina Providencia es una parodia del niño en el regazo de su madre, la fantasía de no querer crecer, la protesta ante la falta de caridad cristianamente entendida y, sobre todo, la esperanza de encontrar 'algo mejor' después de la muerte.

Como apoyo teórico de lo escrito antes, me gustaría recordar la biografía de Sor Juana Inés de la Cruz con base en los estudios que se han realizado sobre ella.

Se vio en la necesidad de ingresar al convento _ entre otras causas _ para forjarse un apellido; Asbaje, el de su padre, no le pertenecía, Juana Inés era hija fuera de matrimonio; para adquirir un techo propio, porque su madre la había regalado a unos tíos por temor a su inteligencia precoz, analítica, y por ser un estorbo a su conducta sin escrúpulos; influyó además en su decisión la sensibilidad enfermiza que la caracterizaba por no recordar nada del padre, atenuado esto a la indole adusta, distante y autorita-

(21) Margarita López Portillo. Estampas de Juana Inés de la Cruz, Bruguera, México, 1979, p. 91.

ría de la madre. La separación de ella, justo en el momento del cambio, niña-mujer (a los 12 años) y su infinita necesidad de amar y ser comprendida, la llevan a buscar a lo largo de su vida, sustitutas que afortunadamente no la defraudan: primero su tía, después la virreina Leonor de Mancera y la condesa Ma. Luisa de Laguna y Paredes le brindan su apoyo incondicional.

Sin embargo, como las cualidades excepcionales de Juana Inés se distinguen y su talento y belleza sobrepasan, pronto se constituyó en el blanco de la intriga en la corte, despertaba envidia incluso en los galanes que la asediaban, y aunque no se conoce con certeza la historia de su amor desdichado (Fabio) a quien compone tantos versos, algo hondo la desgarró por dentro:

"Este amoroso tormento
que en mi corazón se ve,
sé que lo siento, y no sé
la causa porque lo siento..."

"Ya sufrida, ya irritada,
con contrarias penas lucho..." (22)

Quizá no fue un simple desengaño, posiblemente aludió él al estigma de su origen incierto o hizo mofa de su fragilidad; debió ser motivo cruel, razón de peso _ desconcierto y confusión en su espíritu que la avergonzaban _ lo que la encaminó al convento. ¿Por qué huyó? ¿De qué? De quién? De la miseria moral del mundo que la marginaba; como mujer no lograba conciliar la inteligencia y el conocimiento, no podía ingresar a la universidad, era preciso contentarse con libros mudos en lugar de maestros vivos; como católica, no

(22) Sor Juana Inés de la Cruz. Obras escogidas, 7a. ed., Espasa Calpe, Buenos Aires, s.f., (Austral), pp. 67 y 69.

cree a pie juntillas, sin vacilación o razonamiento, no tiene fe al principio, las oraciones le cansan, desde niña rezaba automáticamente, no fue un espíritu místico ni contemplativo, sino intelectual; sin embargo, fue el abuelo _ a quien tanto quiso _ quien la enseñó a rezar y la figura paterna que encontró en su desamparo.

Más adelante _ en la corte de la virreina _ el maestro, (segunda figura paterna) que la cultivó, era un místico, un sacerdote que la enseñó en medio de un ambiente de espiritualidad y sosiego; quien percibió su pena callada, esa profunda melancolía que asomaba a los ojos de Juana Inés, el instinto que poseía para evitar los escollos cuando las damas de la virreina la humillaban o recibía el desprecio de los letrados, frailes y arzobispos que pululaban en la corte, propensos a la envidia y quienes no estaban a su altura. Fue por eso y, quizá, porque su confesor intuye que el temor de Juana I. hacia los hombres se fundaba en la posibilidad de ser abandonada (por el recuerdo del padre) le indicó: "Quién os defenderá de la maledicencia y del mismo peligro en que sin duda podéis caer? Dios es el único que no hiere los corazones" (23).

Su decisión fue acertada, la coyuntura propicia para evitar los celos constantes y las humillaciones a las que la joven cortesana estaba sujeta en la frívola atmósfera que la rodeaba" (24). ¿Qué habría en el mundo con tan grande y sospechosa erudición? ¿Qué hombre podría entender la delicadeza femenina llevada al extremo? Muy lastimada estaba por causa de los hombres _ principalmente por el que

(23) Margarita López Portillo. Ob. cit., p. 87.

(24) Ibid., p. 84.

la engendró _ para resistir una vida dentro del matrimonio, sujeta a la prepotencia, a la traición.

Quizá fue también un miedo inconsciente a perder la virginidad, ya que este valor era incalculable para ella (su madre tuvo otra pareja y dos hijos más fuera del matrimonio; cinco en total) y esto seguramente acentuó su deseo de preservarse limpia y 'distinta'. A demás, hay mujeres superiores conformadas para más altos designios que un sencillo aroma de cocina o la atracción hacia tapices de Flandes, damascos españoles, porcelana, pinturas, plata y espejería que rodeaban a Juana Inés en la corte.

En los claustros "los sentimientos más dolorosos e íntimos del corazón son respetados"(25) y a Juana I. la dominaba una angustiada de bilidad que la perseguía cuando sentía pena e inquietud; la envuel ve un matiz de misterio, el sufrimiento se adueñaba de ella, a veces con amargura, incluso con rencor y aunque no era ostentosa, en ocasiones salía a relucir la soberbia, el mundo inclinado a sus pies le parecía poco; ¿cómo no ser arrogante si es tan obvia su di ferencia? pero, ¿cómo no ser insegura si es una hija ilegítima?

"En perseguirme Mundo, ¿qué interesas?
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento
y no mi entendimiento en las bellezas? (26)

No fue ella el único caso; muchas ingresaron al convento como recurso para mantener el decoro por ser descendientes de conquista dores españoles y porque su ser sediento de afecto, en la soledad se torna vehemente, contradictorio; junto a la incertidumbre osci-

(25) Ibid., p. 91.

(26) Ibid., p. 81.

lan la pasión y esperanza que no muere; vacilan entre amores arrebatados y una paz interior, la búsqueda incesante de Dios (como un padre amoroso que no descuida o relega) para llegar a través de su búsqueda a esa calma absoluta que necesitan para sustraerse de un pasado 'vergonzoso', y por un anhelo de 'amor perfecto', el cual encuentran al desposarse con Jesucristo.

Infinidad de jóvenes _ al no hallar en el mundo el lugar que les corresponde _ resuelven así su destino, porque ante la incapacidad para expresar su opresión y la impotencia para romper con los prejuicios, prefieren evadir, incluso ignorar el mundo que las rechaza; su alma solicita armonía espiritual y corporal para alcanzar esa 'gracia' que Dios concede únicamente a sus escogidos, y porque mediante los votos de obediencia, pobreza, castidad y clausura, " __ si estas cosas guardáis __ dice el sacerdote __, os prometo la vida eterna" (27).

La diferencia en Sor Juana Inés fue la claridad que le permitió su inteligencia para establecer distancia entre amor divino y amor humano, "rehusa cualquier mezcla mística o conceptista; pugna por un amor cristiano que armonice las almas y los fenómenos contradictorios del mundo" (28). Otra desigualdad con respecto a sus hermanas religiosas fue el consuelo y las alas que le prestaron la dedicación, el estudio; el desahogo que le otorgó la poesía cuando gozaba del silencio y podía escribir, cuando se encontraba con ella misma: "un íntimo hechizo parece emanar del claustro, recuerda laspa

(27) Ibid., p. 115.

(28) Marcelino Menéndez y Pelayo. Sor Juana Inés de la Cruz, Obras escogidas, pról., p. 38.

labras escuchadas durante la misa: Yo te desposo con Jesucristo para que te guardes ilesa... " (29). ¿ No es lo que Juana desea? ¿ No es en verdad lo que su alma ansía? Un gozo espiritual la estremece, está resguardada del mundo. Las dudas, las perplejidades, las angustias de su nuevo estado le parecerán suaves y llevaderas, con tal de poder gozar de un poco de paz y de tiempo para dedicarse al estudio. Todo es quietud y todo será disciplina. Vivirá en un retiro espiritual, olvidando todas sus penas. Tiene ya un nombre nuevo que le pertenece por entero, que puede repetir sin angustia, un nombre propio.

(29) Margarita López Portillo..Ob. cit., p. 120.

CAPITULO II

1.- La mujer: Idealización, erotismo, religión y patología.
(Aspecto autobiográfico y personal en las novelas Riverita y Maxi-
mina).

La circunstancia de haber nacido en una aldea motivó la separación anticipada de Palacio Valdés y su madre. La necesidad de continuar estudiando en Oviedo a la corta edad de doce años maduró su temperamento, y su sensibilidad fue adquiriendo los matices propios del escritor; esta separación fue trascendental, pues en las ocasiones subsecuentes en que haya vuelto a casa con motivo de vacaciones o navidad, la actitud de su madre debió ser diferente a cuando lo tenía permanentemente con ella; con toda seguridad se convirtió en una relación más de 'calidad que de 'cantidad'; de esta manera pasó, de recibir los mimos propios de la infancia, a la situación de hijo que llega de visita unos días y recibe todos los halagos posibles.

El hecho de que ella muera _ seguramente joven _ dado que Palacio Valdés fue el primogénito de tres hermanos, es una atenuante más de la idealización femenina que domina al autor; tenía sólo 18 años, adolescencia en ciernes, edad difícil, no era ya niño, tampoco hombre.

Por lo menos esta pérdida supone la ventaja de no conocer a una mamá privada de frescura, de entusiasmo y belleza; su mamá no alcanzó a volverse 'vieja', con todas las amarguras que este voca-

blo encierra. Podría compararse a lo que sentimos al escuchar la música de Mozart, producida por un genio y aunada a las ilusiones de la juventud; creación risueña de alguien que no supo ni percibió remotamente el dolor de envejecer.

Se puede añadir también el privilegio de ese 'derecho de primo genitura' bíblico que no se cambia por 'nada', porque implica la relación más honda y valedera, transmitida por una mirada de embeleso constante, de un amor en plena luna de miel, de esa sensación que provoca todo lo que se realiza por primera vez y que revierte en la madre sus propias fantasías edípicas: al concebir un hijo varón se vuelca en él con el ímpetu de cuando era una niña, hacia su padre, y el hecho de dar a luz precisamente un varón, la redime de todas sus carencias, incluso de la pesadumbre de su condición de mujer.

Como un apoyo al párrafo anterior anotaré la filosofía que se desprende de la novela de Miguel de Unamuno Cómo se hace una novela. Esta, por ser autobiográfica, es una de las más bellas y profundas del autor; se asemeja a La novela de un novelista y Album de un viejo de Palacio Valdés porque ambos autores, al desnudar sus sentimientos y volcar su experiencia, enseñan y reconfortan.

Unamuno, al crear su personaje U. Jugo de la Raza, que es él mismo, se imagina en sus correrías por el mundo en su tierra natal, la de su niñez misma, "con su niñez eterna", cuando todavía no era hombre de libros porque no sabía leer, y fantasea encon-

trar en aquella edad, su hombre interior, y este hombre de dentro, lo ubica en su patria "en los cielos y en la tierra", en la patria de su eternidad, al descubrir su niñez, su esencia de filialidad; al sentirse hijo se le revela el padre: "el niño es el padre del hombre y de la mujer", "he evocado a mi mujer y a mis hijos y he pensado que no he de morirme huérfano, que serán ellos, mis hijos, mis padres, y ellas, mis hijas, mis madres... ¿es la filialidad que llevamos en las entrañas la que nos descubre la paternidad, o no es más bien la paternidad de nuestras entrañas la que nos descubre nuestra filialidad?" (1).

Retomando las causas que motivaron la idealización con respecto a la mujer, en Palacio Valdés, se puede mencionar que una circunstancia más en favor de esta quimera fue la corta duración de su primer matrimonio; enviudó a los dos años de haberse casado; es decir, no alcanzaron a aparecer los defectos de ninguno, las fallas propias del ser humano y de su natural convivencia. Si bien es muy claro que la elección fue acertada (escogió a una aldeana sencilla como lo era la madre) contribuyó a plasmar en su fantasía tantas virtudes, el hecho de haber muerto ella pronto; no fue sino catorce años después que contrajo matrimonio nuevamente y su segunda esposa le sobrevivió un año; estuvieron casados, 39. Lo anterior indica la solidez y capacidad para mantener una relación, aunque de esta segunda unión seguramente la mujer bajó de ese pedestal a un plano más real.

(1) Miguel de Unamuno. Cómo se hace una novela, Salvat, Navarra, 1970, pp. 166 y 173.

Sus historias: Riverita y Maximina son una sola novela dividida en dos partes y a pesar de que el autor niega que sean autobiográficas y las situaciones son muy diferentes de lo que a él le tocó en suerte vivir, está muy dentro de ellas.

Riverita padece como él la ciudad: "el sentimiento a la moda de Madrid es el odio" (2); "la indiferencia desdeñosa (Madrid), la hostilidad irracional, el placer sin alegría" (3); escribe para un periódico donde aprovecha P. Valdés para manifestar su tendencia política y sus desacuerdos; y aunque el personaje no procede de aldea o provincia su imaginación le hacía ver: "los campos floridos de la dicha que dejan huella de Dios en el espíritu y preservan de corrupción" (4), "el deseo que en horas solemnes se alza en el fondo de nuestro ser de unirse a la inocencia de la creación, de sumergirse en el seno de la naturaleza inmortal" (5); este anhelo es reiterativo en muchos de sus relatos: "el cielo siempre azul, el campo siempre verde y frondoso y los hombres todos felices" (6), como si buscara que la 'felicidad' alcanzara a rescatarlo, a pesar de ser consciente de esta imposibilidad, de saber que el hombre se renovará eternamente para padecer y morir; el único consuelo: el amor, un erotismo sublime, como una norma que rige el universo por encima de la religión, el heroísmo o el arte; el amor, para poder

(2) Armando Palacio Valdés. "Maximina" en Obras, t. I, 6a. ed., Aguilar, Madrid, 1956, p. 346.

(3) "La novela de un novelista: Adán, expulsado" en Obras, t. II, 4a. ed., Aguilar, Madrid, 1959, p. 809.

(4) "Riverita" en Obras, t. I, p. 259.

(5) "La aldea perdida" en ob. cit., p. 1815.

(6) "Riverita" en ob. cit., p. 319.

sentir, pensar y compadecer; un erotismo maduro, "esa voz secreta que nos dice que amarse a sí mismo es amar lo finito, lo imperfecto, lo efímero, y amar a los demás es unirse con anticipación a lo eterno" (7). Estas palabras evocan una gran verdad: el amor como negación de uno mismo; el erotismo mezclado siempre con un anhelo hacia lo supremo.

Aquí surge el puente erotismo-religión; ahora se comprende la religiosidad profunda y necesariamente buscada en la mujer que cautiva a Palacio Valdés: la mujer complemento. El autor propone a través de sus personajes que 'creer' no es cuestión de suerte ni de gracia, sino de voluntad. Voluntad de creer en Dios a pesar de las oposiciones del pensamiento, de la razón. Intención de creer no obstante la trastornadora omnipresencia del 'mal' aquí en la tierra; creer sin discutir jamás los medios para lograrlo y, planteado de esta forma, cualquier instrumento _ para alcanzar el fin _ es 'bueno'. Expone igualmente el autor que aunque creer en Dios sea una abdicación de la razón humana, acaso ¿hay algo más frágil que la razón? El mérito sería, a mi juicio, aceptar a Dios sin ninguna pregunta, sin dialéctica, sin metafísica, buscando dentro y a la vez fuera de sí. Dios es cada una de las demás personas; Dios es lo definitivamente cierto y sin posibilidad de retorno. ¿Cómo concebirLo? ¿Dónde situarLo? Eso no importa; el autor rinde testimonio por medio de la escritura. Es la presencia de un Dios personal, amante, omnipresente, el cual se impone con una autoridad indiscutible. Allí no hay

(7) "Maximina" en ob. cit., p. 475.

medias palabras, no hay alusiones, no hay ambigüedades, no hay parábolas; hay algo así como una verdad pura que atraviesa los tiempos y los espacios: " ¡ Ay del hombre que no acude al llamamiento de esta voz! ¿ Ay del que cierra los oídos a los suspiros del alma y corre desalado en pos de los fenómenos fugitivos! Ese hombre será siempre un esclavo miserable del tiempo y la necesidad" (8).

A través de Riverita se transparentan asimismo las convicciones y experiencias que lo han moldeado como hombre y como escritor, y en Maximina trata de retratar a su primera esposa, aunque reconoce que no logra describir esa ¿perfección? que había en ella, acrecentada por la idealización debida a una muerte prematura. (Cumplió con el segundo de los deseos del sabio Sileno: morir pronto). Asegura que ella " en cualquier estado y situación de la vida sería buena " (9) y esto comprueba lo anterior: la vida no le dio a Maximina la oportunidad de demostrar si las perturbaciones a través de los años hubieran podido perjudicarla o cambiarla. " Su alma logró romper las cadenas que la ligaban a las pasiones terrestres " (10). Aquí cabe la pregunta: ¿ por cuánto tiempo ? la misma exageración provoca la duda; la describe 'sublime', 'admirable', 'digna', un 'cielo' y todavía queda inconforme por no enaltecerla lo suficiente.

Palacio Valdés 'es' todos sus personajes a la vez, hasta los fe-

(8) Idem.

(9) "Riverita" en ob. cit., p.323.

(10) "Maximina" en ob. cit., p.480.

meninos, "la proposición de la filosofía del 'iluminismo: el alma no tiene sexo, se ha convertido en práctica general" (11) puesto que la psique es la misma, no tiene sexo. "Ninguno ha venido a entristecerse con mis tristezas, a alegrarse con mis alegrías, a confundir su alma con la mía" (12); y la mujer, incluyendo a Lucía Población, una casada con quien sostiene relaciones Riverita, y 'la chula', novia de su primo Enrique, nunca pierden ese lugar aparte que lo merece todo por el solo hecho de ser mujeres: " su corazón estaba virgen y puro... existe una virginidad moral independiente de la material" (13). El compendio de los innumerables personajes mujeres que aparecen a través de su obra, son una sola, son la misma, "la impresión que su belleza, su angelical bondad y la dulzura de su carácter habían hecho en su corazón, no habían podido borrarse: Era su primer sueño de amor" (14).

Miguel Rivera es un huérfano temprano, nieto de uno de los negociantes acaudalados durante el reinado de Fernando VII. La ausencia de la madre, niño aún, y el rechazo de su madrastra produjo en él una necesidad de afecto que en un principio se mostró en fermiza; creyó enamorarse de la planchadora del colegio donde estudiaba y más adelante de Lucía, mucho mayor que él y amiga de su madrastra. Después de un largo periodo de relaciones con ella, conoce a Maximina; en este momento se enlazan las novelas cuyo nú-

(11) Erich Fromm. El arte de amar, Paidós, México, 1989, 12ava. reimpr. de la ed., s.f., p. 25.

(12) Palacio Valdés. "Riverita" en ob. cit., p. 277.

(13) Ibid., pp. 278 y 279.

(14) Ibid., p. 276.

cleo se desarrolla en Madrid y comienza el relato donde describe las virtudes de la que en la realidad fuera su esposa. De no haber muerto prematuramente creo que la convivencia se hubiera tornado imposible ya que se trataba de una chica callada, sufrida, "la caracterizaba una apariencia vergonzosa"; cohibida, acortada, "sin saber qué hacer ni decir" "nunca había entrado en sus cálculos el hacer los honores de una reunión"(15); en términos generales se opacaba por esa caracterología propia de las personas inseguras: no conoció a su madre y el padre se había suicidado. Quiza debido a esto era una joven retraída, sin incentivo alguno; "a mí me es igual un pueblo que otro"; nunca se mostraba dispuesta a manifestar una opinión, "se le ocurría muy poco"(16); depresiva: "la seriedad permanente de su carácter", "me cansa el teatro, el paseo" (17); muy devaluada, estaba convencida de su insignificancia: "estoy segura de que te voy a avergonzar... siendo yo una pobrecita desvalida"; "no sé cómo has podido fijarte en mí", "no puedo igualarme con las personas que tratas"; sin aplomo ni confianza en sí misma: "no se atrevía a poner el pie en la calle sola", "cuando a mí no me gusta un libro, me digo: Qué bueno debe de ser"; extremadamente dócil y pasiva: "no da ninguna mala contención"; un tanto desequilibrada: "pensé que no me querías ya y se me amontonó el juicio... quería morir a todo trance"; ensimismada, casi autista, desacostumbrada al trato con la gente y aumentado este desinterés o persecución psicopatológicos por su orfandad y la muerte voluntaria del padre, "se le figuraba que todos

(15) "Maximina" en ob. cit., p. 398.

(16) *Ibid.*, p. 377.

(17) "Riverita" en ob. cit., p. 313.

la despreciaban", "yo no entiendo nada de negocios"; Miguel tenía que renunciar a sus relaciones y a la familia "por temor a que no hiciera buen papel" (18).

Maximina es una joven de extremada belleza, pero interior; parece que Palacio Valdés, tan exquisito para describir la hermosura femenina, en esta novela se esmera en valorar únicamente las cualidades; sentimientos elevados que superan con creces la apariencia física, y para suplir esa carencia de atractivo se vale de un piropo preciso: era "más guapa que la virgen del Carmen".

La describe como una mujer "mejor que si fuese de oro y brillantes"; una mujer "del siglo de oro"; una mujer "ni rica ni bonita pero con una sonrisa constante y una expresión humilde e inocente en sus ojos" (19); sin cálculo o malicia, tímida y melancólica; penetrada de un vivo sentimiento religioso; Maximina no podía ser la excepción, también deseó en algún momento ser monja; no podía prescindir de mezclar la religión a todos los actos de la vida: "la niña dijo el padrenuestro con verdadera unción. Su esposo le contestó con igual fervor", "no dejes de rezar las oraciones de costumbre al acostarte"; siempre dócil: "para mí lo que tú haces siempre está bien hecho" (20).

Si esta situación se hubiera prolongado más tiempo hubiera llegado a cansar al más santo. Consiguió visos de irreal porque duró poco y porque era genuina, sin cambios. Su final fue inesperado...

"los médicos no pudieron afirmar donde residía la fiebre... se in-

(18) "Maximina" en ob. cit., pp. 399, 349, 399,, 372, 390, 411, 372 y 377. "Riverita" en ob. cit., pp. 310 y 332.

(19) "Maximina" en ob. cit., pp. 439 y 407.

(20) Ibid., pp. 475, 446 y 377.

clinaron a creer que era en el centro nervioso " (21) .

Maximina estaba unida a todo lo que de noble, hermoso y elevado existe en la tierra, pero a diferencia del misticismo de María en Marta y María, Maximina no esperaba a Dios en el cielo, sino que Lo amaba en la tierra a través de las personas que la rodeaban. Se acercaba más a un cristianismo bien entendido, sin buscar la manera de transmitirle algo o querer recibir Su respuesta.

Ella es el prototipo de la mujer-madre; de esta manera, al idealizar la imaginación logró P. Valdés que su esposa no muriese jamás: " Mejor que tú no la ha habido ni la habrá " (22) .

Esa 'salvación' que procuran las mujeres de Palacio Valdés es una coyuntura del idealismo arraigado en él. " A ella me acerco seguro de ser bueno y honrado toda mi vida " (23) .

Parece ser que la llamada 'patria potestad' residía en el padre, el cual era sumamente enérgico con los hijos varones y blando con las hijas; de esta manera la madre debía intervenir en favor de ellos " los castigos de su padre se hallaban funestamente neutralizados por el mimo y regalo con que su madre le criaba" (24), y ajustar cuentas con severidad e incrementar la rigidez con ellas para mediar la educación; las hijas por nada del mundo podían infringir cierto régimen. Así logrado un aparente equilibrio,

(21) Ibid., p. 478.

(22) Ibid., p. 480

(23) Ibid., p. 351.

(24) "Los majos de Cádiz" en ob. cit., p. 1061.

los jóvenes se sentían desamparados al perder a quien los defendía y consolaba; seguían buscando un 'ángel', una mano 'protectora'; por eso, las mujeres, 'todas', son tan bellas; por eso las exageradas descripciones acerca de su físico el cual era sólo un reflejo del amparo y la dulzura interior innata que prodigaban éstas. Hasta los sueños son significativos de ese resguardo maternal: " se encontraba en un inmenso palacio deshabitado, donde cierta sombra que vio cruzar le causó un terror extraño que jamás había sentido; ahora se iba a batir dentro de una iglesia con un hombre que no conocía, y que resultaba ser don Valentín, el tío de Maximina, el cual, sin saber cómo, se convertía en un gato y se arrojaba sobre él, clavándole las uñas al cuello; después se vio en medio del mar, flotando como una boya, a merced de las olas, sin esperanza de que nadie viniese a socorrerle " (25). El inmenso palacio es todo lo grande que un niño puede ver el mundo; tan grande como su desesperanza. La parodia del terror infantil la traduce en un duelo-muerte, que en el sueño es una figura masculina (el tío), pero que puede representar a su padre (la figura rígida) y temida (el gato) y esa falta de esperanza a merced de las olas indica la inseguridad de su orfandad, la falta de la madre.

Lo que señaló en cierta forma, el destino de P. Valdés y acentuó su sensibilidad como escritor, fue la muerte temprana de su madre y el hecho de no haber estado con ella en ese momento por la circunstancia de que estudiaba en Oviedo. El sólo recuerda y plasma su pesar en La novela de un novelista que la última vez

(25) "Riverita" en ob. cit., p. 328.

que la vio se despidió ella con más intensidad, presintiendo su final; él no alcanzó a percibirlo en ese momento, incluso se sentía particularmente feliz de partir, porque ya gozaba de oportunidades y relaciones amistosas en Oviedo, pero después del doloroso suceso vivió el resto de su vida, predispuesto, esperando un golpe fatal del destino cada vez que le ocurría algo placentero.

Con respecto al 'sueño' anterior, Freud anota: "Un gran número de sueños, con frecuencia angustiosos, cuyo contenido es el avanzar a través de estrechísimos espacios o hallarnos sumergidos en el agua, aparecen basados en fantasías referentes a la vida intrauterina, la permanencia en el seno materno y el nacimiento. Los sueños de este género son sueños de nacimiento y llegamos a su interpretación invirtiendo el hecho comunicado en el contenido manifiesto, o sea agua; esto es, ser parido... a los sueños de nacimiento se agregan sueños de salvamento. Salvar a alguien, sobre todo extrayéndolo del agua, es equivalente a parir" (26).

Muchos de los personajes de Palacio Valdés son huérfanos desde pequeños; algunos no han conocido siquiera a la madre, pero otros la han perdido en la juventud y para el autor siguen siendo huérfanos 'tempranos', como si no hubiera una edad propicia, jamás, para prescindir de ella, "apetecía con ansia el amor y los cuida

(26) Sigmund Freud. "Interpretación de los sueños" en Obras completas, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1948, vol. I, pp. 453 y 455.

dos de la familia" (27); incluso las mujeres prostituidas eran románticas, espirituales, buenas y hacendosas: "su corazón era noble; si había caído en la vergüenza, debía achacarse a la fatalidad de las circunstancias, no a sus inclinaciones viciosas" (28).

Ese anhelo encaminado en pos del 'ideal' encuentra y alcanza después de escalar un penoso camino: madrastras, muchachas del servicio, aventureras... el peldaño de la mujer- madre; ésta es bella por sobre todas las cosas; y si no lo es, la transforma ante sus ojos: "las personas candorosas y sinceras tienen la ventaja de no repetirse... te quiero por hermosa y lo buena que eres", "no pasa por bonita, ni es gallarda, ni tiene talento ni educación esmerada; estoy enamorado acaso del alma", porque "queriendo ser la última, la elevé a primera" (29). A continuación incluyo una cita de Benito Pérez Galdós: "El único ser que compensaba la miseria de mi existencia con un desinteresado afecto era mi madre" (30).

A las innumerables cualidades de Maximina engranaba de maravilla la nobleza de Riverita/autor, bondad inculcada por otra mujer-madre y aldeana también: su propia madre: "nunca serás una estrella de los salones... ni falta de que lo seas", "haz siempre lo que te salga del corazón y no temas equivocarte", "la presen-

(27) Palacio Valdés. "Riverita" en ob. cit., p. 239.

(28) "El capitán Ribot" en ob. cit., p. 895.

(29) "Riverita" en ob. cit., pp. 318 y 326.

(30) Pérez Galdós. Trafalgar, Ed. Novaro, México, 1960, p. 10.

cia de una señora comunica a la casa cierto brillo que ni el nombre ni el dinero por sí solos pueden alcanzar" (31). La pasividad depresiva de ella adquiriría para él: "el amable sosiego que la caracterizaba" (32). También Miguel de Unamuno participa de esta idealización a través de su experiencia personal: "Descubrí todo lo que Dios hizo para mí en esta mujer, la madre de mis hijos, mi virgen madre", "la madre de mis ocho hijos es mi verdadera madre" (33).

¿ Qué sucedería una vez roto el encanto? ¿ Qué se hubiera podido escribir de Maximina de haber vivido ella más tiempo?

La buena literatura no sólo refleja la realidad, también crea otra. Un buen autor siempre abre mayores posibilidades y una novela se salva por su esencia idéntica a la sociedad que representa y por la resignación humana (esto simboliza Maximina) a manera de catarsis, en cuanto a que no hay nada estable en el universo y contra el destino no existe consuelo: "¿Qué puede temer un hombre, dime, si es el azar quien lo gobierna y no hay forma de prever na da de modo cierto? (34); porque la conformidad, cuando ha renunciado a la esperanza, es un alivio similar a la muerte y por lo mismo es el mejor consuelo; esta preocupación es reiterativa en forma más honda en la novela José por tratarse de marineros expuestos día con día al mar, estoicos ante la muerte, despegados

(31) Palacio Valdés. "Maximina" en ob. cit., pp. 404 y 351. "Ri verita", ob. cit., p. 196.

(32) "Maximina" en ob. cit., p. 415.

(33) Unamuno. Ob. cit., p. 158.

(34) Sófocles. Edipo rey, Salvat, Navarra, 1971, p. 159.

de los intereses materiales y por la misma razón, profundamente religiosos: "remedando (el pez) al hombre que, huyendo, se juzga libre de su fatal destino" (35). Cfr. de nuevo con Sófocles; en el Edipo rey es quizá donde es más atroz el recurso de la ironía trágica; formula la terrible verdad escondida: que había de dormir con su madre y matar al padre que lo engendró: "me doy a la fuga... a lugares adonde no vea nunca realizarse las desgracias de aquel funesto oráculo" (36). Palacio Valdés establece con cuánta facilidad se mofa el destino de nuestras precauciones o cálculos anticipados _ aun cuando los coloquemos sobre la mejor base _ y con cuánta celeridad pasamos de la suerte a la desgracia. Como nos dice Unamuno: "si es que hay un tiempo para morir y se pueda morir fuera de él" (37).

Cito de nuevo a P. Galdós para comparar con P. Valdés y las historias anteriores: "el novelista recibe del público la primera materia y se la devuelve artísticamente transformada" (38). Esa primordial materia es la condición humana, y los hilos ocultos que la mueven quedan a veces colgando, para que el lector los recoja, porque no se nos puede dar todo resuelto y porque en la literatura cada quien encuentra lo que anda buscando. "El lector que busque novelas acabadas no merece ser mi lector" (39).

(35) Palacio Valdés. "José" en ob. cit., p. 135.

(36) Sófocles. Ob. cit., p. 153.

(37) Unamuno. Ob. cit., p. 165.

(38) Pérez Galdós. Doña Perfecta, 2a. ed., Dirección general de publicaciones de la UNAM, México, 1972, p. 14.

(39) Unamuno. Ob. cit., p. 167.

El escritor Juan Rulfo asevera que "siempre hay una cooperación muy cercana del autor con el lector, el cual se toma la libertad de ponerle lo que le falta al libro" (40). Y Unamuno señala que el lector es contemplador del personaje a quien va, a la vez que leyendo, haciendo, creando; lo reconoce autor de lo que lee: "comprender no quiere decir penetrar en la intimidad del pensamiento ajeno, sino tan solo traducir en el propio pensamiento, en la propia verdad" (41). Yo agregaría: sin ese vínculo personal autor-lector _ como una relación de pareja en donde es necesario que existan 'dos' _ la literatura carecería de sentido. "Una novela son las entrañas mismas del autor y las del lector identificado con él por la lectura", "porque quiero creer que me oyes más que me lees, como yo te hablo más que te escribo" (42). "las cosas no son bellas ni feas; es nuestra propia alma la que se embelee al contacto con la realidad... el libro no lo hace el autor sino el lector" (43).

(40) Juan Rulfo. Excélsior, (México, D.F.), 13 de Nov. de 1993, p. 10.

(41) Unamuno. Ob. cit., p. 176.

(42) Ibid., pp. 179 y 174.

(43) Palacio Valdés. "La novela de un novelista: Primeras lecturas" en Obras, t. II, p. 737.

2.- Análisis psicológico de la vocación religiosa. (María en Marta y María).

La joven María se caracterizó desde niña por una tendencia a la melancolía, predilección a las lecturas piadosas y anhelo hacia los oficios de tipo religioso cuyo cumplimiento llevaba a efecto todos los días, sin faltar uno; se levantaba al alba en el momento que escuchaba las primeras campanadas para misa y todo su pensamiento giraba en torno de un deseo: procurar estar acompañada por Dios, en " el dulce recogimiento del templo ", invadida con " el penetrante olor del incienso "; se sentía indigna por 'tener lo todo' y " no sufrir por el Dios que nos redimió con su sangre ", (1) víctima de la perfidia de los hombres.

La realidad es que tenía muchas carencias; una identidad a todas luces imprecisa, lo cual se corroboró más tarde (al ingresar al convento) y permitir que le cambiaran su nombre por el de Juana: " el prelado vino a la verja y dijo a la novicia: Ya no te llamarás María Magdalena, sino Juana de Jesús " (2). Una inseguridad no exenta de angustia la canalizaba mediante ese " gozar por anticipado en la tierra " (3) cuando otros tienen que esperar a morir para disfrutar la cercanía del Señor. Todas sus acciones iban encaminadas a la perfección que conduce al cielo. Los peldaños los as-

(1) Armando Palacio Valdés. "Marta y María" en Obras, t. I, 4a. ed., Aguilar, Madrid, 1959. pp. 91 y 42.

(2) Ibid., p. 122.

(3) Ibid., p. 40.

cencia a base de sacrificios y se enajenaba al introducirse en una vida plena y divina donde no existían los dolores; dormía en el suelo y practicaba otra serie de penitencias excéntricas; los ayunos constantes enflaquecieron notablemente su cuerpo, de por sí, frágil; padecía con frecuencia desmayos y fuertes convulsiones que la dejaban sin sentido mucho tiempo; devolvía el estómago en cuanto trataban de convencerla de tomar alimento (signo evidente de la anorexia nerviosa) y se quejaba constantemente de migrañas. Don Máximo, el médico de casa, recetaba baños de mar, vino de quina y preparados de hierro, pero la verdad es que nunca se atendió su enfermedad como debiera; en parte por ignorancia; en parte porque los síntomas eran ya familiares por ser los mismos que manifestó la madre: " un desasosiego en todo el cuerpo, un hormigueo en las piernas, un ruido en los oídos ... estoy mucho más enferma de lo que se cree. Ya se verá como esto tiene mal fin. Hoy me encuentro tan nerviosa " (4). Esta señora no había hecho otra cosa que atender su cuerpo mediante una vida mezquina, lacerada por las dolencias más increíbles y extrañas; con ese ruido de los oídos ejerció un verdadero chantaje.

Antes del nacimiento de su primera hija había padecido de vómitos de sangre, consunción y un mal del corazón que la privaba del sentido, " unas veces creía sentir que le manoseaban el corazón y se lo estrujaban hasta no poder más; otras veces pensaba que se lo metían

(4) Ibid., pp. 8 y 9

entre hielo y allí lo tenía tiritando, sin que valiesen de nada las pieles y franelas que le ponían sobre el pecho, hasta que por una brusca transición entraba en un horno encendido, donde se abrasaba de tal suerte que hacía pedazos con sus manos crispadas cuanto ropa le habían echado antes encima; otras, en fin, sentía un animal que clavaba en él los dientes" (5). Este cuadro tan evidentemente patológico, encerraba el desamparo e incapacidad de la señora para desenvolverse como madre; ya mucho se ha escrito sobre las náuseas en la etapa inicial del embarazo. Muchas mujeres superan este miedo después del alumbramiento cuando confirman su disposición ilimitada a la maternidad; sin embargo, en doña Gertrudis se acentuó al descubrirse incapaz de acariciar y su aflicción creció cuando dio a luz su segunda hija y verificó que como mujer su vida no encontraba cauce; más valía quedarse en cama y desear efectivamente morir.

El médico, al no acertar con el diagnóstico, solía decir: "cajigalinas de mujeres" o sea 'lo insignificante o baladí', aunque las huellas de la clausura y el aislamiento afectaron de manera visible la convivencia familiar.

Una circunstancia en la niñez de María a la cual tampoco dieron importancia fue aquella amistad exagerada o fuera de lo común, que manifestó hacia una compañera de colegio; esta niña, claramente necesitada de afecto, inclinó su sensibilidad _ la cual provocaba "ver llorar los cristales cuando llovía _" (6) por la presencia insusti-

(5) Ibid., p. 33.

(6) Ibid., p. 20.

tuible de esa amiga, quien se aprovechó del momento para obtener ventaja pues pertenecía seguramente a esa parte de seres que desde temprana edad muestra predilección al chismorreo y lo superficial. Don Mariano Elorza cortó por lo sano esa relación. Pero, por desgracia, ésa fue toda su intervención, abstraído como estaba en su trabajo y otros intereses. Tampoco se percató del dolor que le causó a su hija con tal prohibición.

Aquella experiencia se repitió el día que María tomó los hábitos; las monjas le parecían seres sobrenaturales, ángeles bajados a la tierra y reiteró la fantasía de la infancia hacia una religiosa, joven y hermosa como ella a quien no podía dejar de ver y admirar cuando participaba en el coro; se extasiaba con su mirada límpida y firme, con su belleza austera, y sintió un ardiente deseo de besarla aunque fuera en las manos y postrarse ante ella para pedirle dirección espiritual. La hermana religiosa evadió bien el imprevisto mostrando un crucifijo al que María podía besar.

Las señales de esta vocación se hicieron evidentes, primero, con una obsesión de saberse ruin y pecadora; para salvar esa culpa quería huir de la diversión y el entretenimiento; todo lo que implicaba placer le causaba tedio o le parecía desabrido; toda la ternura de su apasionado espíritu la vertía en la iglesia y de esta forma sublimaba todo lo que de carnal, negativo o material propio del humano puede haber en la natural inclinación por dar y recibir afecto; ella no era la excepción y necesitaba como todos, amar y derramarse de entusiasmo por alguien y ¿quién mejor

que Jesucristo? ¿qué mejor que ofrecerse como esposa a ese 'alguien' abstracto, perfecto, incapaz de lastimar o traicionar, firme en bondad y acercamiento, inmune a la vileza de la funesta condición humana? ¿Cómo resistirse a un amor puro, sublime e inmortal, despegado de la carne y los intereses mundanos?

En todos sentidos se sentía recompensada, incluyendo el aspecto sexual, en plena ebullición en su sangre adolescente; la consumía una 'fiebre' cuando pensaba en ser la prometida del Señor y se 'inflamaba' ante ese amor extraordinario que se entregaba sin pedir nada; Jesús correspondía a su pasión y pagaba con creces. Cuando estaba tranquila mantenía largos coloquios con su amado, todo lo largos que ella deseara y así se enriquecía con una unión de tipo mística. Y la parte puramente sexual, que la naturaleza cobraba, la resolvía con dolor y flagelación en el cuerpo, para lo cual utilizaba a su doncella pidiéndole que la azotara; quizá de esta forma crecía y al mismo tiempo menguaba esa excitación efervescente y natural en esa edad. Lograba así el enajenamiento de los sentidos, se irritaba más su deseo y le producía una 'muerte' celestial que no cambiaría por 100 vidas, un temblor dulce y voluptuoso, "ciertos ardores, temblores y desmayos que padecen los contemplativos significan estar en gracia y tener el Espíritu Santo" (7); el sentirse dueña o 'poseída' por ese ser perfecto le procuraba un éxtasis próximo a la 'muerte' como si tratase de ocultar el leve temblor de sus manos y el estremecimiento que corría por todo su cuerpo " la cándida frente estaba surcada por

(7) Marcelino Menéndez Pelayo. "Iluminismo" en Heterodoxos españoles, s. Ed., Madrid, 1880, p. 37.

una leve y prolongada arruga que anunciaba el vivo deseo, el ansia inquieta y sensual que debajo de ella se ocultaba. Era el ansia henchida de gozo del glotón que se encuentra frente a su plato favorito después de largo ayuno" (8).

En el párrafo anterior se podría señalar _ además del delirio místico religioso _ un trastorno delirante paranoide de tipo e-rotomaniaco: "la sintomatología esencial consiste en la presen-
cia de ideas delirantes no extrañas pero persistentes, que no se deben a ningún otro trastorno mental, como una esquizofrenia, un trastorno esquizofreniforme o un trastorno del estado de ánimo. El diagnóstico sólo se establece si no puede probarse que una e-
tiología orgánica inició y mantuvo la alteración... aparte de las ideas delirantes y sus ramificaciones predominan alucinaciones auditivas y visuales" (9). Esta categoría se denominó trastorno pa-
ranoide, pero como este término tiene otros significados que pue-
den inducir a confusión, se le llama trastorno delirante, "general-
mente la idea delirante tiene que ver más con una unión romántica, espiritual e idealizada que con la atracción sexual" (10); y en cuanto al trastorno de conversión (o neurosis histérica, tipo conversión) la sintomatología esencial es "una alteración o una dis-
función somática sugerente de trastorno físico, que parece ser la expresión de un conflicto o necesidad psicológica" (11).

(8) Palacio Valdés. Ob. cit., p. 117.

(9) Tomás de Flores, Joan Masana, P. Pichot et al. Manual diagnós-tico y estadístico de los trastornos mentales, American Psychiatric association, Ed. Masson, Barcelona, 1988, p. 241.

(10) Idem.

(11) Íbid., p. 307.

Dios ya la había favorecido con aquellos coloquios de tipo es-
piritual, pero no se entregaría por completo a ella sino dentro de
un recinto "silencioso y poético" en donde nada pudiera turbarlos,
"hallar a Dios en el fondo de las amarguras y dolores, unirse a él!
;Po-seerlo!... ;Y ser la criatura predilecta, en quien su infinita
grandeza se recrea! ;Vivir eternamente unida a El!(12). María no e
ra, desde luego, nada tonta; la carencia del debido afecto en su
niñez y la circunstancia de tener una mamá _ muerta en vida _ desen
cadenaron un desequilibrio emocional que no se pudo controlar de o-
tra manera.

Después de esas felices alucinaciones: "escuchaba dentro de sí
mil voces suaves que le hablaban, pero sin comprender lo que deci-
an; sentíase suspendida por unos delicados brazos que sin cesar la
acariciaban... su voz penetró como una música en el alma de la jo-
ven... mi alma se ha derretido cuando habló mi amado. Si tú quie-
res ser mía, yo quiero ser tuyo también"(13), la encontraban priva-
da de sentido envuelta en una celestial alegría. "En la unión extá-
tica del alma con Dios se hacen 'uno', quedando el alma 'como ani-
quilada por el golpe intuitivo' hasta olvidarse de que está unida
al curpo, y perder, finalmente, la noción de su propia existencia"
(14).

Había una dualidad en su misticismo: el de la imaginación y el
de la santidad; lo interesante radica en que ni aun el anhelo ha-

(12) Palacio Valdés. "Marta y María" en ob. cit., pp. 118 y 121.

(13) Ibid., pp. 60 y 61.

(14) Menéndez Pelayo. Ob. cit.

cia lo santo o 'puro' está exento de soberbia; recordemos a Santa Teresa, quien desde muy joven parecia tener el mundo a sus pies; y su idea era, probablemente, refugiarse en el claustro mientras permaneciese en la tierra, ya que la tierra no la merecia.

Asimismo era de esperarse que María no tolerara la idea del matrimonio que sus padres tenian para ella concertado con el marqués de Peñalta, e incluso se atrevió a proponerle a éste un amor platónico al principio para después dedicarse por completo a la formación de los hijos en el 'temor' de Dios y la 'renuncia' al bienestar terrenal. Su prometido la seguía amando, pero al no encontrar explicación en la conducta de su novia se refugiaba en la cuñada, siempre receptiva al afecto y sana para demostrarlo.

Si se analiza la sintomatología de María aunada a las creencias generales del país, en su mayor parte católico, apostólico y romano, y a los sermones que ella escuchaba desde pequeña en la iglesia, se interpretará en forma global el criterio del autor. " El sacerdote dedicó su discurso a describir los tormentos del alma a partada de su Dios por el pecado, y trazó un cuadro minucioso y perfecto de las ofensas e injurias con que diariamente traspasamos el dulce corazón de Jesús" (15).

Si bien es cierto que Palacio Valdés no quiso poner en evidencia la religión: " no doy a ninguna de las palabras contenidas en mi libro otra significación que la que pueda acordarse con la fe cristia

(15) Palacio Valdés. Ob. cit., p. 27.

na y con las enseñanzas de la Iglesia católica, a las cuales me glorio de vivir sometido" (16), ni ir en contra de los dogmas, fue su deseo hacer hincapié en cuanto a que una doctrina, si se practica en dosis adecuadas y precisamente como 'cristiana' más que católica, redundará en beneficio propio y ajeno, porque las enseñanzas de Cristo suponen amor, y no deben confundirse ni malinterpretarse.

(16) Aclaración en ob. cit., p. 3.

3.- Idealización del autor con respecto a la mujer, para reiterar los puntos del inciso 1. Marta en Marta y María.

Palacio Valdés se refiere a Marta y María como dos caracteres, "uno glorioso y otro mortificado" (1) los cuales dejaron honda huella en su juventud. El carácter singular y glorioso de Martita, sin prescindir de una descripción física, corrobora lo antes dicho acerca de la 'idealización' que existe en este autor con respecto a la mujer.

Aunque la belleza, el salero y la gracia de la española son espléndidos e indudables, primero debemos estar de acuerdo en que la perfección no existe. Pero... para P. Valdés sí se da esta plenitud. Es una armonía que conjuga: formas, movimientos suaves, miembros fuertes, brillo en los ojos, dulzura en la expresión e insinuación tenue en los labios. Feminidad absoluta y concordancia de las características físicas con lo que llamamos el 'alma'; es decir, la mujer que cautiva a Palacio Valdés es candorosa; es la que está ajena a la intriga, a las bajas pasiones o calumnias; a lo material, al egoísmo, a todo lo 'malo' inherente al ser humano, a lo desagradable, lo peligroso, a todo lo que toca lo que no es 'puro', casi abstracto, "és la depositaria de la caridad y de los sentimientos suaves y benévolos, guarda en su corazón el secreto de los destinos de la humanidad y los transmite por herencia y educación a sus hijos" (2). Qué bueno que le tocó vivir en esa época _ en donde _ si el ambiente familiar era sano y propicio, producía muje

(1) Armando Palacio Valdés. Pról. en Obras, t. I, 6a. ed., Aguilar, Madrid, 1956, p. XIII.

(2) "El capitán Ribot" en ob. cit., p. 852.

res así: bellas por dentro y por fuera.

Es por esto que no tiene ninguna trascendencia cómo hayan sido en realidad las mujeres que este autor retrata; lo esencial es cómo las ve y las vive él. Cuando son pálidas resultan interesantes; cuando rebosan de color, provocan; puede describirlas de ojos negros o verdes; grandes o sólo risueños; la nariz puede ser pequeña o del tipo aguileño; el cabello puede estar trenzado o suelto; si es abundante lo compara con una madeja de hilo grueso y luminoso; si es delgado es una imitación de la mejor seda. Si las mujeres que su fantasía representa son delgadas, hace mención a su porte delicado, majestuoso, elegante y flexible y las compara con modelos de pintores del Renacimiento o bien, con bailarinas de ópera. Si son rollizas fija la atención en la curva de la cadera y el atractivo que produce la firmeza de unos brazos resistentes que siempre indican la fortaleza de espíritu; en este caso hace el símil con las pinturas flamencas y las estatuas griegas. Su ideal de mujer es, en cierta forma débil y propensa a los cuidados, pero siempre es 'ella' la que ¿decide? por medio de sus virtudes naturales si un hogar es dichoso o desgraciado. " Una mujer tierna, inocente, noble y de buen sentido ha sido siempre mi ideal... el buen sentido es tan necesario " (3).

De esta manera, Marta _ la antítesis físicamente de su hermana María quien es rubia, de ojos azules _ es blanca, casi transpa

(3) "Testamento literario: La familia y los amigos" en Obras, t. II, 6a. ed., Aguilar, Madrid, 1956, p. 1285.

rente; de cabellos y ojos oscuros, facciones correctas, conjunto armonioso, movimientos de sosiego y compás, formas bien señaladas a pesar de su corta edad; no hay provocación en su semblante, sino virginidad; cuando está ojerosa o demacrada le aplica una tintura dulce y poética; lo único que oscurece el resplandor de estos dones es lo que llamamos comúnmente, un rostro glacial, 'parado', no encendido; esto es, sin gracia, sin destello. La expresión de Marta es congruente con la enfermedad de su madre, (depresiva) sin embargo, el autor la describe aún más exquisita porque lo merece todo, porque su sufrimiento requiere ser redimido.

Parece una discrepancia el que este autor, a veces, imprima a la mujer un sello misterioso, insondable y profundo "es preferible entenderse con 100 hombres antes que con una mujer" (4), cuando en realidad conoce perfectamente el alma femenina. El debió convivir estrechamente con su madre; debió tener primas o amigas íntimas, dado que sólo tuvo hermanos varones, y desde luego, una relación muy próxima con Marta y María a quienes conoció en su juventud (los nombres ficticios son adecuadamente religiosos, María es María Magdalena), debió penetrar en sus habitaciones, agasajarse y envolver su ser con las fragancias que emanaban del tocador y el pudor que encerraban las almohadas, pues describe de tal manera que logra que el lector sienta, huelga y perciba aquel perfume. Debió abrir los armarios para percatarse de aquel "olor punzante y un poco agrio de lencería lavada" (5).

(4) "Sinfonía pastoral" en Obras, t. I, p. 1798.

(5) "Marta y María" en ob. cit., p. 49.

Creo que, Marta " esa niña que parece que acaricia con los ojos cuando mira ", " con una inflexión de voz que valía por un poema " (6) es, su tipo de mujer: espiritual y delicada; humilde y honrada; pero con sangre en las venas, capaz de responder a una pasión amorosa y entregarse sin medida.

" __ Eres una gran mujer, Martita __ le decía Ricardo, el novio de su hermaná __ Se te puede comprar al peso, y eso que no debes pesar poco, a juzgar por las señales de que no quiero hacer mención".

__ Marta seguía contemplándole con sus grandes ojos serenos, por donde resbalaba una leve sonrisa de complacencia sensual" (7).

El romance entre ellos empezó desde temprana edad, sin darse cuenta, sin pensarlo. Al lado de María, Ricardo sólo podía hablar de vida piadosa y austera, de temor de Dios, sacrificio, la frivolidad de los placeres, el pecado del mundo... y, desde luego, no podía tocarla sin que ella se sintiera manchada; con Marta, en cambio, la demostración de afecto era natural, sencilla y libre como pájaro; fue creciendo día a día, entre juegos; la acompañaba en su diario ir y venir de ama de casa, compartía con ella su exagerada inclinación a la limpieza y la creatividad con que mezclaba ingredientes de cocina: " __ ; Qué militar tan valiente, que no puede con un cesto de ropa! __ exclamaba la niña en el colmo de la alegría.

(6) Ibid., pp. 64 y 125.

(7) Ibid., pp. 36 y 37.

— Quisiera yo ver aquí a Prim y a Espartero y hasta el mismo Napoleón ! Esta no es una cesta cualquiera. Hay aquí lencería para un regimiento " (8). Fue aumentando cada día sobre todo en ella, porque Ricardo se sentía confundido, ya que nunca fue suplantado por otro hombre en el corazón de María, sino por Dios, lo cual no significaba traición. La elección que hizo ella fue desposarse con nuestro Señor y esto no implicaba villanía ni motivo suficiente para dejarla de amar. Y vaciló mucho tiempo, oscilando entre una y otra; una, receptiva; otra, lejana; una accesible y sensual; otra, fría y huraña.

Marta se sentía protegida y segura cuando estaba con su padre y con Ricardo; así suplía la timidez y el desamparo provocados por la enfermedad de la madre. Para ella nunca hubo duda de la solidez de su sentimiento, salvo la sombra de que éste no le pertenecía.

Para Ricardo no había claridad. Primero iba en pos de María; cuando le decían que ésta se hallaba en la iglesia, recurría a la hermana.

" — Te andaba buscando Martita.

— ¿ Para?

— Para nada... para verte... ¿ Te parece poco?

" Qué geranios tan hermosos !. Ponte uno en el pelo... " (9).

El interior de Palacio Valdés es transparente y tiene la dosis adecuada de feminidad que requiere un hombre para desenvolverse

(8) Ibid., p. 48.

(9) Ibid., p. 64.

con el sexo opuesto y ser menos rudo; debió mediar una identificación sana y relación firme y estrecha con el padre y un acercamiento dulce, no exagerado, con la madre. No es de extrañarse que en su novela Maximina describa a la que fuera su esposa, como un dechado de virtud; por dos razones: los recursos y la capacidad de él para distinguir una elección y por aquello de... nobleza obliga.

Es interesante también la actitud tan diferente que sostienen las dos hermanas cuando la Sra. Gertrudis está próxima a morir. María la atosiga con el cura, la extremaunción, la necesidad de arrepentirse de sus pecados y salvar su alma; Marta, al contrario, quiere preservarla del miedo e infundirle ánimo para vivir, y cuando llora por el dolor que esto le causa, tratan de reprimirla diciéndole que no sabe resignarse ni tiene fortaleza cristiana. Esa represión _ la cual incluye hasta el hecho de poder llorar _ está muy bien encubierta en labios del sacerdote que las acompaña: "el camino de la perfección está abierto para todo el que quiera seguirlo " (10).

Después sufre la pérdida de su hermana; nada la consuela separarse de ella, pues sabe que el convento es un claustro infranqueable. Queda asida a la tablita: Ricardo-papá, y continúa así hasta que el joven descubre que a quien ama verdaderamente es a Marta y se libra de la obsesión que lo ataba a su querida María. Confirma

(10) Ibíd., p. 112.

por un hecho material y tangible que su prometida se ha ido y sufre la decepción de aceptar que ella era incapaz de mostrar ternura en el sentimiento, ni más adelante tendría la abnegación y constancia que requiere un madre y una esposa. Al final resultó vencedor el temperamento sano y equilibrado de la pareja, y ambos, se permitieron unirse.

4.-La religiosidad como parte del ideal de mujer en este autor a través de un corolario y similitud de la novela: La hermana San Sulpicio con las anteriores de Palacio Valdés y algunas de otros autores.

Ceferino Sanjurjo, el gallego seductor de la monja San Sulpicio es un huérfano temprano (de madre) igual que Fernando, el médico en Santa Rogelia y Ricardo, el novio en Marta y María, (de ambas). Todos ellos sienten la necesidad de amar " a una mujer santa y religiosamente educada " (1); pero veamos el precio que pagaban las jóvenes, quienes por su ¿voluntad? o sin ella, suavemente empujadas a 'escoger' el claustro, tenían que asumir, obligadas por la necesidad y bajo la presión recurrente de cuantos las rodeaban.

Cuando se permitían unos días de vacaciones, tales como visitar las aguas termales de Marmolejo, debían comer a solas en su cuarto. El manantial de este lugar nacia en el centro mismo del río Guadalquivir, cerca de Sierra morena en Andalucía, y parte de la magia de este sitio residía en el poder curativo de su agua. Pero una religiosa no podía admitir que esa agua o el agua bendita del templo se le obsequiara alguien ni con 'la punta de los dedos'; por las mañanas bebían sólo agua, como penitencia y porque la consideraban preventiva y 'milagrosa': " __ Vamos, beba usted, señor; pruebe la gracia divina __ me dijo la madre " (2); les estaba prohibido res-

(1) "La hermana San Sulpicio " en Obras., t. I., 6a. ed., Aguilar, Madrid, 1956, p. 713.

(2) ibid., p. 674.

ponder por su nombre de pila; los votos se renovaban cada cuatro años y después de la 3a. vez consecutiva profesaban votos perpetuos, cuando muchas de ellas tenían apenas 30 años y no habían conocido más de dos o tres lugares donde se dedicaban a la docencia en colegios particulares; no les estaba permitido tener preferencias en el cariño ni 'expresarlo'; no podían tutearse aunque fueran primas o parientes cercanas; a excepción de la hora del recreo no debían 'comunicarse' entre sí; les cortaban ferozmente el cabello; no volvían a tener en sus manos un espejo; se pecaba hasta con el pensamiento; les imponían castigos que degradaban su dignidad delante de la congregación y a veces, de las mismas alumnas: " entraban en las clases hincadas de rodillas y hacían algunas cruces en el suelo con la lengua " (3).

Esta singular convivencia, regida por el inevitable 'no', aunada al terrible vocablo: 'perpetuo', más drástico aún que la frase "hasta que la muerte los separe" del lazo matrimonial, imprimía en las jóvenes un acartonamiento uniforme y unos movimientos para levantarse o arrodillarse casi simultáneos " como si las empujase un mismo resorte " (4).

Dentro de la vida de familia se ejercía también vida conventual. La represión y severidad eran las armas principales de la mayoría de las madres; recordemos a Doña Perfecta de Pérez Galdós, quien en

(3) Ibid., p. 761

(4) Ibid., p. 712

cubierta con su falsa piedad y carácter 'bondadoso' mantenía a la hija encerrada en su habitación y prefirió mandar matar al sobrino antes que ver casada a su hija con un 'hereje'. La madre de Gloria Bermúdez _ el verdadero nombre de la hna. San Sulpicio _ interna a su hija desde pequeña en el mismo colegio donde después la obliga a permanecer como religiosa regular. En el caso de Emma Valcárcel, personaje de la novela Su único hijo de Leopoldo Alas 'Clarín' fue el padre _ el que la encerró en un convento después de haber escapado de casa con el novio _ por la circunstancia de que la esposa había fallecido: " Emma estuvo en su cárcel religiosa algunos años, y volvió al mundo, como si nada hubiera pasado, a la muerte de su padre "(5). En esta rigidez o mano dura con respecto a los deberes piadosos había una especie de matriarcado disfrazado de caretas apacibles.

Gloria Bermúdez es otra Madame Bovary en potencia; no puede resistir a la seducción por la índole particular de su persona, porque no le agrada el estado en que se encuentra y sobretodo porque está a disgusto con ella misma.

Gloria no podía ser la excepción del ideal de belleza en plenitud que sujeta la voluntad de Palacio Valdés: " qué sonrisa", " cuánta salero "; en ella radica esa 'perfección' que comienza por un rostro ovalado, facciones virginales, dientes menudos, modulación de la voz, cuerpo seductor, figura airosa, gracia hasta en la punta del pie... movimientos acompasados, donaire... pero en ella

(5) Leopoldo Alas. Su único hijo, Bruguera, Barcelona, 1981, p.6.

fija la atención en la hermosura de unos ojos, ! qué ojos ! "quería congraciarme con aquellos ojos", "parece que la está uno viendo salir por esas cancelas del tiempo de los reyes moros de Sevilla"(6).

Estos ojos eran oscuros y algo más... comienzan por ser aterciope pelados, hechiceros, dulces, voluptuosos, vivos, negros, intensos.. . brillantes, provocativos, seductores, impenetrables, expresivos, fascinantes, incomparables... para terminar siendo: asesinos, "como dos bozales dispuestos a comérselo a uno"(7) y envolver y dar a conocer, por último, la causa psíquica que expresaban esos ojos, excitantes como una contradicción: duros/suaves, maliciosos/cándidos, chispeantes de furor/de dulzura... El aspecto de los ojos y todos e sos posibles cambios revelaban la inestabilidad de la joven quien fue privada desde muy pequeña del afecto de sus padres; el padre mue re y la mamá recurre a un internado como solución al temperamento di ficil, 'hiperactivo' de la niña que parecía "hecha con rabos de la-gartijas", "qué torbellino, era una niña medio loca, desde que ha ve nido al mundo no se ha estado quieta un minuto en ningún sitio... un diablejo irresistible" (8).

El encierro y la separación temprana de la mamá dieron como resul tado una joven inconstante que tan pronto reía como lloraba; pasaba del dolor a la alegría de manera instantánea: "las carcajadas se su cedieron a los sollozos" (9). Estas manifestaciones concretas del es tado particular de cada momento _ de muchos de los personajes femeni

(6) "La hermana San Sulpicio" en ob. cit., p. 718.

(7) Ibid., p. 767.

(8) Ibid., pp. 753 y 760.

(9) Ibid., p. 764.

nos del autor _ donde se confunden risa/llanto, aunque son características de histeria son también medios de expresión propios de nuestra naturaleza los cuales logran, cuando sobreviene el llanto, mantener la serenidad y el equilibrio deseados: " La tabernera permaneció algún tiempo sacudida por incesantes carcajadas; al cabo alzó su rostro enteramente bañado de lágrimas" (10). "Esperaba hallarla bañada en lágrimas o presa de algún ataque de risa convulsiva de los que a menudo la cogian" (11). "Una de las propiedades que caracterizaban a la joven condesa era el pasar fácilmente del pesar a la alegría" (12)

Confrontemos el entusiasmo de Palacio Valdés con la austeridad lacónica, pero precisa de Unamuno al describir los ojos de su Tía Tula: " Eran los ojos tenaces de Gertrudis los que sujetaban a los ojos que se habían fijado en ellos y los que a la par les ponian raya"; y la sensualidad más expresiva de éste , menos espiritual que la de P. Valdés: "con el imán de tu cuerpo lleno de alma, pero de un alma llena de cuerpo" (13).

Esa chica 'saladísima' que cautivó al joven Sanjurjo ocultaba por medio de esa 'chispa' un dolor intenso, el cual algunas personas supieron percibir: "exageraba las penitencias y los escrúpulos", "lloraba tantas lágrimas que parecía una santa", "carecía del espíritu de contemplación indispensable para ser esposa de Je

(10) "Los majos de Cádiz" en ob. cit., p. 1071.

(11) Ibid., p. 1087.

(12) "El señorito Octavio" en Obras, t. II, p. 44.

(13) Miguel de Unamuno. La tía Tula, Salvat, Navarra, 1970, pp.25 y 65.

sucristo", " era una joven sin chaveta, el genio malo del convento" (14).

Una vez transcurrida la euforia o éxtasis de dicha, ese 'estado maniaco', sobreviene la consecuencia inevitable, la respuesta con la careta de la depresión: una crisis nerviosa que la postraba algunos días en cama, "momentos de tristeza tan profunda, que apetecía y aun buscaba la muerte" (15). La conducta de los pacientes maniacos es una caricatura del gozo y el optimismo; la reacción se produce mediante excitaciones caracterizadas por una sobreactividad, "los ataques maniacos alternan con depresiones psicóticas, son una defensa contra la amenaza inminente de una depresión, un rechazo, una incapacidad de aceptar las verdades dolorosamente intolerables de una situación real. No es desusado que un paciente rompa en llanto, se refiera a sí mismo con comentarios depresivos y luego vuelva a caer en lo maniaco"(16). El contacto del maniaco con los otros es superficial y pasajero; su plática se encuentra limitada por su alcance si es comparada con la de una persona feliz normal, "en la manía hay peligros reales, el peligro de lesionarse, el de morir de hambre, el de extenuarse, el de involucrarse en aventuras amorosas o financieras y, por extraño que parezca, el del suicidio"(17). El maniaco es como un niño en exceso excitado, incapaz de estarse tranquilo o de aprovechar su medio circundante como lo haría un adulto, "se conduce como si todo indicara la necesidad de mostrarse alocadamente juguetón y agresivo e insistentemente seguro de sí mismo; es

(14) Palacio Valdés. "La hermana San Sulpicio" en Obras, t. I, pp. 762, 686, 833 y 762.

(15) Ibid., p. 762.

(16) Norman Cameron. "Manía y ciclos maniaco-depresivos" en Desarrollo y psicopatología de la personalidad, Trillas, México, 1986, la reimpr. de la 1.ª ed. de 1982, p. 40.

(17) Ibid., p. 545.

incapaz de dirigir su vida y enfrentarse a sus necesidades cotidianas. También existe el hecho, reconocido por siglos, de que la manía y la depresión psicótica, vienen una detrás de la otra en la misma persona" (18).

En el episodio maniaco es habitual el delirio de grandeza incluyendo una especial relación con Dios, "otro síntoma asociado habitual es la labilidad del estado de ánimo, con cambios rápidos de la cólera a la depresión. La depresión se expresa con llanto, amenazas de suicidio u otros síntomas depresivos y puede durar algunos momentos, horas y, más raramente días. Cuando hay alucinaciones o ideas delirantes el sujeto puede oír la voz de Dios que le encomienda una misión especial" (19).

Gloria deseaba ser como otras chicas de su edad y pretendía una vida normal encaminada al matrimonio; el sufrimiento y abandono al cual fue sometida repercutieron en una sensibilidad frágil, y de su gran capacidad para amar _ que sólo había podido demostrar a Dios y a las alumnas-niñas _ había despertado una mujer difícil de definir; un conjunto _ en apariencia armónico, pero hecho jirones en su interior _ resultado del esfuerzo constante del espíritu sobre el cuerpo, como queriendo moldearlo a su semejanza. Ella posiblemente sobresalía entre las demás y merecía mucho _ incluso su inteligencia se distinguía _ pero era imposible tratar de sobrevivir a pesar de tanto obstáculo.

Toda esa 'sal', rapidez y gracia en el manejo del lenguaje, que la señalaban oportuna en sus intervenciones, sus virtudes y, desde luego, sus espléndidos ojos morunos... enamoraron perdidamente a Ce

(18) Idem.

(19) Tomás de Flores, Joan Masana, P. Pichot et al. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales, American Psychiatric association, Ed. Masson, Barcelona, 1988, p.258.

ferino Sanjurjo, hasta provocar que Gloria renunciara a sus votos.

No quiero pensar en la novela que se podría escribir, posterior a ésta, cuando terminara el epílogo de la primera parte: 'y vivieron felices para siempre' dado que Gloria en sus etapas de abatimiento hizo un intento de suicidio. "Si no tenía recursos ni 'contemplación' para ser esposa de Jesucristo, mucho menos reunía la ecuanimidad que se requiere para ser esposa de verdad, y se considera la muerte voluntaria _ aun cuando sea intento frustrado _ como suicidio llevado a cabo; con la consecuente muerte en vida de la persona que lo ejecuta.

Su galán lo percibió al definir sus temores: "asaltábanme tristes sospechas respecto a su carácter, y reconociendo su irresistible atractivo, acusábala interiormente de frívola y ligera... toda mi felicidad podía venir a tierra si a mi esposa le faltaba un poco de aplomo en el cerebro" (20). Pero al final triunfó la pasión que desencadenó el hechizo de unos 'ojos'.

Se puede agregar que no hay nada que moleste tanto _ dentro de la convivencia _ que una persona predispuesta a burlarse todo el tiempo.

" _ De dónde es usted?

_ Del Bollo, un pueblecito en la provincia de Orense. ¿ Qué, le hace a usted gracia el nombre de mi pueblo?

_ Pues sí, señor, dispénsese; pero tanto bollo... vamos... es cosa que a cualquiera se le atraganta" (21).

Detrás del humorismo del autor encuentro un espíritu piadoso que

(20) Palacio Valdés. "La hermana San Sulpicio" en ob. cit., p. 818.

(21) Ibid., p. 679.

sonrie melancólicamente al contemplar las deficiencias y contradicciones de la naturaleza humana; cuando ridiculiza los actos y las personas lo hace con una infinita tolerancia hacia los defectos, sin ser un satírico que goce con la miseria del prójimo ni ponga en contradicción sus palabras con su pensamiento o con el pensamiento universal. "Es ameno, dulce. Su ironía no es cruel. Antes bien, es benévolo. No reprende, ni menos se ensaña, al descubrir el disparate lo perdona" (22).

Quizá influyó también en Sanjurjo el velo de un misterio unido a lo pecaminoso; desde luego, la idealización a la mujer piadosa y el romanticismo propio de él; era un poeta en ciernes, muy joven, y seguro había fantaseado una noche de luna como la de Zorrilla y esa "suerte de anhelo inefable y humildad voluptuosa que el misticismismo produce en los temperamentos nerviosos y líricos"; mientras había imaginado que sus votos eran indisolubles "la miraba como un ser ideal, sobrenatural", "me sentía más erótico que religioso"(23).

Sanjurjo era un joven espiritual y sensual a la vez: "Gloria ostentaba con arrobos místicos, en la soledad del templo, la suprema gracia de su carne dorada como las hojas de loto en el otoño" (24); no hacía ostentación del deseo puramente sexual que puede conducir al vacío y a la tristeza; su erotismo llevaba implícito un proceso de maduración; un llamado incitante que invitaba a la imaginación, pero fundamentalmente a la búsqueda de 'ella' en su interior y al co-

(22) Mariano Baquero Goyanes. "El cuento español en el siglo XIX, Revista de filología hispánica, Madrid, 1949, p. 13;

(23) Palacio Valdés. "La hermana San Sulpicio" en ob. cit., pp. 710 y 691.

(24) Ibid., p. 695.

nocimiento; a la penetración, claro está, pero no exclusivamente carnal porque en el deseo únicamente carnal la pareja se vuelve un objeto; en el erotismo, en cambio, el 'otro' es un cómplice; en el primer caso están separados sexo y mente; en el segundo, placer y alma van de la mano. El erotismo conlleva la finalidad de un complemento en la pareja, lo cual quiere decir: dos seres juntos... tan distintos como inseparables. "El amor es un poder activo en el hombre; es un poder que atraviesa las barreras que separan al hombre de sus semejantes y lo une a los demás; el amor lo capacita para superar su sentimiento de aislamiento y separatividad, y no obstante le permite ser él mismo, mantener su integridad. En el amor se da la paradoja de dos seres que se convierten en uno y, no obstante, siguen siendo dos" (25).

Creo que esta novela debió iniciar y terminar como una simple aventura; lástima que Palacio Valdés respeta el hecho de que es verídica y le proporciona un final que, aunque en apariencia es feliz de ver el desastre posterior. En Gloria no había conjunto o proporción armoniosos; en él un interés manifiesto por la dote; (el interés por la dote aparece en todos los personajes varones, jóvenes o viejos; ricos o pobres, infra, cap. III). El carácter 'desenfadado' de la joven que lo entusiasmó ocultaba un verdadero 'enfado', un terrible disgusto. ¿Cómo no provocar confusión en una chica llamada Gloria, que pudo aspirar por derecho propio a una infancia y juventud plenas de satisfacción _ como su nombre indica _ y que fue obligada a cambiarlo por el de: Sulpicio, un prelado francés cuya auste

(25)Erich Fromm. El arte de amar, Paidós, México, 1989, 12ava. reimpr. de la 1a. ed., s.f., p. 30.

ridad le valió el sobrenombre de el 'severo' ?

En cuanto a los celos que atormentaban su inseguridad, aunque inconscientes e imprecisos, en todo momento ansiaban formularse: "Al saber que asistirían señoras, se le antojó que se iban a enamorar todas de mí", por haber sido huérfana y posteriormente rechazada, "cuenta que te clavo un puñal en el corazón" (26), si en la época del noviazgo fueron crueles y excesivos, seguramente después tornarían imposible la coexistencia.

Sin embargo, la importancia de una buena novela no radica sólo en el final, sino en el desarrollo, en esa maestría de observación y sutileza precisas para delinear caracteres tanto masculinos como femeninos. Doña Gertrudis (Tula), la madre de Gloria, es un personaje mezquino capaz de recluir a su hija en un colegio cuando acaba de sufrir una pérdida importante; está descrita hábil y psicológicamente, bien. Parecía 'perfecta' como la de Pérez Galdós, incluso 'santa', pero eran madres enérgicas y nada generosas, que si acaso, ellas pudieron realizar una vida aparentemente normal, orillaron a sus hijas a un estado de insensatez privado de cordura. Las dos jóvenes llegaron a desear _ ante la impotencia de dialogar o exponer sus necesidades _ la muerte. La Tula de Unamuno, aunque muy 'maternal', también escondía una agresividad prepotente: " _ Por tus hijos no pases cuidado _ le había dicho Gertrudis __, que yo he de vivir hasta dejarlos colocados y que se puedan valer por sí en el mundo; cuidaré sobre todo de es-

(26) Palacio Valdés. "La hermana San Sulpicio" en ob. cit., pp. 811 y 764.

ta última, la que te cuesta la vida. Yo seré su madre y su padre ... — Gracias ; Dios se lo pagará!; Es usted una santa!" (27). La doña Inés de J. Valera: "era punto menos que omnipotente, porque tenía subyugadas ambas potestades: la temporal y la espiritual"(28).

La Hna. San Sulpicio también sintió en su infancia la necesidad de buscar afecto y manifestó en la pubertad un 'enamoramiento' por una niña, igual que María en Marta y María; ambas niñas adolecen de una relación estrecha con su madre; ambas madres, para evadir su frialdad, son hipocondriacas: "Dios nuestro Señor quiso probar me con unos dolores tan fuertes de cabeza que pensé volverme loca" (29); y la contraparte de este enamoramiento, que en San Sulpicio es precisamente Maximina, aparece muy claramente en su historia mediante una huella, una carencia de afecto por el hecho de no haber conocido a su madre.

El joven Sanjurjo busca también _ igual que otros personajes analizados anteriormente _ esa 'salvación' en su acercamiento a la religiosa. Esta redención se manifiesta en ambos sentidos: la buscaba como mujer y la requería como religiosa: " este amor era precisamente lo que me acercaba más a Dios y el camino más seguro para salvarme", "para demandarle humildemente que me protegiese"(30).

Resulta inmejorable el dibujo exacto que logran tanto Pérez Gal dós como Palacio Valdés de ese tipo de mujer-madre, siempre envuelta en el misterio, indefinible, con una caracterología que despertaba celos; mujeres rodeadas de varones (sacerdotes, abogados,

(27) Unámuno. Ob. cit., p. 95.

(28) Juan Valera. Juanita la larga, 3a. ed., Sopena, Buenos Aires, 1950, p. 10.

(29) Palacio Valdés. "La hermana San Sulpicio" en ob. cit.p.754.

(30) Ibid., p. 711.

administradores o tutores) quienes les resolvían los problemas que ellas eran incapaces de atender y las persuadían fácilmente; al estar acompañadas de toda esa gente, ajena, y a la vez, próxima al seno familiar vivían una especie de embaucamiento o enajenación. Los dos Cutores también subrayan ese 'deber' absoluto de las hijas con respecto a cumplir la voluntad de estas señoras, tan lejanas al respeto y al verdadero afecto, poseedoras de esos 'lazos sagrados' que ellas mismas se empeñaban en cortar.

La hermana San Sulpicio es, principalmente, una bella historia de amor. Un sentimiento que no se refiere sólo al de la pareja, sino al vínculo que nos relaciona con todas las personas, a la necesidad de desbordar el cariño para que no se quede 'adentro', 'a trapado', y se le permita explayarse de manera natural; el afecto visto como una verdad absoluta, como una identidad de todos los seres vivos. Amar para vivir en el centro mismo de la creación, para ser un creador. "La satisfacción en el amor individual no puede lograrse sin la capacidad de amar al prójimo" (31).

Si atendemos a la superficialidad del tema, éste encajaría perfectamente en un guión cinematográfico, con esa parte intermedia donde Gloria es secuestrada por segunda vez para conducirla al convento y un final donde triunfa el bien; pero yendo más al meollo del conflicto, es una historia del amor sobre la muerte o como gustaba repetir Unamuno: de amor y de muerte. ¿ No simboliza el intento de suicidio de Gloria una protesta contra el hecho de

(31) Erich Fromm. Ob. cit., pref., p. 9.

no haber recibido afecto y más adelante a la circunstancia de negarle su manifestación más dulce y espontánea?

El verdadero tema reside en la realidad, en la verdad de las personas, en el dramatismo de las situaciones, en el alma completamente abierta de los personajes y en la pobre hosquedad exenta de ternura que revisten esas mujeres-madres cuyo amor, escondido, vedado, reprimido... las hace desdichadas.

Es historia de muerte porque se manifiesta el sentido de la vida _ valga la redundancia _ que se ha vivido. Porque aparecen los motivos que han desencadenado la razón por la cual se vive o se so breve de una forma o de otra.

Palacio Valdés coincide con Unamuno y escribe lo siguiente por medio de Sanjurjo: "En aquel momento en que mi amor por Gloria se convertía en delirio y embriaguez, en que todo me sonreía y tocaba al logro de mis deseos, sentí el alma inundada de tristeza y apetecí la muerte, no puedo explicarlo; pero así fue. Quizá tengan razón los que creen que el amor y la muerte son dos cosas que se identifican y confunden allá en el centro misterioso de la vida universal" (32).

La tristeza que sobreviene en los momentos de mayor bienestar quizá de deba a la resistencia del ser humano para permitirse ser feliz; cuántas veces nosotros mismos perfilamos los obstáculos _ aunque sea de manera inconsciente _ por temor o imposibilidad de

(32) Ibid., p. 797.

conservar el bien alcanzado o por suponer que no lo merecemos. La similitud entre el amor y la muerte parece indicar la fortaleza del amor por sobre todas las cosas, incluso sobre aquélla que representa la única certeza, y aunque parezca contradictorio, sólo aprendiendo _ con base en la madurez _ a amar nuestra muerte, se ama con mucha más intensidad la vida, "es el amor más fuerte que la vida y que la muerte y domina la discordia de éstas; el amor hace morirse a la vida y vivir la muerte"(33), "tratando de derramar mi vida a fin de continuar viviendo, de darme la vida, de arrancarme a la muerte"(34).

Otra semejanza puede radicar en la agonía que se vive cuando el amor alcanza su plenitud, y el miedo que sobreviene por el conocimiento de la fragilidad del mismo y por esa oposición mencionada que tiene el hombre de permitirse dicha. Unamuno lo describe así: "mi 'yo' amigo y mi 'yo' enemigo, me dan vida y muerte, me crean y me destruyen, me sostienen y me ahogan" (35). Lo que le da al ser humano la facultad de penetrar lo extremo de la tragedia humana es su propio sentimiento de la muerte, de la fugacidad de cada instante.

El sentimiento trágico de la vida lo resume Palacio Valdés en la esencia del cristianismo: "porque el amor es fuerte como la muerte, según reza en las Sagradas Escrituras" (36); sus palabras señalan

(33) Unamuno. Ob. cit., p. 55.

(34) Unamuno. Cómo se hace una novela, Salvat, Navarra, 1971, p. 137.

(35) Unamuno. Ob. cit., p. 144.

(36) Palacio Valdés. "Aguas fuertes: Los contrastes electivos" en Obras, t. II, p. 1134.

el predominio de la fortaleza del amor y siempre abren la puerta a la esperanza, no en el sentido de fe (vida después de la muerte). El redime al hombre al interpretar a la muerte como: lo acabado, lo perfecto.

¿ O querrá indicarnos Palacio Valdés a través de la hermana San Sulpicio, por medio de esa ¿esperanza? y de ese final un tanto absurdo, que no todo en la vida es irreversible ? ¿ Que quizá podemos interpretar nuevamente, asumir e incluso darle un sentido ulterior y definitivo a nuestra vida? "sueño con la región inmarcesible donde la justicia no se oscurece jamás y el amor triunfa de la muerte" (37).

(37) "Discurso leído ante la Real Academia Española el 12 de Dic. de 1920" en ob. cit., p. 1469.

CAPITULO III

1.- Crítica social dirigida a las costumbres, educación, a la sociedad española en general. (Análisis de la novela El cuarto poder y notas de otras).

¿De dónde puede partir la crítica dirigida a las costumbres o malos hábitos y a la educación negligente dentro del seno familiar a la cual van encaminadas las obras de Palacio Valdés?

Se podría resumir en la siguiente premisa: La 'gente' hace el daño que cada uno de nosotros le permite. Mientras procedamos con más inteligencia y distancia, más podremos evadir ese prejuicio y vivir sin la preocupación de lo que piensen los demás.

En El cuarto poder nos encontramos ante la influencia o poder que tienen las personas incluidas en ese término tan abstracto como es 'los demás' sobre nosotros mismos; estamos frente a ese vivir conforme al 'qué dirán', típico de provincia y también de las grandes capitales entre la gente inculta y ociosa; frente a la facultad que ejerce el periódico, cuyo servicio, debiendo estar dispuesto a la información objetiva y a la amplitud de retos de las personas, desvía su función altruista, se denigra al caer, como juego de niños, en la lucha obstinada de bandos contrarios; pierde su razón de ser y deteriora mediante sátiras y críticas mordaces a un joven sencillo y sin malicia, a quien primero le descubre la infidelidad de su consorte, le priva de su tranquili-

dad y alegría y no contento con esto y sin medir que la murmuración no admite restitución, va más lejos con su intriga hasta ser el verdadero autor de un suicidio lamentable.

Cuando los individuos no se desarrollan en un medio propicio que les permita hacer uso de su inteligencia con fines elevados, su misma ignorancia y pequeñez los vuelve inseguros; si además agregamos a su vulgaridad (en el sentido de lo común, de lo usual) el hecho de no haber sufrido lo suficiente como para adquirir una sensibilidad y una percepción hacia lo que significa el dolor humano, hacia la capacidad de compadecer, estas personas se tornan corrosivas, ásperas, se deleitan en ver las fallas ajenas y no desaprovechan la ocasión para divulgarlas, adulterando y engrandeciendo dichas faltas por el exclusivo placer del esparcimiento, para ocultar su tamaño reducido, un hastío, su escondida agresividad. Ese regocijarse con los errores ajenos no es más que un morbo que les disculpa las debilidades propias, al evaluar en ocasiones a su favor, 'yo no estoy tan mal, tan loco o no soy así de ruin', "hay mujeres que porque han tenido una desgracia o una flaqueza, que se ha hecho pública por este hermoso sistema de sociedad, están siempre acechando la ocasión de encontrar cómplices o imitadoras que las disculpen, las cuales ahogan la vergüenza en la murmuración" (1), sin pensar que cuando se ha llegado a la cima de la madurez las amenazas de los pigmeos deben parecer más extrañas que ofensivas.

(1) Mariano José de Larra. "La sociedad" en Artículos de costum-
bres, Espasa Calpe, Madrid, 1934, p. 226

Si a lo anterior añadimos la casi nula posibilidad de ocuparse en algo productivo que mantenga digna una existencia, la consecuencia inevitable es el chismorreó, la intriga, la burla procaz, la envidia; para concluir con la deshonra y aun la muerte de gente valiosa, ajena a ese 'mundito' tan chico, tan misero.

La crítica de Palacio Valdés con respecto a la sociedad que le tocó vivir parece alcanzar en este sentido mucho más de cerca a las mujeres de todas las edades y a los jóvenes todavía irreflexivos. A las mujeres porque en el patriarcado que existía vivían privadas de oportunidad; no tenían acceso al mundo del hombre porque a éste le era más fácil y tolerable ser él, el único sostén y proveedor de la familia; le resultaba más sencillo mover las fichas a su antojo, tratar a la mujer como un mueble, como una muñequita. Esta, al no encontrar mejores y diferentes alternativas cae en el espantoso vicio de criticar ferozmente a los demás, de verter así su amargura y descontento, de acartonarse y seguir una rutina enajenante inclinada en dar gusto a 'los demás', empeñada en que los actos de las personas deben formar simétrico contraste con el lugar donde se llevan a cabo; de esta forma deben flirtear en los teatros, charlar en el 'paseo' y permanecer graves y abstenerse de hablar en las iglesias, como sucede en Madrid.

Y lo mismo en las ciudades capitales que en las provincias, la mujer, al verse excluida de lo interesante, lo productivo, de la re-
troalimentación a su inteligencia, ésta se ve menguada hasta quizá extinguirse por carecer de la oportunidad de aportar y enriquecer. Todavía es más atenuante y cáustica en las mujeres de más edad, cuan-

do concluye su función ovárica: "la vista de tal ornamento en las manos grandes y coloradas de la excigarrera produjo una excitación indescriptible en el elemento femenino", "en las calles, en la iglesia, en las visitas, comenzaba el desuello de las mamás hacia..." (2). En las jóvenes, por su inmadurez; en ellos, por su tendencia a la diver-
sión: "ni por casualidad le dieron ya su nombre propio; ella no protestaba contra este proceder malévol, no se rebelaba contra el fallo de la opinión pública" (3) y la crítica de P. Valdés se extiende e incluye asimismo al hombre quien, aunque en menor grado _ por estar en constante lucha por la vida _ no está exento de caer y recrearse con habladurías, banalidades, o de manifestar su inconformidad por medio de murmuraciones.

Don Rosendo (Don Quijote) Belinchón, personaje principal de esta novela, se ve perjudicado al fundar _ después de mucho esfuerzo _ un periódico, con el objeto de cultivar un poco a su pueblo natal; aparece la contraparte, otro diario que sustenta la rivalidad propia del humano, y así, como enemigos mortales se atacan con letra, hacen uso indebido de la imprenta, atropellan, vejan sin re-
torno o posibilidad de retractarse, porque entre más se envilezcan y se aparten de su norma, sienten crecer más ese 'poder' que lle-
van dentro, ese poderío que los domina: "eso de decir una cosa apa-
rentando expresar la contraria y retorcer las frases de modo que u-
na cláusula inocente en la apariencia llevase dentro una saeta en-

(2) Palacio Valdés. "El cuarto poder" en Obras, t. I, 4a. ed., Aguilar, Madrid, 1959, p. 485.

(3) Idem.

venenada... " (4); el autor hace hincapié en el hecho de que ese poder ilimitado es lo que verdaderamente logra degenerar al hombre; incluso algunos, dotados de 'óptimas' intenciones no cesaban de inmiscuirse en habladurías aunque fuera para mencionar lo bueno que se hablaba de 'los demás': "¿sabe usted lo que acaba dedecir me doña Rosario del vestido que usted lleva? que es elegantísimo... " (5).

Ocupaban su vida los chismes de vecinos, traídos y llevados en pequeños círculos y se distraían con una sistemática afición a criticar los asuntos públicos desfigurándolos cuando fuera necesario; de esta manera la palabra era tan mentirosa como la imprenta. Aquí aparece el sentir del autor: "no estaba conforme en el fondo de mi alma con ciertos periódicos satíricos que se publicaban en Madrid. La letra de Leopoldo Alas fue siempre inverosimilmente perversa... aquellas ingeniosidades agresivas, aquella literatura de flechas aceradas no infundía calor en mi alma" (6).

Es repetitiva la 'orfandad temprana' tan significativa en P. Valés, la cual produce hombres inseguros, dependientes, con una necesidad de que la felicidad les venga de afuera porque no la llevan dentro de sí; no capaces de continuar su destino por el solo hecho de una traición recibida con base en una mala elección; la designación que se deja arrastrar por el atractivo físico y encuentra a través de los años, mujeres vacías, productos y a la vez, promotoras de las intrigas antes mencionadas, de ese continuo caer, como

(4) Ibid., p. 531.

(5) Ibid., p. 487.

(6) "La novela de un novelista: El Ateneo" en Obras, t. II, 4a. ed., Aguilar, Madrid, 1959, p. 791.

círculo vicioso inexorable en un 'mundito' bajo y ajeno a mayor y mejor entretenimiento que pisotear la dignidad de las personas: "Inocente Gonzalo, mucho antes que se diese cuenta cabal de tal inclinación, la villa entera la conocía; nada se puede ocultar a los ojos zahories de las comadres de un pueblo de escaso vecindario"(7).

La persecución y, desde luego, la inquietud de sentirse frente al prójimo, como en un 'aparador' fomentaba su incertidumbre y baja autoestima "como si por el agujero de aquel buzón le estuviesen mirando los ojos burlones de todos los vecinos de Sarrió" (8) quienes, por su ignorancia y mínima preparación se entusiasmaban y salían de su indolencia de vez en cuando con "la entrada o salida de cualquier barco importante, la muerte de alguna persona conocida, una letra protestada, el empedrado de alguna calle..." (9). Esa aburrición o tedio provocado en muchas, y en algunos por no tener necesidad de ganarse la vida, se enfrenta por momentos con "un proyecto de mercado cubierto para preservar de la intemperie a las pobres mujeres que vendían al raso legumbres y leche" (10).

La 'moda' es una divinidad muy venerada, representa otra variante de esta preocupación de vivir como en un cristal, "a todo el que pretenda romper con la moda se le levanta una cruz en este mundo"(11), expuestos siempre al qué dirán o cómo me verán, como si temieran que dar sumergidos al sustraerse a ella: "cuando se llevaban los pantalones anchos, los de Pablito parecían sayas; si estrechos, era una ci-

(7) "El cuarto poder" en Obras, t. I, p. 497.

(8) Ibid., p. 498.

(9) Ibid., p. 505.

(10) Idem.

(11) "Semblanzas literarias: Los oradores" en Obras, t. II, p. 1163.

güeña" (12).

Esta preocupación por seguir el gusto que predominaba en el momento, "lo mismo en la aldea que en la ciudad, en el orden temporal como en el espiritual, la moda ejerce un imperio despótico" (13), la aprovecha P. Valdés para persistir en su crítica dirigida a la sociedad: "ninguna señora, cuando recibía en casa en una tertulia dejaba de escotarse poco o mucho" (14), "una idea que se le había ocurrido a ella sin consultar a la modista; estaba segura de que había de gustar" (15).

Esta pasión colectiva no se restringía a las prendas de vestir, incluso podía transgredir ciertos valores: "había dado bastante qué decir con algunas historias galantes. Lo que la había elevado a la categoría de mujer casada a la moda" (16). Al ocuparse y atenerse a la moda del momento perdían, desde luego, lo realmente imperecedero.

También incluye los duelos en el caso de los varones, ya que una parte de la tendencia novedosa de este juguetero de cristal en el cual vivían, los mantenía atemorizados con respecto a lo que se pensaría de su 'honor'. Se batían con las armas, más por el hecho de conservar ese honor, por la 'apariencia', que por la repercusión dolorosa que pudiera causarles; incluso se atrevían a medir el grado de cultura de los países por su afición a las armas y con esto avivaban su idea de la dignidad; preferían la muerte, antes que quedar mal ante 'los demás'. Un duelo era "el ceremonial seguido por los e

(12) "El cuarto poder" en Obras, t. I, p. 486.

(13) "La novela de un novelista: Impresiones del estio" en Obras, t. II, p. 689.

(14) "Maximina" en Obras, t. I, p. 403.

(15) "Riverita" en ob. cit., p. 297.

(16) Ibid., p. 273.

legantes en este género de situaciones dramáticas" (17), "lo que me interesa es salvar el honor de mi hermana", "te abofetearé en público" (18), "el impresor Folgueras se había batido con un cuñado de Marín por haber negado el saludo uno de ellos al otro" (19).

Este constante vivir para el público los distraía de la verdadera razón del conflicto personal: "aunque los hombres disculpasen la acción no la hallarían muy valerosa... este ridículo se borraría con sangre" (20). Cuando se afligían por una pena exclusivamente individual, su mente estrecha, doblegada ante el prejuicio, les impedía confrontarla con el dolor universal y su consecuente marcha hacia el destino.

Representaba un verdadero pánico la persecución que infundían los rumores: "la idea de que algún conocido le viese a aquellas horas caminando a pie le causaba gran vergüenza dando por seguro que había de adivinar su intención", "se le ocurrió otro pensamiento: el del gran escándalo, la campanada que iba a dar en la villa... confesarse burlado ante la población entera" (21), sin comprender que la gente pequeña se venga de la superioridad, precisamente hablando mal de ella: "decidieron ir por la tarde y tornar al oscurecer para que José no pasase en medio del día cargado por el poblado", "en este pueblo cualquiera se queda tuerto porque

(17) "Sinfonía pastoral" en ob. cit., p. 1795.

(18) "Maximina" en ob. cit., pp. 462 y 463.

(19) "El cuarto poder" en ob. cit., p. 596.

(20) Ibid., pp. 657 y 658.

(21) Ibid., pp. 641 y 628.

el vecino ciego" (22). Cfr. con Juan Valera: "¿Cómo defender el escándalo, la campanada que ha dado esa chica, transformada de repente en princesa, como en los cuentos de hadas?" (23).

También se puede mencionar con respecto a los duelos, el cumplimiento de un 'deber' mal interpretado en contraposición al deber valedero que aparece en Santa Rogelia, "tomando con los dedos las puntas de los sables, se apartó diciendo: Señores, cumplan con su deber" (24), "el mundo no le perdonaría el no haberse suicidado" (25). Cfr. de nuevo con Valera: "no dudaba él de que algunos sospecharían que había querido suicidarse, tomarían a risa lo del suicidio y atribuirían a miedo el que no se hubiese realizado. .. no podría sufrir su nueva situación, porque se le figuraría que se mofaban de él cuantos le mirasen a la cara" (26).

Esta clase de lances, propios únicamente entre los aristócratas tenían su origen en la ociosidad. Un trabajador honrado no podía menos de mirarlos con desprecio, además de que no eran posibles entre dos que no fueran 'iguales'; esto es, entre dos que no formaran parte de la misma escala social. Un 'señorito' podía enamorar a una costurera con el objeto de divertirse un rato y el galán de ésta no estaba en su derecho de retarlo: "los pobres estamos debajo, y tenemos que sufrir estas vergüenzas. Si usted hu-

(22) "José" en ob. cit., pp. 165 y 187.

(23) Juan Valera. Juanita la larga, 3a. ed., Sopena, Buenos Aires, 1950, p. 10.

(24) Palacio Valdés. "Riverita" en ob. cit., p. 328.

(25) "Maximina" en ob. cit., p. 465.

(26) Valera. Ob. cit., p. 100.

biera sido un igual mío, nos hubiésemos visto las caras" (27), "sin atender a que somos pobres y a que la gana de los pobres no es real, sino súbita, que necesita someterse y hasta morir sin hallar satisfacción, a fin de no exponerse a muy crueles castigos" (28).

La crítica de P. Valdés hacia la mencionada ; educación ? y su influencia en las costumbres se extiende a esas inconmesurables fortunas que se amasaban mediante la corrupción y alcanzaban a mantener en el ocio a varias generaciones. Esa llamada 'hacienda' que se heredaba de padres a hijos en esos círculos, era tan cuantiosa que echaba a perder a los jóvenes: "me vi impulsado a quedarme en casa y llevar la vida de señorito ocioso porque se decía que mi padre había reunido un razonable caudal" (29); les destruía la posibilidad del reto saludable de saberse ganar la vida a pulso; en muchas ocasiones la disipaban en el juego, producto del aburrimiento en el cual vivían, adormecidos por aquella vida holgazana y programada; en otras, la cuidaban para ir pasando sin preocupación y se divertían en el Retiro, Recoletos, la Moncloa, el Casino, el Club, en donde "el desprecio de todo era la única moda que no variaba nunca entre ellos" (30). En la famosa Castellana "se gozaba el singular deleite de 'contemplarse' durante dos horas, esperando disfrutar del mismo atractivo por la noche en el teatro Real" (31). La distracción de las mujeres consistía en ir a probarse los

(27) Palacio Valdés. "El cuarto poder" en ob. cit., p. 584.

(28) Valera. Ob. cit., p. 68.

(29) Palacio Valdés. "El capitán Ribot" en ob. cit., p. 847.

(30) "Maximina" en ob. cit., p. 450.

(31) "Sinfonía pastoral" en ob. cit., p. 1784.

trajes y dar recomendaciones a la modista, y ante la frustración de pasar así los días "Sacaban tiras de pellejo a alguna amiga ausente" (32). Cfr. con los artículos de Larra: "a casa de la marquesa hasta las dos; a casa de la condesa hasta las tres; a tal otra casa hasta las cuatro: en todas partes voy dejando la misma conversación; en donde entro oigo hablar mal de la casa de donde vengo y de la otra adonde voy: ésta es toda la conversación de Madrid" (33).

Igualmente en las aldeas o provincias se empeñaban en conservar las apariencias para no descender de categoría, y de la misma manera, los jóvenes desocupados e insustanciales se entregaban a la cacería y a los juegos de mesa (el tresillo, el tute, la ruleta, siete y media) por faltarles los recursos de la gran ciudad.

Las novelas de Palacio Valdés son de ataque contra los vicios y costumbres de la sociedad: provinciana y capitalina. Prosigamos con la semejanza y descripción de usos y costumbres que caracteriza la obra de Juan Valera: "le servían muchos criados, constantes unos y entrantes y salientes otros, y como era aficionadísimo a la caza, no le faltaban una jauría de galgos, podencos y pachones... se fumaba, se charlaba y se jugaba a la malilla, al tresillo, al truqui flor y al tute, y tal vez al ajedrez, al dominó y a las damas" (34).

Seguían como ovejas los rituales más necios: "es requisito que

(32) "El cuarto poder" en ob. cit., p. 647.

(33) Mariano José de Larra. "La vida de Madrid" en ob. cit., p. 212.

(34) Valera. Ob. cit., pp. 10 y 61.

lo que se lea sea malo, porque lo que venga después de la lectura les parece a los convidados admirable, hasta la champaña de cinco pesetas" (35), "por espacio de dos años no solamente gastó luto él, sino que lo hizo llevar a toda la servidumbre, al coche y a los caballos" (36). Pensaban adquirir veneración y miramiento de la gente con base en "la misma pulcritud en el vestido, la misma afectada cortesía, la misma gravedad" (37). Persiste el ataque de P. Valdés hacia las costumbres y educación implantadas dentro de la 'buena' sociedad, la cual sucumbía a la estricta etiqueta y se inclinaba ante ella mediante "ademanos imponentes y señoriales aguardaban en pie al jefe de familia" (38), persuadidos de que mediante el protocolo ganaban consideración y deferencia; en su inaudito desdén hacia las personas y las cosas y en el considerar la superioridad como un 'dogma' se concentraban en "las sillas, i gualmente de roble tallado; todo de roble. Esta madera dura, maciza y adusta, parecía el simbolo de aquella respetable familia"(39).

Muchos personajes de 'madera' aparecen en las obras de P. Valdés y coinciden con los ociosos mencionados anteriormente, quienes han recibido fortuna por herencia y abolengo, "la holgazanería en nuestra patria es título de nobleza" (40); con la generación que vive del trabajo honrado de los abuelos o de la corrupción de éstos: "el abuelo de Miguel había sido uno de los negociantes más ri

(35) Palacio Valdés. "Maximina" en ob. cit., p. 399.

(36) "Riverita" en ob. cit., p. 196.

(37) Ibid., p. 248.

(38) Ibid., p. 250.

(39) Ibid., p. 199.

(40) "Aguas fuertes: Los contrastes electivos" en Obras, t. II, p. 1127.

cos de Madrid durante el reinado de Fernando VII" (41).

Esta particularidad de poder vivir a expensas de la hacienda recibida y estar en situación de cuidarla o exponerla, es seguramente el origen de esa preocupación por la 'dote', inquietud que no falta en ninguna de las novelas del autor: "don Claudio pensó hacer una buena boda" (42), "la prima Pepa, pequeña y fea, con un costurón en el cuello; pero eso y mucho más sufriría el avaro Frasquito con tal de atrapar el gato de su padre, que lo tenía gordo y lucido" (43). Cfr. nuevamente con Larra: "si hablas a una bonita, la pierdes; si das conversación a una fea, quieres atrapar su dinero. Si gastas chanzas con la parienta de un ministro, quieres un empleo... en esta sociedad de ociosos y habladores nunca se concibe la idea de que puedas hacer nada inocente" (44).

El interés antes mencionado los privó de experimentar el sentimiento más hermoso _ quizá el único _ que puede sostener al ser humano: el amor genuino y verdadero. El pensamiento de los jóvenes de ambos sexos estaba dirigido en función del dinero y su corazón metalizado no podía extenderse libremente, estaba aprisionado; en ellos, por el interés de la famosa y codiciada dote; en ellas, por la triste realidad de no poder ser autónomas. Recordemos la frase de Engels: "El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre". Por la imposibilidad de ganarse la vida con unas cuantas

(41) "Riverita" en Obras, t. I, p. 212.

(42) "José" en ob. cit., p. 138.

(43) "Los majos de Cádiz" en ob. cit., p. 1075.

(44) Larra. "La sociedad" en ob. cit., p. 226.

horas dedicadas al solfeo, al piano y al bordado, su situación desventajosa y sin atractivo las colocaba en ese 'vivir del chismorreo', en ese egoísmo y lucha interior mezquina provocados por su natural descontento, un tanto más refinado en las capitales, pero igualmente demoledor: "en el campo se lucha por el interés, y en las ciudades por la vanidad" (45). ¿Cuál de estas luchas será más baja y despreciable? Completemos la frase de Engels: El papel del ocio en la transformación del hombre en mono. El no trabajar conlleva esa disolución social a la cual se refiere el autor, a la inmoralidad de vivir a expensas de los demás. Este concepto 'los demás' es el que debieron cuestionar en lugar del prejuicio del 'aparador', "los próceres de la política y la administración, bajo cuya égida es como únicamente se puede hacer fortuna en España" (46).

La desventaja en la cual se encontraba la mujer, al no tener acceso a la enseñanza, al faltarle seguridad y requerir una enorme necesidad de protección, es la causa por la cual había sólo dos caminos a seguir: el matrimonio o el convento: "estaba tan aburrida en casa, que resolvió volverse al convento, obligada por la necesidad y bajo la presión continua y persistente de cuantos la rodeaban" (47). La limitante de no poder elegir pareja, sino tener que

(45) Palacio Valdés. "Sinfonía pastoral" en ob. cit. p. 1776.

(46) "Riverita" en ob. cit., p. 258.

(47) "La hermana San Sulpicio" en ob. cit., p. 761.

esperar a ser elegida, la tornaba traidora, poco honesta "repito que he provocado a don Andrés para vengarme de doña Inés y para dar picón a don Paco" (48), ya que tenía que jugar con varias cartas o 'velas encendidas' a la vez, y con la habilidad del prestidigitador escoger a quien le proporcionara mayor estabilidad económica; el sentimiento amoroso _ salvo excepciones _ era totalmente secundario.

En ese juego de naipes-hombres, recae la crítica de P. Valdés al mostrar que con ese coqueteo interminable, "Julia, no muy piadosamente, se servía de él en ciertas ocasiones, cuando reñía con Saavedra, para dar a éste celos" (49), provocaban no sólo corazones rotos, sino orillaban a los galanes en muchas ocasiones al suicidio o a la muerte a través de los duelos: "había hecho alusiones a cierto proyecto mortífero que abrigaba, el cual no debía de ser otro, a nuestro juicio, que el quitar de en medio a su rival" (50), y cuando estas mujeres estaban demasiado pagadas de sí mismas por la alternativa de pretendientes, se divertían incluso con cartas tiradas por el reverso, completamente al azar: "la niña comprendía su excelencia y repartió calabazas a manos llenas" (51), "yo tengo la culpa y don Andrés está disculpado. Yo le atraje, y le provoqué, yo le trastorné el juicio" (52).

De ahí proviene que la mujer aparezca casi envuelta en un mis-

(48) Valera. Ob. cit. p. 93.

(49) Palacio Valdés. "Maximina" en ob. cit., p. 465.

(50) Idem.

(51) "Aguas fuertes: Los contrastes electivos" en Obras, t. II, p. 1127.

(52) Valera. Idem.

terio: "me sorprendió, porque yo no sabía entonces como el Tasso: "de la mujer, la condición precisa", ni como Shakespeare, que era "pérfida como la onda" (53), el cual, conforme han ido cambiando las costumbres y la obtusa educación, transforma al sexo femenino más humano, con mayor aplomo, con la certeza de poder elegir o rechazar, sin ser precisamente mancornadoras: "sería esto cálculo o ladino instinto de mujer para cautivarle mejor o para entre tenerle con esperanzas vagas?" (54); y aunque su inclinación a la maternidad y al matrimonio no desaparecen por ser inherentes a su naturaleza, el acceso al mundo y al estudio les abre muchas y diferentes posibilidades; pero sobre todo les otorga una autonomía. "¿Hablar a las mujeres en Madrid? Como en general no se sabe hablar de nada, sino de intrigas amorosas; como no se habla de artes, de ciencias, de cosas útiles; como ni de política se entien de, no se puede uno dirigir ni sonreír tres veces a una mujer" (55).

Otra constante en las obras de Palacio Valdés es el conflicto dado entre dos hermanas y un mismo novio. Esto puede descifrarse quizá por el interés mencionado hacia la dote de las jóvenes. Como la familia y, por ende la fortuna, eran la misma, oscilaban entre una hermana y otra, atraídos a veces por el físico, otras, por las virtudes y elegían según la balanza se inclinara sin tomar en cuenta la traición o el daño causado: "en efecto, es boni-

(53) Palacio Valdés. "La novela de un novelista: Caballería infantil" en ob. cit., p. 781.

(54) Valera. Ob. cit., p. 56.

(55) Larra. "La sociedad" en ob. cit., p. 225.

ta, pero no tiene expresión alguna. Es una belleza vulgar, mientras que su hermana... " (56), "¿ por qué no te casas con la pequeña que es más guapa? Yo no digo que la primera sea fea; pero no hay duda que la segunda es más linda" (57).

Una caricatura de lo mencionado antes la dibuja el autor en su novela A cara o cruz, historia corta en donde el protagonista se casa con las dos, (gemelas) después de enviudar de la primera: " como la fortuna de las hermanitas nos permitía vivir con toda comodidad, dejamos el hotelito harto reducido y alquilamos un magnífico piso" (58). Unamuno aborda también el tema: "Y bien miradas y de cerca, aún despertaba más Gertrudis el ansia de goce. Mientras su hermana Rosa abría espléndidamente a todo viento y a toda luz la flor de su encarnadura" (59), sin embargo, la problemática es diferente.

También ocurrían en ocasiones los matrimonios desiguales, quizá por ese arraigo del 'deber', y cuando era necesario se entablaban uniones de 'señoritos' con jóvenes planchadoras u obreras, pero el precio que pagaban éstas era demasiado alto; la sociedad no consentía verlas transformadas en 'señoras' y las denigraba con apodos como 'la serena' o 'la chula'; y los hombres creían que se les debía un eterno favor: "no le parece que he hecho demasiado cargando con ella? pues en vez de agradecerme este sacrificio, tiene la pretensión de que la adore, que me muera de amor por sus pe-

(56) Palacio Valdés. "Marta y María" en Obras, t. I, p. 17.

(57) "El cuarto poder" en ob. cit., p. 513.

(58) "A cara o cruz" en Obras, t. II, p. 894.

(59) Miguel de Unamuno. La tía Tula, Salvat, Navarra, 1970, p.25.

dazos" (60). La 'caballerosidad' les preocupaba más en el cumplimiento del deber, como en el caso de los duelos, que en el trato cotidiano con las mujeres, siempre desprotegidas, pues con dote o sin ella las marginaba una desproporción absoluta.

También se olvidaban (los caballeros) de este 'deber', al utilizar la prensa para desbaratar materialmente a los que consideraban enemigos, precisamente donde más los lastimaba: en la familia. De este modo salían a relucir los actos de los vecinos, los secretos domésticos más íntimos, la vida de los matrimonios expuesta en forma grotesca por los pérfidos redactores: "él Faro de Sarrió en su afán de morder, la había emprendido desde hacía tres o cuatro meses con la esposa de Marín; una de las mil infamias que los enemigos de su suegro habían inventado para hacerles daño" (61).

Para un idealista como Palacio Valdés esta crítica es considerada como una declaración obvia de la imperfección propia de los humanos, pero no por esto deja de subrayarla como deleznable, aunque lo haga con la fineza del lenguaje que lo caracteriza: "en las aldeas y villas, por el trato íntimo, largo y constante de las personas, se penetra más en el alma de cada uno" (62).

La crítica se extiende a todos los ámbitos, a la corrupción en todos los sentidos: "nadie pensaba en disputarle la elección... se hacía reuniéndose los presidentes y secretarios de los colegios y apuntando en las actas el número de votos que se les anto

(60) Palacio Valdés. "Maximina" en Obras, t. I, p. 401.

(61) "El cuarto poder" en ob. cit., p. 641.

(62) Ibid., p. 507.

jaba" (63), "los personajes de la política, cuando no son merodeadores dignos de la cárcel, me parecetrebaño de hombres adocenados, ignorantes, que han tomado ese oficio, por ser el más descansado y lucrativo" (64).

A ese modo de adulterar la función de los periódicos, los cuales, en vez de participar los progresos realizados, el conocimiento a través de la literatura y las reformas en todos los órdenes del cuestionamiento, se empeñaban en satirizar: "felicitamos al Sr. Negrete, que en algún rato lúcido ha dado cima a obra tan colosal" (65); y, en cambio, los asuntos imperativos como el problema del mercado cubierto, la carretera a Rodillero, el lugar adecuado para el cementerio... eran delegados para un 'después' que nunca llegaba. Tampoco aportaba incentivos para que el pueblo despertara del letargo en el cual estaba sumido sin acceso a la convivencia de la razón y del avance por carecer de consciencia en sus propias fuerzas.

La consecuencia lógica de esta ignorancia repercutía en el refugio de las prácticas religiosas: "mucho novena, mucho sermón, nada útil; pueblo dominado por los curas, es atrasado" (66). Quizá el autor no intentó denigrar al clero, que después de todo, trabajaba en ese intento de conducir a los fieles, sino a los desocupados y fanáticos carlistas _ dominados por la teocracia _ miembros de todas las asociaciones piadosas y quienes aparecían en las procesiones con hábitos y escapularios, pero no

(63) Ibid., p. 512.

(64) "Maximina" en ob. cit., p. 421.

(65) "El cuarto poder" en ob. cit., p. 531.

(66) Ibid., p. 540.

desaprovechaban la ocasión para introducir la incertidumbre por medio de la calumnia, amparados en la supuesta honradez de que ellos "nunca habían dado qué decir" (67).

El cumplimiento de las prácticas devotas llevadas al extremo es otra constante que forma parte de la crítica: "cada seis meses confesaba todo el colegio con su director espiritual, quien los preparaba en el estudio de la doctrina cristiana con un examen de conciencia colectivo" (68), y en algunas novelas sobresale un juicio implícito a las agrupaciones exclusivamente femeninas o masculinas, como una forma de provocar la homosexualidad: "el cariño ciego, mejor dicho, la adoración extática de aquella niña, la había consolado de bastantes pesares", "lo único que había sentido al dejar el convento de Vergara fue una niña con quien se había encariñado mucho" (69).

El 'poder' de la prensa perdió su razón de ser al no reflejar las legítimas necesidades de los habitantes, al no encaminarlo a la riqueza de su actividad, al impedirle ejercitar su inteligencia como medio para comunicarse con el mundo, al no ofrecerle libertad por medio de la justicia, al detener su nivel intelectual y convertir su misión en un vehículo de frivolidad como es el hablar mal de las personas y sujetarlas en un molde estrecho. "qué ganas le acometían a veces, presenciando las infamias de los hombres, de precipitarse sobre la tierra y barrer de una vez este asqueroso hormiguero... observó la fealdad de la vida, como el caba

(67) Idem.

(68) "Riverita" en ob. cit., p. 233.

(69) "La hermana San Sulpicio" en ob. cit., pp. 762 y 680.

llero de la leyenda que, abrazado a una dama joven y hermosa, al oscilar la luz por la fuerza del viento, la veía transformada en vieja, descarnada y hedionda" (70). En estas citas se observan rasgos propios de la escuela naturalista.

La envidia produce grandes destrozos en el mundo; es como un jinete más del apocalipsis: "cuán grande es la envidia... si por este gobierno que la ciudad me puso en las manos, regalado, sin yo pedirlo; si por él, Creonte, desde el principio mi amigo de confianza, viene a mí ocultamente y con deseo de herirme sobornando a un mago como éste, urdidor de intrigas, charlatán insidioso que sólo tiene ojos para las ganancias, pero que es ciego para su arte" (71), y los redactores de El Faro en contra de los de El joven Sarriense emplearon cobardemente sus columnas para injuriarse con descaro y para destapar un adulterio que concluyó en forma trágica; porque a diferencia del coro en las tragedias griegas; el cual se conmovía ante el dolor humano, los supuestos periodistas se regocijaban ante éste. Y el mismo don Rosendo (Don Quijote al principio) quien empezó en el diario con fines nobles, cayó en la trampa mortal de sus contrarios, quiso combatir erróneamente una envidia, con otra, y pensó que al introducir en su casa a un alto personaje de la corte, exterminaría a sus rivales, pero lejos de lograrlo la avivó más y repercutió de esta manera en su contra y en su familia. Desenlace lógico ya que ninguno de los bandos "estaba bien definido en política, lo que les preocupaba era la lucha local" (72), "la atmósfera política estaba entonces encapotada con ciertos nubarrones que descargaron no mu-

(70) "el cuarto poder" en ob. cit., pp. 550 y 553.

(71) Sófocles. Edipo rey, Salvat, Navarra, 1971, p. 139.

(72) Palacio Valdés. "El cuarto poder" en ob. cit., p. 610.

cho tiempo después" (73). En Riverita, el periódico La independencia sostenía constantes polémicas con otro diario conservador llamado La Monarquía: "la cuestión se fue agriando en términos que a parecieron en el diario algunos insultos velados contra el inspirador y los redactores de la Independencia" (74).

De esta manera se destazaban materialmente unos a otros, confundiendo el sentido de la existencia y privándose así de "gozar de la fuerza que mantiene la cohesión del universo; para esto debió ser creado el hombre, no para acompañarse en los breves días de su existencia de la airada venganza, de la pálida envidia, de la tristeza roedora..." (75), del público enemigo que observa y aprovecha el más leve motivo para escarnecer o herir; las lenguas procaces nos hacen muchísimo daño, son como reptiles incapaces de penetrar en el mundo de las ideas y se complacen en envenenar a los que sobresalen: "Quién ataja las malas lenguas. Hay muchos a quienes la envidia les come las entrañas" (76); cfr. "quién en este mundo está libre de una mala lengua y de un testigo falso?, ¿qué no van a murmurar y a morder las envidiosas cuando me vean tan peripuesta y tan guapa ir a la función de iglesia el día de Santo Domingo?" (77). Una pasión engendraba otra y así sucesivamente; Ventura vengaba a su madre a quien las 'señoras' de Sarrió habían hecho sufrir y todavía tenían éstas el descaro de apoyar: "sentiríamos que este rumor se confirmase por afectar directamente a personas muy conocidas y estimadas en la sociedad"(78).

(73) "Riverita" en ob. cit., p. 301.

(74) Ibid., p. 327.

(75) "El cuarto poder" en ob. cit., p. 616.

(76) "Los majos de Cádiz" en ob. cit., p. 1053.

(77) Valera. Ob. cit., pp. 12 y 38.

(78) Palacio Valdés. "El cuarto poder" en ob. cit., p. 563.

Las dos formas posibles de denunciar el mal son por medio de las armas y de las letras. Cuidado con las lenguas desencadenadas pues son más peligrosas que las armas, son capaces de romper el mundo psíquico en que se vive: "decís que ahora comienza la civilización ... pues bien: Yo os digo... oídlo bien... yo os digo que ahora comienza la barbarie" (79). En La aldea perdida y en Santa Rogelia el autor impugna por el desarrollo cuando estropea las virtudes campesinas; infra inciso 2, cap. III; al referirse a las primeras minas que aparecen en Asturias protesta de manera simbólica contra la desaparición de conceptos imperativos y de aprobación universal. En P. Valdés no hay distorsión en cuanto a que su mente hable un lenguaje y su corazón, otro; es una dualidad, es una simetría, reflejo de un orden interior guiado por la inteligencia, de una estructura vencedora, imagen de la congruencia que ofrece el título a esta tesis.

Los temas constantes en su obra tienen una secuencia lógica y va ledera; nunca se contradice; ésta es la razón por la cual he introducido notas de varias novelas intercaladas con las citas de la historia El cuarto poder. La religiosidad va unida al amor maternal y a la superioridad; de ahí parte esa idealización hacia la mujer; la piedad y el calor maternal son la misma cosa tanto en él como en otros autores, infra; la superioridad va unida al valor y al deber; el deber va enlazado al amor y al civismo; el civismo, a la integridad; la integridad, a la religión y ésta, de nuevo, a la relación afectuosa. Y así, de manera circular, como el que quebranta un mandamiento los infringe todos, el que en su momento ha recibido ciertos valores es el que podrá salir adelante.

(79) "La aldea perdida" en ob. cit. p. 1050.

Este puede ser el origen de la saña y la envidia; acometer a los que destacan porque el lugar que ocupan indica que han tenido una 'mamá' o que les ha sido otorgado ese 'algo' que todos quisieran, el cual no tiene nada que ver con el poder, el atractivo físico o el dinero.

Palacio Valdés se solidariza con el pensamiento de P. Galdós y Unamuno, el cual anoto en las siguientes líneas y están de acuerdo en que 'vivir' representa un deber. Asocian la dedicación a la dignidad y transforman la disciplina en religión insistiendo y planteando _ en cuanto a los 'miedos' comunes al ser humano _ la necesidad de aventajarlos: "Conozco mis deberes. A tus hijos no les faltará madre mientras yo viva", "con la fuerza toda de la fe en el deber, fruto de la bendición del amor justo", "Eva tuvo a Dios de padre, pero no conoció madre; Eva murió huérfana de humanidad" (80). Parecen decirnos que vivir es vencer; plantean la idea del deber como un conocimiento inherente, el cual no permite ser abandonado y sugieren la posibilidad de lograrlo a través de "resignación... resignación es tolerancia" (81).

Los autores de primer orden logran trascender de sí mismos, 'rebasan' quizá más allá de lo previsto, por medio de sus conceptos: " Mi amo lloró como hombre después de haber cumplido con su deber como marino... éste es el deber de los que sirven al rey y a

(80) Miguel de Unamuno. Ob. cit., Salvat, Navarra, 1970, pp. 50, 53 y 96.

(81) Palacio Valdés. "Testamento literario; Pensamiento del crepúsculo" en Obras, t. II, p. 1314.

la patria... prometo la bienaventuranza al que muera cumpliendo con sus deberes... hermanaba el cumplimiento del deber militar con la idea religiosa... era devota de Dios, como todas las hembras de aquel tiempo" (82). "El miedo nos degrada; el antidoto más noble y poderoso contra él es el imperativo categórico del sentimiento del deber. Cuando el hombre tiene bien arraigado en su corazón este sentimiento se hace invulnerable" (83)

Palacio Valdés, al concordar el amor con la religión, justifica una predilección profundamente arraigada desde la niñez en donde cristaliza además su idealización femenina: "buscó por instinto en la madre de Dios la protección tierna y amorosa que sólo la mujer puede dispensar" (84).

¿ Acaso se ha mencionado algo nuevo bajo el sol? ¿ Se ha sustentado algo distinto con respecto a la naturaleza humana? ¿ O podríamos _ un siglo después _ aplicar los mismos móviles del autor en relación con el posible perfeccionamiento del ser humano?

(82) Pérez Galdós. Trafalgar, Novaro, México, D. F., 1960, pp. 96, 112 y 19.

(83) Palacio Valdés. "Album de un viejo: El miedo" en ob. cit. p. 851.

(84) "Aguas fuertes: El pájaro en la nieve" en ob. cit., p.1025.

2.- Crítica a la política española del siglo XIX y principios del XX.

Una de las impresiones de Palacio Valdés en su infancia fue el haber conocido a la reina Isabel II acompañada de su hijo Alfonso XII, niño aún; fue únicamente de lejos, en un palco, durante la visita que ofreció la reina en Avilés; el autor recuerda este suceso como placentero y percibió que la querían bien: "no había manos bastantes en nuestra villa para alzar arcos de triunfo con bastidores de lienzo pintado, para plantar gallardetes, para fijar guirnaldas" (1)

P. Valdés radica en Madrid a partir de 1870 (supra, marco histórico), un poco después de la famosa batalla de Alcolea en donde sucumbe el trono, "en las calles principales se levantaban apresuradamente arcos triunfales para recibir a los vencedores, emigrados y mártires de la revolución" (2); vive la experiencia en 1873 de la segunda guerra carlista y el momento donde se proclama la República con E. Castelar, como consecuencia de la abdicación de Amadeo de Saboya. Este rey no pudo conciliar a pesar de su excelente disposición una monarquía constitucional, por diversos problemas, entre ellos el reciente asesinato del general Prim y el hecho de ser considerado un intruso por su origen italiano.

(1) "La novela de un novelista: El triunfo de la fraternidad" en Obras, t. II, 4a. ed., Aguilar, Madrid, 1959, p. 723.

(2) "Maximina" en Obras, t. I, 6a. ed., Aguilar, Madrid, 1956, p. 388.

P. Valdés se afilió al partido de E. Castelar: "fui republicano sin creer en la república; tampoco creía en la monarquía" (3). Casi enseguida, en diciembre del 74, se restaura la monarquía bajo la regencia de Isabel y la corona del príncipe de Asturias; él se mantiene hasta 1885; el sucesor es Alfonso XIII, quien nace poco después de la muerte de su padre, fallecido en plena juventud. Por este motivo asume la regencia Cristina de Habsburgo hasta principios del presente siglo; durante la menoría del príncipe, caracterizada en política por el turno de los partidos liberal y conservador, tuvieron lugar: la sublevación republicana del general Villacampa (en 86); la insurrección de Cuba, que dio lugar a la guerra contra los Estados Unidos y a la pérdida también de Puerto Rico y Filipinas, restos del imperio colonial español (95-98); la iniciación de la lucha en Marruecos, a partir del 93, y la fijación con Francia de los límites de la Guinea continental española (1900). Además, dentro de los partidos mencionados (liberal y conservador) había dos bandos, los liberales exaltados y los moderados; lo anterior complicaba aún más la situación. El problema de los españoles es, además del temperamento exaltado que los caracteriza, su falta de solidaridad.

Estos acontecimientos fueron los más representativos en la juventud y madurez de P. Valdés. Más adelante se recrudeció la guerra de Marruecos y ocurrió la llamada semana trágica de Bar-

(3) "Testamento literario: La política" en Obras, t. II, p. 1296.

celona en 1909; el golpe de Estado del general Miguel Primo de Rivera contra el gobierno presidido por García Prieto (1923) a causa de la inestabilidad política y social, fue determinante; comienza un periodo dictatorial, un gobierno que se llamó Directorio, integrado en su totalidad por militares, primero, y más adelante, por civiles, el cual atendió a la reconstrucción interior de España y contribuyó a terminar la guerra de Marruecos (1925), pero acentuó la congoja del pueblo español. Primo de Rivera concluyó en 1930 y la República fue nuevamente proclamada el 14 de abril de 1931.

Palacio Valdés, más que apoyar a la monarquía o a la república, nos ayuda a ordenar nuestra vida interior, porque sin esto no puede darse la armonía en las relaciones exteriores del hombre. No concibe la política como un fin, sino como medio y condición para todo lo demás; trata de luchar por la libertad de la verdad, la cual es decisiva sobre la justicia, intenta defender y redimir la verdad de la peor de las dictaduras, de la insensatez y la represión, de la fuerza pura y sin conducción, que es la peor de las tiranías. Considera la política como una perversión ocasionada por la ceguera de los hombres quienes confunden la razón de ser de gobernar, porque quieren devorar en vez de asistir: "un ministro nos jura por Dios y todos los santos, por su padre y por su madre, que acepta la cartera para trabajar por el bien del país, sin pensar en lucrarse, y no le

creemos" (4).

La crítica del autor se perfila hacia los innumerables disgustos que recaen sobre los que dependen del manejo de los asuntos públicos y quienes tienen el sustento supeditado a la voluntad de caciques, de ministros que olvidan su papel de servidores, que han conseguido sus puestos, no por sus merecimientos, sino por relaciones de amistad o interés. Confrontemos el pensamiento de Juan Valera, preocupado siempre por la sociedad española a la cual trata de corregir, a través de su crítica a las costumbres mediante un espejo o copia exacta de la realidad: "Don Andrés Rubio, si hubiera vivido en Roma en los primeros siglos de la Era Cristiana, habría sido un Marco Aurelio o un Trajano; pero como vivía en Villalegre, y en nuestra edad, se contentó y se aquietó con ser el cacique, o más bien el César o el emperador de Villalegre, donde ejercía mero y mixto imperio y donde lo acataban todos obedeciéndole gustosos... cuantos allí tenían voto estaban tan subordinados a un grande elector, que todos votaban unánimes y, volcaban el puchero en favor de la persona que el gran elector designaba" (5).

En ciertos momentos Palacio Valdés se aproxima al malestar provocado por el pago de contribuciones, las cuales absorben más de la mitad del producto neto de las tierras y de la industria; también cuando se recurre a la violencia: "por exigir un pequeño

(4) "La novela de un novelista: Antes de empezar" en ob. cit., p. 680.

(5) Juan Valera. Juanita la larga, 3a. ed., Sopena, Argentina, 1950, p. 8.

aumento en nuestro jornal, por pretender que el río de oro que cae en la caja de los ricos empresarios dejase algunas arenitas en las manos que le han hecho brotar, se nos atropella cruelmente, se lanza contra nosotros a la fuerza del ejército" (6). En la evidente lucha entre el capital y el trabajo, entre los poderosos y los débiles, se coloca de parte de éstos, no hace causa común con los ricos: "cuántos que hoy son grandes personajes y se sientan en la poltrona, andarían por su tierra escribiendo pedimentos y dando consultas a peseta, si no hubiesen metido la nariz en la política" (7), y aprovecha su pluma para exteriorizar la depravación que le desagrada; escribir es ya una manera de hacer política: "hasta qué punto facilita el camino de los altos puestos la circunstancia de gozar una buena renta el que los solicita... en España no hay otro camino mejor para arribar a los altos puestos y hacerse hombre en un momento" (8).

Un pesimismo poco usual en lo escrito por P. Valdés aflora en el momento que confronta la situación social y los problemas surgidos en su España cuando éstos provienen de soborno y egoísmo por parte de los gobernantes. Incluso destila cierta amargura al describir los campos desecados, los hombres hambrientos, la injusticia rígida en sistema, el nepotismo dictando órdenes, " la frivolidad sollozando carcajadas estúpidas, una política mezquina envenenan -

(6) Palacio Valdés. "La catedral y la fábrica" en ob. cit., p. 1463.

(7) "El señorito Octavio" en ob. cit., p. 91.

(8) Idem.

do las inteligencias más altas y los más nobles caracteres" (9).

El progreso es, desde luego, una preocupación constante en P. Valdés. La instalación de tranvías, la exigencia de puertos y las reformas de los mismos, el ensanche de las calles, la apertura de pozos artesianos, la construcción de carreteras, ferrocarriles y en general la búsqueda de las vías de comunicación, el montaje de las industrias que proporciona mayores fuentes de empleo, el aprovechamiento del caucho y la calamina; sin embargo, se duele del desarrollo ocurrido (anotado en el inciso I de este cap. p. 21) en las pequeñas villas donde se altera la virginidad del lugar con la explotación de minas y de industria siderúrgica, como lo narra en La aldea perdida y en otras: " esta raza sencilla y belicosa de nuestros campos desaparecerá en breve y será sustituida por otra criada en el amor de las riquezas y el orgullo" (10). Su malestar no radica en una negación hacia el avance, es más bien una protesta velada contra la pérdida de valores universales: el amor a la patria, la poesía de vivir, la virtud, la amistad, el contacto con la naturaleza, el arte, la piedad, en el sentido de compadecer, el afecto... La pureza del lugar es un símbolo de cierta inocencia que todavía tienen las personas que se conservan limpias. Comparemos con Miguel de Unamuno: " Nada alegra más que un rayo de sol, sobre todo si da sobre la verdura del follaje de un árbol, y el rayo de sol no está alegre ni triste, y quién sabe... acaso su propio fuego le consume... El rayo

(9) "La guerra injusta" en ob. cit., p. 1414.

(10) "La aldea perdida" en Obras, t. I, p. 986.

de sol alegre porque está limpio; todo lo limpio alegra" (11)

Al no tolerar P. Valdés cualquier acción indigna, refleja su pesar siempre que se refiere a la gente que decide, en lugar de orientar, el destino del país: " __ Pero ¿hay gobierno en España? __ Su majestad don Carlos de Borbón es el hombre destinado por la Divina Providencia para regenerar esta nación corrompida y limpiar la de canallas" (12).

Lo anterior (la amargura) es contraste notorio porque un optimismo latente y enérgico domina la mayor parte de su producción; pero cuando es necesario ataca: "en la política es fuerza tener algunas onzas de mala sangre", (13), "las monedas que se fabrican en aquel gran edificio de ladrillos eran como esclavas sumisas a procura de deleites a los poderosos, a halagar sus torpes pasiones y sus vicios" (14); hasta la descripción física de ellos es acertada: "la carne blanda, la tez pálida, los labios caídos, signos de vida regalada" (15).

La crítica se extiende al atraso cultural de España en relación con otros países; mientras que en Francia e Inglaterra lee el 10% de los habitantes, en España lee el .5 %, entre otras cosas porque no sabe leer: "el número insignificante de lectores depende del a-

(11) Miguel de Unamuno. La tía Tula, Salvat, Navarra, 1970, p. 111.

(12) Palacio Valdés. "Santa Rogelia" en ob. cit., p. 1676.

(13) "Agua fuerte: El hombre de los patibulos" en Obras, t. II, p. 1033.

(14) "Agua fuerte: La castellana" en ob. cit., p. 1052.

(15) "El capitán Ribot" en Obras, t. I, p. 911.

traso del país"(16), y dirige acerbas recriminaciones a su patria, que deja perecer de hambre a los que se dedican al cultivo de las letras y las artes y, en cambio, ensalza a cualquier necio que se introduce en la política "sin más equipaje que su desvergüenza"(17) y hace responsable de este retardo al "detestable gobierno que nos ha regido, nos rige y nos regirá" (18); en este sentido su pesimismo no admite concesiones, no concibe que los literatos se vean en la necesidad de adular a ciertos compañeros dedicados a los asuntos de Estado, a quienes han aventajado en el talento, pero que por la circunstancia de ocupar altas posiciones, asumen el privilegio de ser ellos los que otorgan las demandas.

También la burguesía, que lee poco y malo, es sancionada y vista como ejemplo de parásitos, inmune y ciega ante los problemas, cursi y ridícula precisamente por esa posición ajena a los conflictos, despreciativa con los subordinados y carente de imaginación e inteligencia por faltarle el estímulo adecuado para el desarrollo de esos dones: "doña Eloísa Pérez odiaba lo rastrero, se jactaba de no poner jamás los pies en la cocina, encomendando a su marido la innoBLE tarea de tomar la cuenta a la cocinera, y a fuerza de chupar caramelos y leer novelas de Pérez Escrich había llegado a tal grado de languidez que le costaba trabajo pronunciar las erres", "su hija era una fina porcelana de Sevres; tocaba el

(16) "Aguas fuertes: El último bohemio" en Obras, t. II, p.10-60.

(17) Ibid., p. 1059.

(18) Ibid., p. 1060.

piano y cantaba con una voz de gata parida" (19).

Describe a menudo niñas madrileñas (ya mencionadas en el cap. II y en el inciso 1 del III), postradas ante mil ridiculeces de la vida cortesana, como si estuvieran determinadas con su vanidad por las sentencias de un código; desviadas absolutamente de la realidad y de la verdad.

Comparemos de nuevo a P. Valdés con J. Valera: "Doña Inés tenía muchos costosos caprichos de varios géneros. Se vestía con lujo y elegancia no comunes en los lugares; sustentaba canarios, loros y cotorras, era golosísima y delicada de paladar y los mejores platos de carne y los almíbares más apetitosos se comían en su mesa... se quedaba sola, pero tenía para distraerse varios recursos, además del de la lectura de libros serios" (20).

En algunos pasajes dirige P. Valdés la crítica al fanatismo religioso en combinación con la política: "la cuestión de proponer misa a los de Cayacente y Romeral, que, como usted me indica, nos dará 150 votos, puede usted considerarla como resuelta, y está usted autorizado para decirlo así en el ofertorio de la misa cuando lo crea oportuno" (21), en otros, su pensamiento no admite la mentira: "cuando os inclinéis para examinar de cerca el oceano del ayuntamiento, tal vez convengáis con la mayoría de los vecinos de Madrid en que sus aguas no son lo bastante limpias y claras y que la corporación municipal haría muy bien en renovar-

(19) "Santa Rogelia" en Obras, t. I, p. 1749.

(20) Juan Valera. Ob. cit., p. 11.

(21) Palacio Valdés. "El señorito Octavio" en Obras, t. II, p. 77.

las con frecuencia" (22)

a) Una posible solución parece plantearla el autor con la probabilidad del Gobierno de las mujeres, ensayo dedicado a los periodos en los cuales diversos países han sido dirigidos por ellas. En este estudio sustenta sobre bases convincentes que el sexo femenino es el sexo 'moral' y que todo lo que se refiera a la justicia, como lo ¿es? la política puede resolverlo por su cualidad de 'ser' sensitivo y práctico.

El otro aspecto que destaca en este estudio, es el alto concepto, el 'pedestal' _ parte de la idealización que lo domina _ en el cual tiene colocada P. Valdés a la mujer.

La considera buena gobernante porque es pertinaz, persuasiva, diestra, resuelta, fuerte en voluntad; por su natural honrado y justo, porque tiene aplomo reflexivo, presencia de espíritu, temple... también es organizadora y diplomática; generosa, sagaz, intrépida y mesurada a la vez; dúctil, ingeniosa, seria, correcta, sabia, discreta, piadosa... le confiere además poder de decisión, inteligencia penetrante, insiste en su fuerza de carácter y en la habilidad para tornarlo flexible en el momento que así lo requiera; la considera una niña con el juicio de un hombre maduro por su espíritu observador, prudencia y perspicacia, calma y sangre fría a pesar de su inherente fragilidad; pero, sobre todo, la juzga con disposición para gobernar porque el fondo de su corazón es bueno

(22) "Aguas fuertes: El retiro de Madrid: El estanque grande" en ob. cit., p. 1017.

y "trae del cielo la consigna de la misericordia"(23) y aunque el autor no puede falsear la historia y es forzoso que mencione sus faltas, siempre encuentra disculpa para éstas y pondera sobremane-
ra sus virtudes (24).

En este ensayo y a través de algunos conceptos que se desprenden en ocasiones de sus escritos, P. Valdés parece inclinarse hacia la monarquía: "quieren destruir las dos cosas más hermosas que los hombres han poseído jamás: el culto a la divinidad y esa sublime magistratura de los siglos, que se llama poder real" (25).

De las reinas y princesas que refiere merecen alusión especial con respecto a su grandeza, Ma. Teresa de Austria, Catalina de Rusia, Victoria e Isabel de Inglaterra (la primera Isabel, hija de Enrique VIII, a pesar de sus grandes errores), desde luego, Isabel la Católica a quien califica de sublime y santa, y concluye el estudio con las Cristinas: la gobernadora, Cristina de Borbón, y la regente, Cristina de Habsburgo. Con la primera se esclarece que termina el absolutismo y se inaugura la era constitucional; mientras don Carlos, hermano del fallecido Fernando VII representaba la reacción, Cristina es imagen de libertad; con ella adquiere España el derecho como nación, de concederse leyes a sí misma. A la regente la conoció en el palco de un teatro poco después de la pri-

(23) "El gobierno de las mujeres: Cristina de Suecia" en ob. cit., p. 1352.

(24) Adjetivos escogidos _ todos _ de El gobierno de las mujeres, pp. 1321-1388.

(25) "Señorito Octavio" en ob. cit., p. 65.

vación de las colonias;; el público le brinda una ovación y la siente, por las circunstancias del momento, un símbolo de la patria ultrajada.

Para P. Valdés las mujeres de la realeza no son simples figuras decorativas ni frívolas. Verifica mediante notas y cartas que ellas escribían, cómo el mecanismo gubernamental, efectivamente pasaba por sus manos; acentúa su incansable laboriosidad y dedicación a los negocios; su ardiente patriotismo a pesar de hallarse vinculadas con extranjeros, a veces dentro de la misma relación conyugal; cómo se armaban de valor para no dejarse influenciar, para no dejarse tratar como 'institución' ni entregar el poder en manos de favoritos, ministros, amantes o esposos; éstos fungían únicamente como secretarios íntimos.

Ellas eran las que decidían en los asuntos de la política internacional y en el interior; ayudaban en tareas agobiosas y agrícolas y en todo lo concerniente a los negocios de Estado. Cuando se trataba de cumplir con sus deberes constitucionales, lo realizaban escrupulosamente aun cuando las reformas implantadas mermaran sus privilegios legítimos y autoridad suprema; incluso en ocasiones justificaban el uso al cual destinaban sus prerrogativas.

Atribuye a sensatez y espíritu equilibrado el poder de penetrar en las gestiones más difíciles, y a su innata benevolencia y sensibilidad, la abolición de la esclavitud, las torturas, la concesión de amnistias a expatriados y presos políticos, así co

mo la inclinación de proteger a las mujeres y la costumbre de obsequiar dotes.

Admira la sencillez propia de las personas grandes: "dudo que se encuentre fácilmente a una persona de mejor voluntad y más sinceramente deseosa de hacer lo que es bueno y justo"(26); las redime de la reputación que han adquirido de intrigosas y superficiales; eran ellas las que rechazaban las murmuraciones que fomentaban precisamente los varones y confirma que, salvo excepciones, no demostraban particular interés a seguir el lujo ni la moda del momento.

Cree sinceramente y considera más capaz a la mujer para las funciones públicas y administrativas por el hecho de estar destinada para la dirección moral y económica de la familia, porque su pensamiento reflexivo muestra un espíritu verdaderamente político, por las decisiones razonables que su natural equitativo le dicta, la rapidez singular de percepción, la firmeza con la cual encamina hacia la libertad, esto es, consiguiendo que las leyes tengan fuerza y se respete y obedezca a las autoridades constituidas.

La maternidad universal con la cual enviste P. Valdés a estas mujeres es casi mística, una verdadera veneración, un culto idólatrico que parece excitar su imaginación al describirlas; para él son la representación de la grandeza de los países porque han sa

(26) "El gobierno de las mujeres: La reina Victoria" en ob. cit., p. 1375.

bido empuñar el cetro con energía y a la vez con dulzura; resolución y firmeza, pero suavidad a un tiempo; porque no las abandona su honestidad innata, por la virtud de disponer sus objetivos mediante osadía y tolerancia conciliadoras.

No hace alusión el autor a la malicia necesaria, desprovista de toda ingenuidad por la cual eran susceptibles, fácilmente de caer, en las trampas de ministros y consejales ni de las innumerables ocasiones en que las 'convencieron' para cambiar lo que ya se había determinado, porque lo ciega su respeto y ese aprecio al sexo femenino que, a través de su moderación puede y disfruta permanecer dentro de casa y a la vez trascender a la calle, a los círculos políticos, al Congreso. Y lo más meritorio, haber logrado todo esto y concluir airosas, siendo la cultura patrimonio de los hombres y la dificultad que representa para todo ser humano el despojarse de su natural soberbia.

b) Otra denuncia a la corrupción manifiesta, la cuestiona el autor siempre que se refiere a la poca transparencia del conteo de los votos en las urnas, donde se agrede directamente la base fundamental del derecho público y se coarta la libertad electoral y la nu la posibilidad de escalar un puesto sin el consabido compadrazgo: "hay jóvenes privilegiados que alcanzan los más altos puestos sin lucha, sin esfuerzo y sin peligro" (27), así como la descripción de personajes 'venidos a menos' por la baja repentina de los fondos públicos. Parece sugerir, por último, una posible concesión

(27) "Agua fuertes: La academia de jurisprudencia" en ob. cit., p. 1032.

por medio de un desplegado que coloca en la parte final de El señorito Octavio. Lo transcribo íntegro por ser interesante.

En México, los candidatos a la presidencia de la república, no necesitarían más propaganda ni campañas electorales en favor de su postulación, que este documento.

ELECTORES DEL DISTRITO DE VEGALORA

A todo hombre en la tierra debe serle cumplido su derecho, el cual no es otra cosa que la recíproca y exigible condicionalidad para el destino humano (individual y total). El derecho quiere que todos los hombres den y reciban mutuamente y en forma social el sistema de condiciones permanentes y temporales que su naturaleza armónica reclama, para cuyo fin hay un organismo interior e interiormente relativo y omnilateral, llamado Estado. Importa, pues, considerar seriamente cuán interesados nos hallamos en que el Estado se organice y asiente en vista de su fin, no en atención de otros, históricos o temporales. Las perturbaciones sociales que la Historia nos ofrece y las bárbaras infracciones del derecho tienen su origen en el desconocimiento de los principios fundamentales de la ciencia política, a cuyo estudio he consagrado los mejores años de mi vida.

Llevando, pues, por canon y norma de mi conducta los eternos principios del derecho y no las máximas prácticas de los políticos al uso, que no son sino reglas para explotar en su provecho las miserias de la corrupción humana y alcanzar el Poder, objeto

de sus afanes, me presento ante vosotros solicitando vuestro li
bre e inteligente sufragio para representaros en el Parlamento.
Los principios inmutables, a los que rindo fervoroso culto, me
impiden haceros ninguna clase de ofrecimientos de los que tanto
abundan, por desgracia, en los manifiestos políticos: Tales ofre
cimientos no pueden menos de ser, para todo hombre de recto sen
tido, altamente inmorales, pues casi siempre se fundan en el pr
ivilegio y la injusticia. No esperéis, por tanto, si llego a hon
rarme con el título de vuestro representante, que alce mi voz re
clamando para este distrito ninguna clase de mejora o material
que los demás no posean; antes combatiré con todas mis fuerzas
cualquier intento de llevarla a cabo, porque no quiero ser re
presentante de ningún interés particular y temporal, sino de los
generales y permanentes en que la sociedad debe asentarse. Lo ú
nico que puedo ofreceros, como hombre de honrada conciencia, es
ponerme siempre al lado de la justicia en el conflicto diario
que las diversas fuerzas sociales promueven, y procurar en la me
dida de las mías el reinado de un orden más positivo y orgánico
entre los fines fundamentales humanos y sus sociedades relativas,
para evitar que el pueblo (sistema de familias), preocupado del
fin presente, como absoluto, acabe por pensar que no hay más vi
da, ni más fin que perseguir, ni más bien que esperar, sino las
condiciones y estados temporales o históricos.

Homobono Pereda.
Vegalora, 3 de Nov. de 187...(28)

(28) "El señorito Octavio" en ob. cit., pp. 99 y 100.

CONCLUSIONES

Si las ideas que expresan un razonamiento pudieran ser las que sugieren el término o punto final que toda investigación requiere, éstas se encuentran ensambladas en el contexto mismo de la tesis y procuré apoyarlas paso a paso, con solidez, sin afán de ser categórica o determinativa.

Mi intención fue conjugar el esfuerzo que requería el reto por conseguir un título, con el agrado de conocer al autor hasta la raíz de su filosofía; introducirme en las entrañas del contenido de su obra, así como en la aportación que obsequia, la cual perdura y adquiere mayor valor a través del tiempo, y logra que cada persona, como 'única' que es, pueda penetrar con mayor lucidez conforme ese tiempo avanza.

La experiencia y el deleite que provocan la lectura de Palacio Valdés y los preceptos con los cuales contribuí a la formación de cada uno, en el difícil camino de la vida donde desafortunadamente se aprende sobre la marcha, señalan la pauta de la validez de su producción. La simetría congruente a la que me refiero en el título no supone ser pensada o planeada; ésta se da por sí sola en las personas, a través de la convicción de cada quien, por el deseo de vivir de acuerdo a la genuinidad que le dicta su proceder, su manera de conducirse y a la individualidad que se va adquiriendo con la madurez, tanto intelectual como humana. De esta

forma no es posible contradecirse, sino estar en disposición de cuestionar estimaciones universales ineludibles; desde luego, ajenas a todo prejuicio.

¿ El gran tema o consecuencia ? Una armonía circular: una religiosidad en el sentido de disciplina; una integridad enlazada al deber y al civismo y un desafío que se torna invulnerable si se intenta la superioridad; un 'cambio' a través de sus conceptos en caminados con creces al mejoramiento del hombre, como fin supremo al que todos debemos aspirar, aun cuando la intrínseca debilidad y las pasiones que nos caracterizan tiendan sus obstáculos; la posibilidad de sustraernos a esa fragilidad y permitirnos la aptitud de modificación puede señalar la diferencia entre 'estar' o llegar a 'ser'. La victoria sobre la pasión ofrece una existencia ética y nos convierte en vencedores sobre el mundo, el tiempo y las circunstancias.

El interior de la obra de Palacio Valdés _ al no omitir detalle de la vida misma _ proyecta ésta de manera sutil, abstracta, haciendo gala del más bello manejo del lenguaje. Sólo se necesita estar sensiblemente receptivo para obtener la riqueza de su pensamiento, para intuir la responsabilidad de 'hacernos', de elevarnos.

De menor importancia fue para mí indicar a qué escuela o corriente literaria pertenecía P. Valdés, o descubrir su posición política o religiosa. Preferí ahondar en la comunicación que a un hombre de talento le es posible legar por medio de su poesía humana, de lo es crito con base en el sufrimiento, en la minucia de observar, en la

amplitud de información y sobre todo con fundamento en el reto y la enseñanza que únicamente otorga la trayectoria del propio vivir.

De mucha mayor atingencia fue, para mí, despertar en el lector interés por el conocimiento de la obra de Palacio Valdés, así como proporcionar material de utilidad para el estudio de este autor. Si en lugar de mostrarme contundente, dejo abierto el criterio a futuras investigaciones, me considero satisfecha.

Carmen E. Wood Rivera
Carmen Elena Wood Rivera.

BIBLIOGRAFIA

Alas, Leopoldo. Páginas escogidas, pról. de Azorín, Casa Editorial Calleja, Madrid, 1917.

_____. Su único hijo, Bruguera, Barcelona, 1981, (Club).

Alborg, Juan Luis. Hora actual de la novela española, Taurus, Madrid, 1963, 2 vols.

_____. Historia de la literatura española, Gredos, Madrid, 1966, 2 vols.

Alonso, Dámaso. Estudios y ensayos gongorinos, 2a. ed., s.Ed., Madrid, 1960.

Arciniegas, Germán, Ricardo Baeza, Federico de Onís et al. "Santa Teresa de Jesús" en Escritores místicos españoles, vol. XXVIII, 4a. ed.; W. M. Jackson, Inc. Editores, Buenos Aires, 1960, pp. 107-265.

Argüelles Altamirano, Ma. Antonia. Armando Palacio Valdés, escritor naturalista, tesis para obtener el título de Licenciado en Letras Españolas, Universidad Iberoamericana, México, 1971.

Basave, Agustín. Breve historia de la literatura española, 9a. ed., Ed. Font, Guadalajara, México, 1945.

Batis, Huberto. Análisis, interpretación y crítica de la literatura, Complejo Editorial Latinoamericano, México, 1972.

Cameron, Norman. Desarrollo y psicopatología de la personalidad, trad. por Federico Patán, Trillas, México, 1986, la. reimpr. de la 1a. ed. de 1982.

Campos, Jorge. Pról en José, 2a. ed., Cátedra, Madrid, 1980, (Letras Hispánicas/25).

Coronado, Juan y Ana Ma. Maqueo. Lengua y literatura, Limusa, México, 1992, 3a. reimpr. de la nueva ed. de 1990.

Cruz de la, Sor Juana Inés. Obras escogidas, 7a. ed., Espasa Calpe, Buenos Aires, s.f.

Darío, Rubén. Poema del otoño y otros poemas, 8ava. ed., Espasa Calpe, México, 1985, (Austral/282).

_____. "Paisaje" en Azul, Epoca, México, 1993.

Díaz Plaja, Guillermo y Francisco Monterde. Historia de la literatura española e historia de la literatura mexicana, Porrúa, México, 1960.

Diccionario Enciclopédico abreviado, t. III, 7a. ed., Espasa Calpe, Madrid, 1957, pp. 821-p86.

Flores de, Tomás, Joan Masana, P. Pichot et al. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales, American Psychiatric Association, Ed. Masson, Barcelona, 1988.

Freud, Sigmund. "Interpretación de los sueños" en Obras comple-

tas, vol. I, trad. por Luis López-Ballesteros, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1948, pp. 453-455.

Fromm, Erich. El arte de amar, trad. por Noemí Rosenblatt, Paidós, México, 1989, 12ava. reimpr. de la 1a. ed., s.f.

García Márquez, Gabriel. Crónica de una muerte anunciada, Ed. La Oveja Negra, Bogotá, 1981.

Henríquez Ureña, Max. Breve historia del modernismo, FCE., México, 1954.

Ibsen, Henrik. Casa de muñecas, 4a. ed., Editores Mexicanos Unidos, México, 1983.

Kaiser, Wolfgang. Interpretación y análisis de la obra literaria, trad. por V. García y María Mouton, dirigida por Dámaso Alonso, 3a. ed., Gredos, Madrid, 1961.

Larra de, Mariano José. Artículos de costumbres, pról. de José R. Lomba y Pedraja, Espasa Calpe, Madrid, 1934.

López Portillo, Margarita. Estampas de Juana Inés de la Cruz, Bruquera, México, 1979.

Lozano, José Manuel, Elena Madero y Ma. Angelina Servín. Literatura española y mexicana, Cía Editorial Continental, México, 1983, 12ava. reimpr. de la 1a. ed., de 1973.

Menéndez Pelayo, Marcelino. "Estudios y discursos de crítica histórica y literaria" en Obras completas, t. VI, Consejo superior de investigaciones científicas, Santander, 1961.

Menéndez Pidal, Marcelino. "Caracteres primordiales de la literatura española" en España y su historia, vol. II, s. Ed., Madrid, 1957.

Middleton Murry, J. El estilo literario, trad. por Jorge Hernández, 2a. ed., FCE., México, 1956, (Breviarios).

Montesinos, José F. "Muerte y vida de Unamuno" en Ensayos y estudios de literatura española, prol. de Joseph H. Silverman, Ediciones de Andrea, México, 1959, (Studium/23), pp. 202-212.

_____. Introducción a una historia de la novela, 3a. ed., Castalia, Madrid, 1960.

_____. Costumbrismo y novela, Castalia, Valencia, 1960.

_____. "Modernismo, esperpentismo o las dos evasiones" en Ensayos y estudios de literatura española, Revista de occidente, Madrid, 1970, pp. 275- 303.

Morris, Charles G. Introducción a la psicología, 5a. ed., Prentice-Hall Hispanoamericana, México, 1989.

Otañón de Lope Blanch, Paciencia. "Algo más sobre Realidad de Galdós" en Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1989, pp. 1375- 1382.

Palacio Valdés, Armando. Obras, novelas y otros escritos, 6a. ed., Aguilar, Madrid, 1956. 2 vols.

_____. La novela de un novelista, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1959, (Austral/266).

Paolini, Gilbert. "La conciencia en Palacio Valdés: El capitán Ribot" en Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, P.P.U., Barcelona, 1989, pp. 1383-1393.

Pardo Bazán, Emilia. Los pazos de Ulloa, Bruguera, Barcelona, 1981, (Club).

_____. La sirena negra, Bruguera, Barcelona, 1981, (Club).

Pérez Galdós, Benito. Trafalgar, Novaro, México, 1960.

_____. Doña Perfecta, 2a. ed., UNAM, México, 1972.

Ramírez, Santiago. Infancia es destino. Siglo veintiuno Editores, México, 1975.

Sáenz Guerrero, H. y Pedro Voltés. España en mi recuerdo, Novaro, México, s.f., (Arco Iris/7).

Sainz de Robles, Federico Carlos. Ensayo de un diccionario de la literatura, ts. I y II, 3a. ed., Aguilar, Madrid, 1964.

Sófocles. Edipo rey, trad. por Carlos Millares Solá, Salvat, Navarra, 1971.

Unamuno Miguel. La tía Tula y Como se hace una novela, Salvat, Navarra, 1970.

Valera, Juan. Juanita la larga, 3a. ed., Sopena, Buenos Aires, 1950.

Vargas Llosa, Mario. El pez en el agua, Seix Barral, México, 1993, (Biblioteca Breve), la reimpr. de la 1a. ed., s. f.